

**Bastiat, Frédéric, 1801-1850**

**Sofismas económicos / por Federico Bastiat ;  
traducidos y comentados por Angel Justo Pasaron  
y Lastra.**

Madrid : Imprenta del Colegio de Sordo-Mudos y  
Ciegos, 1847.

Signatura: FEV-AV-P-03086

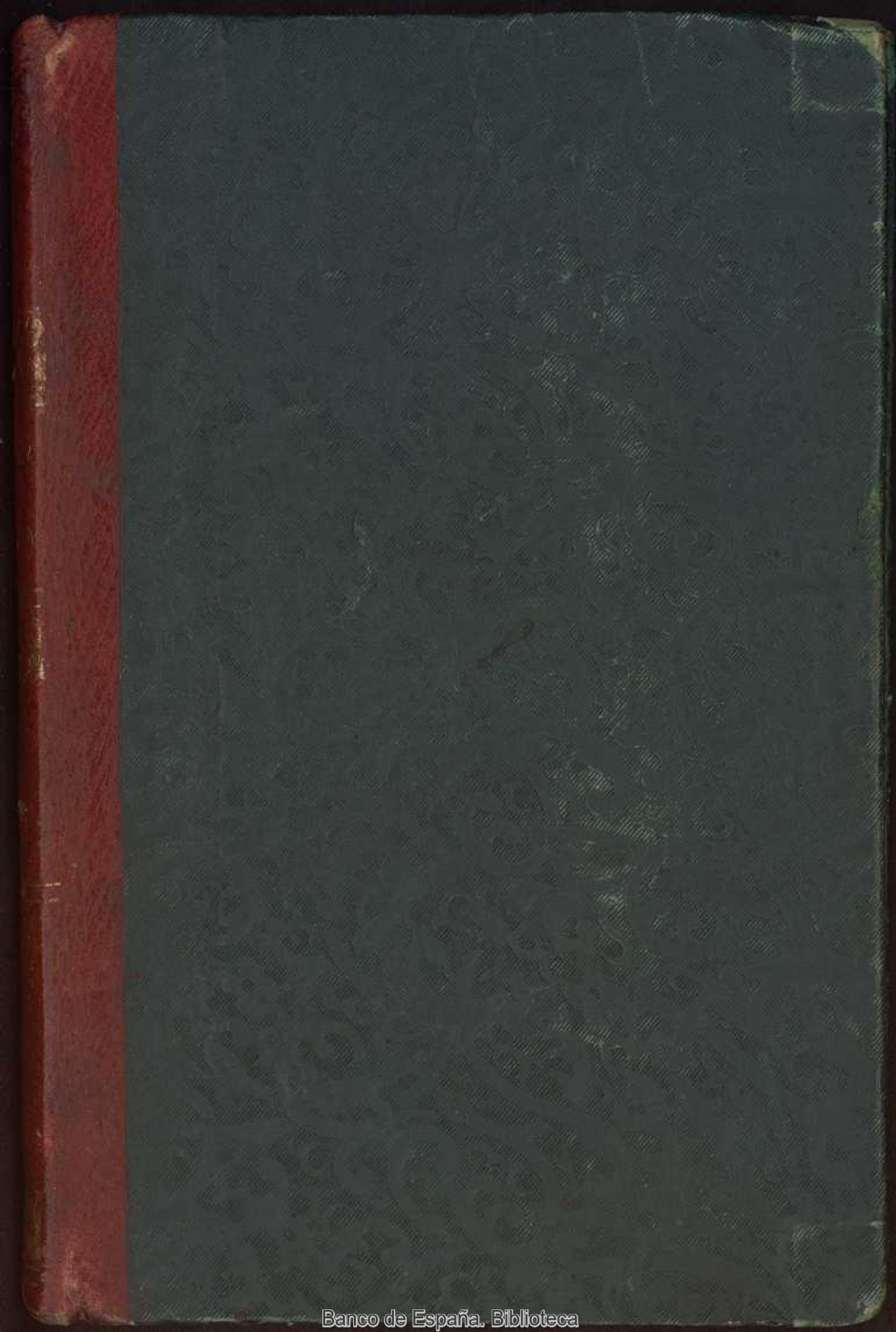
La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de  
España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

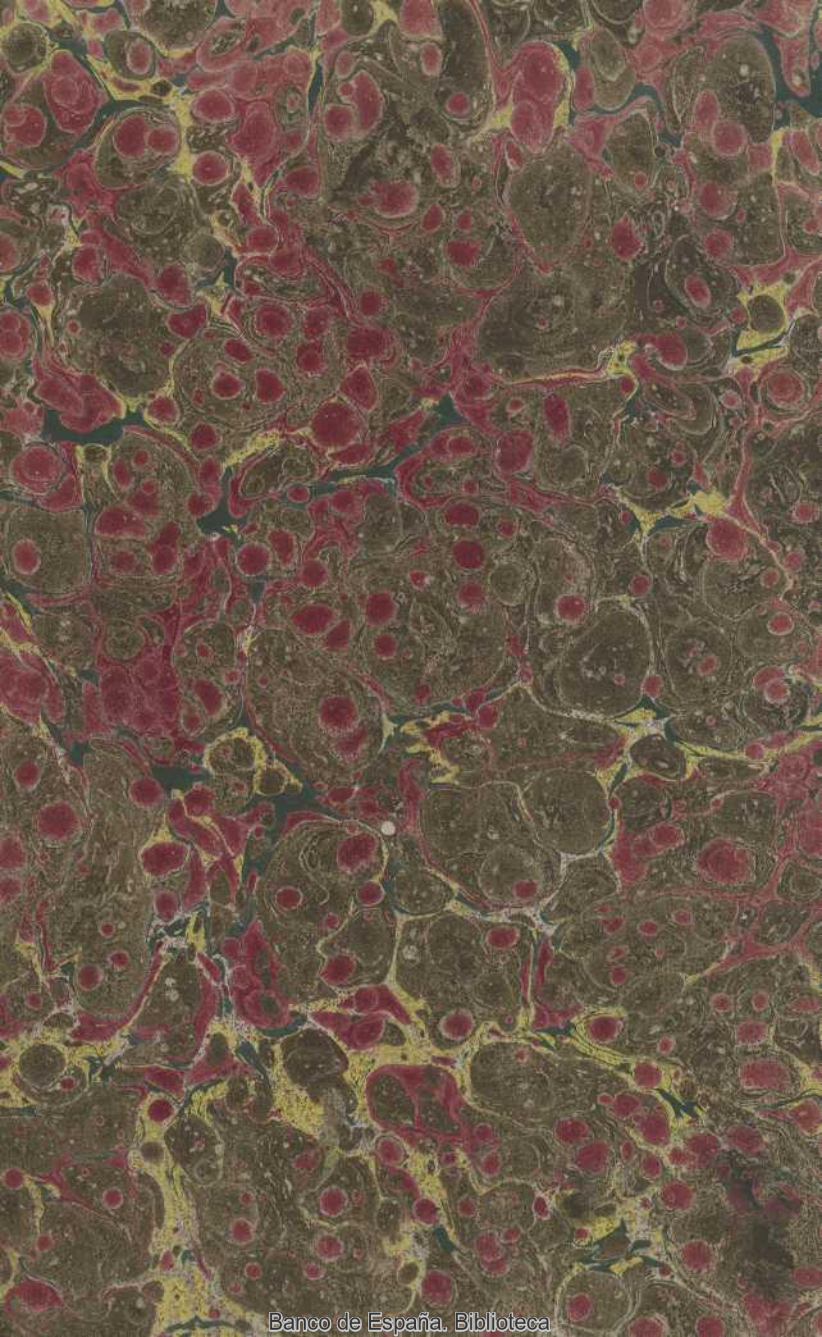
*Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de  
lucro siempre y cuando se cite la fuente*











CB. 6000000081133

FEV-AN-P-03086

• Economía.

CCPB: 81.387-7

P. 25388

1<sup>a</sup> Edición Única Edición



Nº 070/13

# SOFISMAS ECONOMICOS

Por

Mr. FEDERICO BASTIAT.

miembro correspondiente del Instituto de Francia y del Consejo  
general de España.

TRADUCIDOS Y COMENTADOS

## SOFISMAS ECONOMICOS.

---

En la economía política hay muchos que dicen

que el dinero es el rey del mundo.

(BASTIAT.)

MADEIRA

IMPRESA DEL GOBIERNO DE S. M. C. M. D. Y C.

1847.

SOLESMAS ECONOMICAS



# SOFISMAS ECONOMICOS

POR

MR. FEDERICO BASTIAT,

miembro corresponsal del Instituto de Francia y del Consejo  
general de Landes.

TRADUCIDOS Y COMENTADOS

POR

D. ANGEL JUSTO PASARON Y LASTRA,

Y

publicados en el AMIGO DEL PAIS, periódico de la  
Sociedad Económica Matritense, de que es socio  
y redactor.

---

En Economía política hay mucho que saber,  
pero poco, poquísimo que hacer.

(BENTHAM.)

---

MADRID:

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y CIEGOS.

1847.



# SOFISMAS ECONÓMICOS

por

Mr. FEDERICO BASTIAT

miembro correspondiente del Instituto de Francia y del Consejo  
General de Landen.

TRADUCIDOS Y COMENTADOS

---

*Propiedad del Traductor.*

---

D. ANGEL JUSTO PARRON Y LASTRA

T

publicados en el Anuario del País, periódicos de la  
Sociedad Económica Madrileña, de que es socio  
y redactor.

---

En Economía política hay mucho que saber.  
Pero poco, por tanto, que hacer.  
(BASTIAT)

---

—1—

DE LA BIBLIOTECA

IMPRESA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y CIEGOS

1847

## EL TRADUCTOR.

La ligera estancia en esta capital del célebre Mr. Cobden y su compatriota Salis Schivabe, á quienes el que esto escribe tuvo ocasion de visitar con otros amigos y cólegas de nuestra Sociedad, le ha proporcionado la satisfaccion de merecer de estos señores el obsequio de un ejemplar de la flamante obrita francesa, de que hicieron grandes elogios, impresa el año anterior con el título de *Sofismas Económicos*.

Calcadas sus doctrinas sobre el principio de libre tráfico, principio que ha sido la cuna de nuestra ilustre Sociedad, cuando se nutria y creció despues como un coloso bajo los auspicios de sus patriarcas los Campomanes, los Floridas, los Jovellanos, ofrecen los *Sofismas* una sucesion de cuestiones de interés inmediato, urgente y desenvueltas con tal maestría, con tanta lógica y en estilo tan franco, original y festi-

vo á la par que elevado, que el que suscribe no ha podido resistir el deseo de traducirlos con el fin de que el país pueda utilizar sus excelentes máximas, estudiando en pocas páginas cuanto es concerniente á lo que hoy se agita tan solemnemente entre los llamados *proteccionistas y abolicionistas*.

Hay otra razon poderosa para que los *Sofismas* merezcan la especial predileccion del traductor, y es la conformidad de principios que en lo general dominan en el libro que recientemente ha publicado con el título de *Elementos de Economía fiscal*, si bien con especial aplicacion á la ciencia de la Hacienda, mientrasque aquellos atacan esclusivamente la teoría de la restriccion, de la prohibicion, de la esclavitud de las masas consumidoras.

Los *Sofismas*, debidos al claro talento de Mr. Federico Bastiat, autor tambien de la memoria *Cobden y la liga*, forman por otra parte el libro mas conciso y epigramático que se ha escrito en materias económicas, cualidades que lo hacen de fácil y entretenida lectura y popular cual ninguno, si bien estas mismas cualidades son un escollo para conservar en la version su pureza y originalidad primitiva.

No es ciertamente nuestra España, nuestra abatida España, la que menos interés tiene en curar las incisiones que la han abierto los agudos dardos de Mr. Bastiat, quien entre diferentes alusiones sembradas en su escrito, nos lanza direc-

tamente un terrible apóstrofe en el sofisma 16 con ocasion de las discusiones habidas en el congreso de diputados sobre la navegacion del Due-ro, de que se dice testigo presencial.

A juicio del traductor hubiera convenido que Mr. Bastiat ofreciese alguna vez modificados sus principios generales con aquellas razones de oportunidad, de lugar y de tiempo, que hacen del grande hombre teórico, el hombre prudente de aplicacion: uno de los mas graves argumentos que se invocan contra la reforma es seguramente la dificultad de los tránsitos, que cual un torrente impetuoso, suele envolver en ruinas muchas industrias y muchos capitales; y este es precisamente un punto que no se apercibe en los *Sofismas*.

Verdad es que el estado presente de estas cuestiones apenas permite salvedades ni comentarios que pudieran complicar la discusion, atenuando el efecto de las razones enérgicas, poderosas y absolutas con que debe presentarse la doctrina en su punto mas culminante. A los apóstoles no les es dado otra cosa que predicar la fé, la fé pura, sin objeciones fútiles que facilmente se destruyen una vez establecida la creencia; y bajo este aspecto es de creer que Mr. Bastiat y desde luego sus correligionarios se encarguen de llenar este vacio, cuando la *proteccion* haya cedido, ó se vea obligada á ceder de sus pretensiones para entrar en las vias de re-

forma y en los medios mas suaves de practicarla.

He aquí su prefacio y sucesivamente se irán publicando aquellos en número de los 22 que componen el volúmen.



---

## SOFISMAS ECONÓMICOS

POR

MR. FEDERICO BASTIAT.

---

Me he propuesto en este pequeño volúmen refutar algunos de los argumentos que se oponen á la libertad de comercio.

No pretendo establecer una lucha con los proteccionistas; pero sí ensayar un principio, que deseo inculcar en el ánimo de los hombres sinceros y vacilantes porque dudan.

No soy de aquellos que dicen : la proteccion se apoya en el interés. Creo que reconoce en su origen y está basada sobre errores, ó si se quiere, sobre *verdades incompletas*. Muchas gentes temen la libertad, sospechando que no sea sincera.

Acaso sean escesivas mis pretensiones, pero desearia, lo confieso, que este opúsculo se familiarizase, viniese á ser como el *manual* de aquellos hombres, llamados á juzgar sobre los dos principios. Cuando anticipadamente no se ha es-

tudiado la doctrina de la libertad, los sofismas de la proteccion se presentan constantemente á la imaginacion bajo diferentes formas. Para despejarlos, se requieren profundos y largos trabajos, que no todos tienen tiempo de consagrarles, y menos que nadie los legisladores; siendo esta precisamente la razon de probar en el presente ensayo á presentar los hechos.

Tal vez seme diga ¿los beneficios de la libertad son tan misteriosos, que no se revelen mas que á los economistas de profesion?

Convenidos, si: nuestros adversarios llevan sobre nosotros en la discusion una señalada ventaja. Pueden esponer una verdad incompleta en la simple enunciacion de una palabra, mientras que nosotros necesitamos de áridas y cansadas disertaciones para demostrar que es *incompleta*.

Esto proviene de la naturaleza de las cosas. La proteccion reúne en un punto dado el bien que hace, é infunde en la masa el mal que enjendra. Aquel es sensible á la simple vista, mientras que este no se deja percibir mas que con los ojos del alma.—Y esto es precisamente lo contrario á la libertad.

Asi sucede en casi todas las cuestiones económicas.

Se dice: hé aquí una máquina, que ha echado á la calle treinta obreros.

Y tambien: hé aquí un pródigo, que con sus gastos y caprichos alienta todas las industrias.

Se dice : la conquista de Argel ha duplicado el comercio de Marsella.

Se dice finalmente : las contribuciones aseguran la existencia de cien mil familias.

Ustedes tendrán mucha razon: sus proposiciones serán claras, obvias y verdaderas en sí mismas. Muy bien ; pues deduzcan ustedes estos principios.

Las máquinas son un mal.

El lujo, las conquistas, los fuertes impuestos son un bien.

Y la teoría de ustedes obtendrá tan buen éxito, como que podrá ser apoyada aparentemente en hechos irrecusables.

Pero nosotros no podemos atenernos á una causa y á un efecto inmediato. Sabemos que este mismo efecto se convierte en causa á su vez. Para juzgar un acontecimiento , una disposicion cualquiera, nos es indispensable seguirla al traves de la cadena de resultados hasta llegar al efecto definitivo ; y cuando hay que pronunciar sobre la incógnita, entonces no queda mas arbitrio que *raciocinar*.

Mas en el acto nos vemos asaltados por este clamor. Ustedes no son otra cosa que unos teóricos, metafísicos, ideólogos, utopistas, hombres en fin de principios,—y el público ya prevenido sospecha de nosotros.

¿ Qué hacer pues?—invocar la paciencia y la buena fé del lector, ilustrando nuestras deduc-

ciones, si nos es posible, con tal claridad, que una vez por todas resplandezca lo verdadero y lo falso de la restriccion y de la libertad.

Quiero hacer aqui una observacion esencial.

En el *Diario de los Economistas* han aparecido algunos extractos de este libro.

El vizconde de Romanet en una benévola crítica que ha publicado el *Moniteur industriel* (15 y 18 de mayo 1845) supone que yo pido la *supresion de las aduanas*. M. Romanet se equivoca. Pido, sí, la supresion del régimen protector. No negamos subsidios al gobierno; pero deseamos si posible fuese, disuadir á los gobernados de que se graven entre sí. Decia Napoleon: las aduanas lejos de servir de instrumento fiscal, deben convertirse en un medio de proteger la industria.

—Precisamente lamentamos lo contrario, y decimos. La aduana entre trabajadores no debe ser un instrumento de rapiña mútua, toda vez que puede convertirse en una máquina fiscal tan buena como cualquiera otra. Estamos tan lejos, ó dicho con mas propiedad, apropiándome yo solo la lucha; estoy tan lejos de pedir la supresion de las aduanas, que las creo el áncora de salvacion para el porvenir de nuestro *Fisco* (finance). Las creo susceptibles de procurar al Tesoro grandes recursos y séame lícito exponer mi completo pensamiento, creo que segun la lentitud en la propagacion de las doctrinas económicas y segun la rapidez con que crecen nuestros presupuestos,



cuento mas, relativamente á la reforma comercial, con las necesidades del Tesoro, que con la fuerza de una opinion ilustrada.

Pero en fin, ¿ádónde va usted á parar? se me dirá. Digo, que lo que quiero es combatir los sofismas. He aqui todo.

Se añadirá, ademas: no es suficiente el que se destruya, sino que es necesario edificar.— Estoy persuadido que destruir un error, equivale á edificar la verdad contraria.

---

Bajo tal supuesto ningun inconveniente tengo en prescribir mi deseo, reducido á que la opinion sea conducida á sancionar una ley de aduanas, concebida poco mas ó menos en los términos siguientes:

Los objetos de primera necesidad pagarán un impuesto *ad valorem* de. . . . . 5 p<sup>os</sup>.

Los de comodidad. . . . . 10 p<sup>os</sup>.

Los de lujo. . . . . 15 á 20 p<sup>os</sup>.

Todavía están tomadas estas distinciones de un órden de ideas enteramente estrañas á la economía política, propiamente dicha, y por lo que á mí toca, estoy muy lejos de suponerlas tan útiles y justas como se supone comunmente. Pero apartémonos de un asunto que no me propongo discutir en este lugar.





## SOFISMA I.

### **Abundancia, escasez.**

¿Qué es mas conveniente al hombre y á la sociedad, la abundancia ó la escasez?

¿Qué! ¿será posible formar cuestion de semejante dilema? ¿Es posible sostener que la carestía sea el fundamento del bienestar de los hombres?

Si, se ha sentado aquella proposicion; si, ha sido sostenida; se sostiene todos los dias, y no temo tampoco proferir que la *teoria de la escasez* es ordinariamente la mas popular. De ella se alimentan las conversaciones, los diarios, los libros, la tribuna y, por mas extraordinario que parecer pueda, es evidente que la economía política, habrá llenado su empeño y cumplido su mision práctica, cuando se haya vulgarizado y hecho irrefutable esta proposicion tan simple.

«La riqueza de los hombres es la abundancia de las cosas.»

¿No estamos oyendo á cada paso. «El es-

trangero nos va á inundar con sus productos?» Luego se teme la abundancia.-

¿No ha dicho M. de Saint-Cricq: «Que la »produccion era exuberante?» Luego temia la abundancia.

¿No destruyen los obreros las máquinas? Luego es que les espanta el exceso de la produccion, ó lo que es igual, la abundancia.

¿No ha pronunciado M. Bugeaud estas palabras: «Que el pan sea caro, y entonces la agricultura será rica!» Esto es, que escasee el pan, porque solo así podrá encarecerse. Luego M. Bugeaud preconizaba la carestia.

¿No ha sacado un argumento M. Argout contra la industria azucarera de su misma fecundidad? Palabras suyas: «La remolacha no tiene porvenir, y su cultivo no podrá estenderse, porque bastaria consagrarle algunos hectáreas por departamento para proveer á todo el consumo de la Francia.» Luego á sus ojos el bien está en la esterilidad, en la carestía; el mal en la fertilidad, en la abundancia.

¿No publican *La Presse*, *le Commerce* y la mayor parte de los periódicos cotidianos diferentes artículos recomendando á las cámaras y al gobierno como medida de sana política, el alza legislativa del precio de todos los objetos por la operacion de tarifas? No obtemperan diariamente á estas indicaciones ó prevenciones de la prensa los tres altos poderes del estado? Y téngase en-

tendido que las tarifas no alzan el precio de las cosas, mas que en cuanto hacen disminuir la cantidad *ofrecida* en el mercado. Luego los periódicos, las cámaras, el ministerio ponen en práctica la teoria de la escasez; y me sobra razon cuando afirmo que semejante teoria es frecuentemente la mas popular.

¿Cómo es que á los ojos de los trabajadores, de los publicistas, de los hombres de estado pudo haber aparecido temible la abundancia y preferible la carestía? Probemos á buscar el origen de semejante ilusion.

Se observa que se enriquece un hombre, en razon al mejor partido que saca de su trabajo, esto es, en tanto que *vende á mas alto precio*. Venderá á mas alto precio, si el género que constituye su industria es raro y apetecido, y por consecuencia claro es que en cuanto á este sugeto, la carestía de tales objetos le será provechosa enriqueciéndole.

Aplicando sucesiva é individualmente este raciocinio á todos los trabajadores, se deducirá en la propia linea de *individualidad* la teoria de la escasez.

Y de aqui es precisamente de donde se ha inferido, que para favorecer á los trabajadores, conviene encarecer todas las cosas, por medios artificiales, provocar su escasez por la prohibicion, la restriccion, la supresion de máquinas y otros medios análogos.

Lo propio puede decirse de la abundancia. Es visto que cuando un producto abunda, se vende á menos precio, y por consecuencia que no gana tanto el productor. Si todos los productores estuviesen en este caso, resultaria la miseria general. Luego es la abundancia la que arruina la sociedad. Y como toda conviccion tiende á convertirse en hecho, se vé en muchos paises luchar las leyes de los hombres contra la abundancia de las cosas.

Semejante sofisma, presentado bajo formas generales, tal vez no causaria impresion; pero aplicado á un órden particular de hechos, á tal ó cual industria, á una clase dada de trabajadores, es en extremo especioso y esto se comprende. Es un silogismo no *falso*, pero *incompleto*. Además, cuanto hay de *verdadero* en un silogismo, lo alcanza siempre y necesariamente el entendimiento. Pero lo *incompleto* es una cualidad negativa, un dato incógnito, del cual, mas bien que posible, es seguro que ningun partido puede sacarse.

El hombre produce para consumir. Es á la vez productor y consumidor. El raciocinio que acabo de hacer, no lo considero mas que bajo el primero de estos puntos de vista. Bajo el segundo, seria conducido á un término opuesto. En efecto, no pudiera decirse:

El consumidor en tanto es mas rico, en cuanto *compra* mas baratas las cosas de su uso,



y seguramente que las comprará mas baratas, en razon de su abundancia en el mercado. Luego la abundancia lo enriquece; y por consecuencia, aplicado este raciocinio individual á la masa de consumidores en general, conducirá seguramente á la *teoria de la abundancia*.

He aqui la nocion imperfecta del *cambio*, el cual produce estas ilusiones. Si consultamos nuestro interés personal, le hallaremos doble, esto es, bajo dos fases diferentes. Como *vendedores* nuestro interés propio nos conduce á la carestia de nuestros objetos, y por consecuencia al exclusivismo: como compradores apetecemos la baratura, ó lo que es lo mismo, la abundancia de las cosas. No es pues imposible basar un raciocinio sobre uno ú otro de estos opuestos intereses, antes de haber reconocido cual de entrambos coincide y se identifica con el interés general y permanente de la especie humana.

Si el hombre fuese un animal solitario, si trabajase esclusivamente para sí, si consumiese directamente el fruto de su trabajo, en una palabra, *si no cambiase*, nunca la teoria de la escasez hubiese podido introducirse en el mundo. Demasiado evidente es que la abundancia le seria ventajosa, cualquiera que fuese su procedencia, ora como resultado de su industria, de ingeniosos instrumentos, de poderosas máquinas inventadas, ora como efecto de la fertili-

dad del suelo, de la liberalidad de la naturaleza ó tambien de una misteriosa *invasion* de productos atraida á las playas por el mar. Nunca pensaria el hombre solitario, para escitar su ánimo, para asegurar alimento á su propio trabajo, en destruir los instrumentos que lo alivian, en neutralizar la fertilidad del suelo, en restituir al mar los bienes con que este le convidara. Comprenderia suficientemente que el trabajo no es un objeto, sino un medio; que seria absurdo renunciar al objeto, temeroso de no acertar los medios. Comprenderia, que si consagra dos horas diarias á proveer á sus necesidades, cualquiera circunstancia que le escuse una de ellas (no importa que sea máquina, fertilidad, don gratuito etc.), siendo igual el resultado, le queda esta misma hora vacante, de que puede disponer en provecho de su bienestar. Comprenderia en una palabra, que *aliviar*, *ahorrar trabajo* es sinónimo de *progreso*.

Mas el *cambio* ofusca la razon sobre una verdad tan simple. En el estado social y con la separacion de ocupaciones (*division de trabajo*) á que este conduce, la produccion y el consumo de un objeto no se confunden en un mismo individuo. Cada cual propende á mirar en su trabajo, no ya un medio, sino un fin. El cambio crea, relativamente á cada objeto, dos intereses; uno el del productor, y otro el del consumidor, que constante é inmediatamente se encuentran en oposicion.

Es pues esencial analizarlos, y estudiar su naturaleza.

Admitamos un productor cualquiera: ¿cual es su interés inmediato? —Consiste en estas dos cosas: 1.º Que se ejercite en su propio trabajo el menor número posible de competidores: 2.º Y que el mayor número posible de consumidores soliciten este género de trabajo. Aceptacion que la Economia política esplica mas sucintamente en estos términos: que la oferta sea escasa, y estensa la demanda: ó dicho de otro modo: concurrencia limitada, despacho ilimitado.

¿Cual es el interes inmediato del consumidor? Que la oferta del producto que busca sea amplia; al revés que el de la demanda, que debe ser escasa.

Pero ¿á quién de estos dos opuestos interesados deben favorecer las leyes en concepto de representar la causa general del bien público, dado que las leyes deban prestarle su favor?

Para conocerlo, basta calcular lo que acontecería, si fuesen cumplidos los deseos secretos de los hombres.

Como productores, es preciso convenir que nuestros votos son anti-sociales. ¿Somos cosecheros de vino?—no nos pesaria ciertamente que, á no ser la nuestra, se helasen todas las viñas del mundo; *y he aquí la teoría de la escasez*. ¿Somos dueños de herrerías? — nuestro deseo seria que no se presentasen á la venta otros hierros

que los nuestros, prescindiendo absolutamente del ansia y necesidades de la sociedad, necesidades y ansia que, vivamente sentidas é incompletamente satisfechas, fundan precisamente la razon del precio superior, del alza forzada, que damos al hierro; *y he aquí otra vez la teoría de la escasez*. ¿Somos labradores? — entonces queremos, como Mr. Bugeaud, que se ponga caro el pan, esto es, que haya poco, á fin de obtener mejor especulacion; *y he aquí siempre y por siempre la perdurable teoría de la escasez*. ¿Somos médicos? — no podemos prescindir de la especie de disgusto que nos causa, por lo que dañan á nuestra profesion, ciertas mejoras físicas, como los adelantos sanitarios del pais, el desarrollo de ciertas virtudes morales, como por ejemplo la moderacion, la temperancia, el progreso de la ilustracion bajo el punto de vista de que cada uno sepa cuidar de su propia salud, el descubrimiento de remedios simples y de fácil aplicacion y á este tenor otros diferentes. En tal concepto, como médicos, nuestros secretos votos son anti-sociales. No se entienda por eso, que yo quiera manifestar, que los médicos hagan semejantes votos. Estoy persuadido, que acogerian complacidos una panacea universal; pero en este sentimiento filantrópico no influye tanto la calidad de médico, como la condicion de hombre y de cristiano, que se coloca con laudable abnegacion de si mismo bajo el punto de vista de con-



sumidor, en tanto que, ejerciendo aquella profesion y fundando en ella su bienestar y el de su familia, no puede menos de que sus deseos, ó si se quiere sus intereses, se reputen anti-sociales.

«¿Somos por ventura fabricantes de telas de algodón?—desde luego apetecemos un mercado el mas ventajoso *para nosotros*. De buen grado consentiríamos que fuesen prohibidas todas las manufacturas rivales, y si no osamos proferir claramente este voto, ó intentar su completa realizacion, no dejamos de poner en juego en otra línea mas comedida ó disimulada ciertos medios indirectos que conduzcan á este fin, como por ejemplo, cuando escluimos la concurrencia de los tejidos estrangeros con objeto de disminuir la cantidad ofrecida, y de producir asi por medio de la fuerza y en nuestro provecho la *escasez* de vestidos.

«En el propio sentido podriamos pasar revista á las demas industrias, y encontraríamos en todas, que los productores en calidad de tales, sus designios son anti-sociales. »El comerciante, »dice Montaigne, especula grandemente con los »desórdenes y caprichos de la juventud: el labrador con la carestía de los granos: el arquitecto con la ruina de las casas: la curia con los »pleitos y delitos. La misma pompa y prácticas religiosas se fundan á espensas de la muerte y de nuestros vicios. Ningun médico se congratula de la salud de sus propios amigos, como



»tampoco se alegra la tropa con la paz de los pueblos; y así en todo lo demas.»

De donde se infiere que, si se realizasen los votos secretos de cada productor, el mundo retrogradaría hacia la barbarie. Las velas proscribirían el vapor: los remos á las velas; y bien pronto tendrían estas que ceder los trasportes á los carros, los cuales á su vez serían desalojados por las caballerías, que mas tarde fueran reemplazadas por buhoneros ó mochileros. La lana escluiría el algodón, el algodón á la lana y así sucesivamente de todo lo demas, hasta el extremo de que la penuria universal hiciese desaparecer de la superficie de la tierra hasta el gérmen de la misma raza humana.

Supóngase por un momento que el poder legislativo y la fuerza pública fuesen puestas á disposicion del comité Mimerel, y que cada uno de los miembros que componen esta asociacion tuviese la facultad de hacerse admitir y sancionar una pequeña ley: ¿es difícil inducir que clase de código industrial seria impuesto al público?

---

Entretanto, si tornamos á considerar sobre el interés inmediato del consumidor, hallaremos que se encuentra en perfecta armonía con el interés general, con lo que reclama el bienestar de la humanidad. Cuando el comprador acude al mer-

cado, lo que desea es provision abundante de lo que busca. Que las cosechas se verifiquen en sazón: que las invenciones cada dia mas maravillosas pongan á su alcance mayor copia de productos y de satisfacciones: que pueda economizarse el tiempo y el trabajo: que desaparezcan las distancias: que el espíritu de paz y justicia permita disminuir el peso de los impuestos: que se releven finalmente las trabas de toda especie; en cuyo caso el interés inmediato del consumidor sigue paralelamente la misma línea que el interés público bien entendido. Bien puede llevar sus votos hasta la estravagancia, hasta el absurdo, que nunca dejarán de ser humanitarios. Bien puede desear que su alimento y su abrigo, el techo y el hogar, la instruccion y la moralidad, la seguridad y la paz, la fuerza y la salud, se obtengan sin esfuerzos, sin trabajos y sin medida, en los mismos términos que las vias públicas, el agua del torrente, el aire que nos rodea y la luz que nos inunda, sin que la realizacion de semejante deseo esté en contradiccion con el bien de la sociedad

Acaso se diga, que si fuesen oidos estos votos, la obra del productor se degradaria y desalentaria progresivamente hasta el punto de desaparecer, falta de alimento. Pero ¿por qué? Porque en esta suposicion extrema, todos los cuidados y todos los deseos imaginables estarian completamente satisfechos. En tal caso el hombre, consi-

derado omnipotente, crearia todas las cosas por un solo acto de su voluntad; y entonces, bajo esta hipótesis ¿se echaria de menos la produccion laboriosa?

Supongamos por un momento una asamblea legislativa compuesta de trabajadores en que cada miembro formulase como ley su *voto secreto* en calidad de productor, es indudable que el código emanado de esta asamblea seria el monopolio sistematizado, la teoría de la escasez puesta en práctica.

Por el contrario, una cámara en que cada cual consultase esclusivamente su interés inmediato como consumidor, propenderia seguramente á sistematizar la libertad, la supresion de todas las medidas restrictivas, la abolicion de trabas artificiales, en una palabra, á realizar la teoría de la abundancia.

De donde se sigue:

Que consultar esclusivamente el interés inmediato de la produccion, equivale á consultar un interés anti-social.

Y que tomar esclusivamente por base el interés inmediato del consumo, equivale á tomar por base el interés general de la sociedad.

Séame permitido todavia insistir sobre este punto, aun á riesgo de repetirme.

Existe un antagonismo radical entre vendedores y compradores.

Aquel desea que el objeto comerciable sea *raro*, escasamente ofrecido, y por consecuencia á un precio elevado.

Mientras que el comprador lo anhela *abundante*, muy ofrecido y por consecuencia á bajo precio.

Y las leyes, que cuando menos debieran ser neutrales, se ponen por lo regular de parte del vendedor contra el comprador, del productor contra el consumidor, de la carestía contra la baratura, de la escasez contra la abundancia.

Y parten, sino con intencion calculada, al menos por sucesion lógica, sobre el dato siguiente: *una nacion es rica, cuando carece de todo*.

Porque dicen: he aquí el productor á quien conviene favorecer, asegurándole buen despacho á sus productos. Para obtener este resultado, preciso es elevar los precios: para elevar los precios, preciso es restringir la oferta; y restringir la oferta equivale á crear la escasez.

Ahora bien: supóngase que en los momentos presentes, en que estas leyes tienen toda su fuerza, se haga un inventario completo, no en valor, sino en peso, medida, volúmen y cantidad de todos los objetos existentes en Francia, propios para satisfacer las necesidades y los gustos de sus habitantes, granos, carnes, paños, telas, combustibles, géneros coloniales etc. etc.

Supóngase otra vez, que al dia siguiente se destruyen todas las trabas que impedian en Francia la introduccion de géneros extranjeros.



Finalmente, para apreciar debidamente el resultado de esta reforma, supóngase que despues de tres meses se procede á nuevo inventario.

¿No será seguro encontrar en esta última época mas granos, mas ganados, paños, telas, fierro, aceite, azúcar, etc., que al tiempo del primer inventario?

Tan seguro, que las tarifas proteccionistas no tienen otro significado que el de impedir que estos objetos lleguen fácilmente hasta nosotros; esto es, restringir la oferta, prevenir la baja de precios, oponerse á la abundancia.

Entretanto, pregunto yo ¿el pueblo está mejor provisto bajo el imperio de nuestras leyes, por que haya en el pais *menos* pan, carne y azúcar...? ¿Estará mejor vestido porque haya *menos* hilo, telas y paño...? ¿Estará mejor alumbrado, porque haya *menos* aceite...? ¿Estará mejor servido y aliado su trabajo, porque haya *menos* hierro, cobre, instrumentos y máquinas...?

Pero, se dice, si el extranjero nos *inunda* con sus productos, se llevará nuestro dinero.

¿Y qué nos importa? El hombre no se nutre con numerario, ni se viste de oro, ni se calienta con plata. ¿Qué importa que haya mas ó menos numerario en el pais, si hay mucho pan en los graneros, muchas viandas en las despensas, mucha ropa-blanca en los armarios, y mucha leña en las leñeras?



Tratándose de leyes restrictivas, yo plantearia siempre este dilema.

O ustedes convienen en que producen la escasez ó no.

Si lo primero, ustedes confiesan en el mismo hecho que hacen cuanto daño pueden al pueblo. Si lo segundo, entonces niegan ustedes haber restringido la oferta, elevado el precio y por consecuencia que tampoco se haya favorecido al productor.

Ustedes, leyes restrictivas, son funestas ó ineficaces: ustedes no pueden ser útiles.

---

**Nota del Traductor.** En tésis general no pueden presentarse mejor ni mas claros, ni mas sensibles los primeros rudimentos de la teoria de los proteccionistas y abolicionistas: —La tirania del monopolio industrial en oposicion con la servidumbre de las masas consumidoras.

Fomentad la industria indígena, proclaman los monopolistas. Esto es: masas de consumidores, sacrificando vuestros bolsillos, contribuid al fomento de los nuestros, comprando á vuestro pesar los productos que os ofrecemos casi siempre mas caros y de peor calidad.

No sigais vuestros instintos, que por una prerrogativa innata, divina, os inclinan á buscar lo que apeteceis con menos trabajo y á menos precio, donde y por quien quiera que se os ofrezca.

¿Qué importa que os introduzcan buen trigo y barato si nosotros os damos centeno y patatas al mismo precio? dirán los monopolistas de paises estériles. —¿Para qué quereis beber buen vino español, si al mismo precio os surtimos de cerveza? dirán los cervezeros de las naciones del Norte. —¿Que significa ese afan con que, arrostrando mil

riesgos buskais los algodones extranjeros, cuando nosotros los fabricamos en el país? dirán los catalanes. — Guerra, prisiones, esterminio, pregonarán los gobiernos que monopolizan ciertos artículos, contra aquellos que no comprenden sus pésimos tabacos, sus adulteradas sales, su endeble papel sellado y su degradada moneda.

He aquí una ligera idea, desconsoladora, de lo que en resúmen son los exagerados privilegios industriales, ó como dice Bastiat *la escasez* en pos de la cual caminan irremediabilmente la estupidez, la barbarie, la muerte, la despoblacion.

No se crea, sin embargo, que por bosquejar tan tristemente este cuadro, aconseje el autor de esta nota la abolición instantánea de los impuestos protectores, de los privilegios industriales. Está bien persuadido que un golpe tal desconcertaría el edificio social, impeliéndolo á una de esas crisis funestas que lo ponen en peligro de undirse. Cuando se quieren utilizar las fértiles aguas de un torrente, se le prepara primero el cauce que ha de alterar su curso.

La Inglaterra acaba de reconocer la emancipación de las industrias de cereales y azucareras. Pero ¿la ha declarado desde luego? No; primero ha requerido á los monopolistas, les ha advertido del peligro que corrian sus fondos por medio de la tribuna, de la prensa y de la cátedra; y después les ha dispensado una ley de impuestos descendentes en una escala gradual de abolición por cierto número de años, en cuyo transcurso se verificará lenta y provechosamente el tránsito de sus capitales é industrias hácia otros ramos productivos.

Aplazamientos, rebaja gradual de impuestos protectores en una época dada segun las circunstancias y condiciones de los ramos protegidos: tales son los medios de alcanzar esa libertad por tránsitos prudentes, legítimos y de éxito seguro.

Pero ¿para qué anticipar reflexiones que poco á poco se harán lugar? Mejor haremos seguir nuestra tarea con Mr. Bastiat.

## SOFISMA II.

### **Obstáculo, causa.**

El obstáculo tomado por la causa — la escasez tomada por la abundancia — es un sofisma igual bajo diferente aspecto.

Estudiémosle bajo todas sus fases.

El hombre en su origen está desprovisto de todo. Entre sus privaciones y la satisfacion de sus necesidades existen multitud de *obstáculos*, que tiene que vencer por medio del trabajo. Es curioso investigar el como y porqué estos mismos obstáculos que parecen oponerse á sus deseos, se convierten á sus propios ojos en la causa de su bienestar.

Tengo necesidad de trasportarme á cien leguas; pero me encuentro que entre los opuestos puntos de partida y destino se interponen montañas, rios, mares, florestas impenetrables, malhechores, y en una palabra *obstáculos*; para vencer los cuales será preciso que emplee gran-

des esfuerzos, ó lo que es igual, que otros lo verifiquen, exigiéndome por ello un precio. Claro es, que bajo este aspecto mi condicion hubiera sido mejor, si no existieran semejantes obstáculos.

Para atravesar la vida y recorrer esa larga serie de dias que separan la cuna y la tumba, el hombre tiene necesidad de consumir una cantidad prodigiosa de alimento, de garantizarse contra el rigor de las estaciones, de preservarse ó curar una multitud de males. El hambre, la sed, las enfermedades, el calor y el frio son otros tantos obstáculos sembrados en su carrera. En el estado de aislamiento se encuentra en el caso de supeditarlos por medio de la caza, la pesca, el cultivo, la arquitectura, hilando, tegiendo...., y claro es, que le seria mas cómodo si semejantes obstáculos no le fuesen demasiado trabajosos, ó que absolutamente no existieran. En sociedad, nadie arrostra personalmente todos y cada uno de estos obstáculos, porque otros lo hacen por uno, y este á su vez allana alguno de los que rodean á sus semejantes.

Claro es, repito, que considerando las cosas en masa, valdria mas respecto la comunidad de los hombres ó la sociedad, que los obstáculos fuesen tan débiles y vencibles, como poco numerosos.

Pero si se examinan los fenómenos sociales en sus mas insignificantes detalles, lo mismo que los



sentimientos de los hombres bajo el punto de vista de las modificaciones que sufrieran á favor del sistema de cambios, se observará sin dificultad como tienden á confundirse las necesidades con la riqueza y los obstáculos con la causa.

La division del trabajo, resultado de la facultad de cambiar, hace que cada hombre en lugar de acometer solo con sus propias fuerzas todos los obstáculos que le rodean, no combata mas que *uno*, lo cual verifica, no para su uso inmediato, sino en provecho de sus semejantes, quienes á su turno practican igual operacion, estableciéndose asi los servicios mútuos, los cambios y el comercio general.

Resulta ademas, que este hombre verá la causa inmediata de su riqueza en el obstáculo contra el cual hace profesion de luchar por cuenta de otro. Mientras mas grande, mas grave, mas vivamente sentido sea este obstáculo, tanto mas dispuestos encontrará á sus semejantes para remunerárselo, por haberlo vencido; es decir, á remover en su favor los demas obstáculos que incomodarle puedan.

Un médico, por ejemplo, no se ocupa de cocer su pan, ni de fabricar sus instrumentos, ni de tejer ó construir sus vestidos. Otros lo hacen por él, y en cambio se encarga de combatir los males que afligen á sus clientes. Mientras mas numerosos, intensos y reiterados sean estos males, otro tanto comprometen al médico á tra-



bajar por su propia utilidad personal. Bajo este punto de vista, las enfermedades, que no pueden considerarse mas que como un obstáculo general al bienestar de los hombres, es una causa de bienestar individual. Todos los productores forman el mismo raciocinio en la facultad ó profesion que ejercitan. El armador saca sus ganancias del obstáculo que llamamos *distancia*: el labrador de lo que llamamos *hambre*: el fabricante de ropas de lo que llamamos *frio*: los maestros viven á espensas de la *ignorancia*, los lapidarios sobre la *vanidad*, los notarios con los *pleitos*, en los mismos términos que los médicos con las enfermedades humanas. Demasiado cierto es pues, que cada profesion tiene un interes inmediato en su continuacion, en la estension asimismo del obstáculo que constituye el objeto especial de sus esfuerzos.

En su virtud, los teóricos concluyen con fundar un sistema sobre estos sentimientos individuales, y dicen: La necesidad es la riqueza: el trabajo es la riqueza: obstáculo al bienestar es el bienestar mismo. Luego, multiplicar los obstáculos, es dar alimento á la industria.

Y despues vienen los hombres de estado á recoger el fruto de estos sofismas. Y disponiendo de la fuerza pública ¿qué cosa mas natural que hacerla servir á desenvolver, á propagar los obstáculos, creyendo desenvolver y propagar la riqueza? Dicen por ejemplo: si impedimos la im-

portacion del hierro , crearemos en el interior un obstáculo para adquirirlo : este obstáculo , vivamente sentido , atraerá sobre sí el precio de su allanamiento: cierto número de nuestros conciudadanos se dedicarán á combatirlo, y seguramente que medrarán á su sombra; y mientras mas grande sea el obstáculo , mientras mas raro este mineral , mas inaccesible , mas difícil de trasportar y mas lejos de las fraguas de consumo ; mas brazos ocupará esta industria en todas sus ramificaciones. Escluyamos pues el hierro extranjero: creemos el obstáculo ; y crearemos tambien el trabajo para combatirlo.

El mismo raciocinio conducirá á proscribir las máquinas.

He aquí , dirán , unos hombres que tienen necesidad de encubar su vino. Este es un obstáculo ; pero , he aquí otros hombres que se ocupan de allanarle , construyendo toneles. Es pues conveniente que haya obstáculos , para alimentar con ellos el trabajo nacional y que se enriquezcan algunos de nuestros conciudadanos. Pero que venga una máquina que corte el roble , que lo labre , que lo divida en multitud de duelas , las junte y las transforme en pipas. El obstáculo se ha aminorado mucho , y con él la fortuna de los toneleros. No señor , sostengamos lo uno y lo otro por una ley. Proscribamos la máquina.

Para penetrar hasta el fondo de este sofisma , basta advertir , que el trabajo humano no es un

*fin*, sino un *medio*, el cual nunca queda sin empleo. Si falta un obstáculo, puede dedicarse á otro, y la humanidad queda descartada de dos obstáculos, mediante la misma suma de trabajo que antes absorbía uno solo.—Si el trabajo del tonelero desapareciese para siempre, otro le reemplazaria. Pero se dirá ¿con qué seria remunerado? Precisamente con lo que estamos viendo en la actualidad que se le remunera; porque, cuando una masa de trabajo queda disponible á causa de la supresion de un obstáculo, sobreviene en el acto otra masa correspondiente de remuneracion disponible. Para asegurar que el trabajo humano acabaria por carecer de empleo, seria necesario probar que la humanidad cesaria de encontrar obstáculos.—En cuyo caso no tan solo seria imposible, si que tambien supérfluo. Entonces nada tendríamos que operar, en cuanto todos seríamos poderosos, bastándonos solamente pronunciar un *fiat* para ver cumplidos todos nuestros cuidados y todos nuestros deseos.

### SOFISMA III.

#### **Esfuerzo, resultado.**

Acabamos de observar que entre nuestras necesidades y su satisfaccion se interponen obstáculos; obstáculos que probamos á vencer, ó por lo menos á debilitar por el empleo de nuestras facultades. Puede sentarse en términos generales, que la industria es un esfuerzo, seguido de un resultado.

Pero ¿cuál es la medida de nuestro bienestar, de nuestra riqueza? ¿Es por ventura el resultado del esfuerzo? ¿ó es el esfuerzo mismo? - Constantemente existe una relacion entre el esfuerzo empleado y el resultado obtenido.—¿El progreso consiste en la estension relativa del segundo, ó del primer término de esta relacion?

Las dos tésis han sido sostenidas, y se disputan el dominio de las opiniones económicas.

Segun el primer sistema, la riqueza es el resultado del trabajo. Aumenta á medida que aumentan *la relacion del resultado con el esfuerzo.*



La perfeccion absoluta, cuyo tipo es Dios, consiste en la distancia inmensa de los términos en este sentido: esfuerzo nulo, resultado infinito.

El segundo sistema sostiene que el mismo esfuerzo es el que constituye y gradúa la riqueza. Progresar es lo mismo que mejorar *la relacion del efecto con el resultado*. Su ideal puede ser representado por el esfuerzo á la vez eterno y estéril de Sisyfo (1).

Naturalmente el primero acoge cuanto tiende á disminuir el sacrificio y aumentar el producto, v. g. las poderosas máquinas que aumentan la fuerza del hombre, el cambio que permite sacar mejor partido de los agentes naturales distribuidos en cantidades diversas por la superficie del globo, la inteligencia que inventa, la experiencia que enseña, la concurrencia que estimula etc.

Y es de advertir que la *práctica universal* de los hombres sigue siempre y está dirigida por el principio de la primera doctrina. No se ha visto nunca ni se verá jamás, que ningun trabajador agrícola, manufacturero, negociante, artesano, militar, escritor ó sabio, deje de consagrar todas las fuerzas de su inteligencia para conseguir que el resultado de sus esfuerzos sea el mejor posi-

---

(1) Con este motivo rogamos al lector admita la calificación de *Sisyfismo* que en obsequio á la brevedad adoptamos y adoptaremos para designar este sistema.



ble en menos tiempo y con mas economía; en una palabra *hacer mas con menos*.

La doctrina opuesta es la observada por los teóricos, por los diputados, por los periodistas, por los hombres de estado, por los hombres en fin cuyo destino en el mundo es probar experiencias sobre el cuerpo social.

Pero obsérvese sin embargo, que cuando estas cuestiones les atañen personalmente, obran segun todo el mundo obra, bajo las impresiones de este mismo principio; esto es, obtener del trabajo la mayor suma posible de efectos útiles.

Tal vez se crea que exajero, y que no existen verdaderos Sisyfistas.

Si se quiere decir, que en la práctica no se lleva el principio hasta consecuencias extremas, pase. Asi suele suceder, siempre que se parte de principios falsos, lo cual conduce á resultados tan absurdos y desgraciados, que bien pronto hay que arrepentirse y retroceder; y he aquí porque la industria práctica no admite jamás el Sisyfismo; la pena seria el resultado inmediato del error no previsto. Pero, en materia de industria especulativa, como la que profesan los teóricos y los hombres de estado, se puede seguir por mucho tiempo un principio falso sin echarlo de ver mas que por las funestas y complicadas consecuencias, las cuales le son por otra parte desconocidas; y cuando al fin se precaven, entonces obran segun el principio opuesto, se con-

:

tradicen y buscan su justificacion en este axioma moderno, absurdo sin egemplo: En economia no existen principios absolutos. Veamos pues si los dos opuestos principios que acabo de establecer no rigen á su vez, uno en la industria práctica, el otro en la legislacion industrial.

Ya antes de ahora he recordado una espre-sion de Mr. Bugeaud, en quien hay que distinguir dos hombres, el agricultor y el legislador.

Como agricultor Mr. Bugeaud se inclina con todos sus esfuerzos á este doble fin: economizar trabajo y obtener barato el pan. Cuando prefiere un buen arado á otro malo; cuando perfecciona los abonos; cuando para preparar su heredad sustituye en lo posible la accion de la atmósfera á la de la grada ó azada; cuando llama en su auxilio todos los procedimientos, cuya eficacia y perfeccion hiciera palpables la ciencia y la esperiencia, no puede ciertamente suponersele, como en efecto no lleva, mas que un objeto: *disminuir la relacion del efecto con el resultado*. Tampoco tenemos los demas otro medio de reconocer la habilidad del cultivador y la perfeccion de sus métodos, que graduando lo que se quita al uno y lo que se añade al otro; y como todos los arrendadores del mundo obran sobre este principio, se puede decir que la humanidad entera aspira instintivamente por su provecho á obtener mas baratos tanto el pan, como cualquiera otro producto: aspira á disminuir el afan

que se requiere para adquirir una cantidad dada.

Una vez justificada esta incontestable tendencia de la humanidad, debería bastar este ejemplo para revelar al legislador el verdadero principio, indicándole en que sentido debiera secundarse la industria, (dado que sea de su incumbencia esta mision); porque efectivamente seria absurdo suponer que las leyes de los hombres deban obrar en sentido inverso de las leyes de la Providencia.

Entretanto el diputado Mr. Bugeaud creyó oportuno proferir: «Yo no comprendo nada de la teoría de la baratura: con tal que abundára el trabajo, mas que se vendiese caro el pan.»—Y en su consecuencia el diputado por la Dordoña vota medidas legislativas que tienen por objeto embarrazar los cambios, precisamente por la razon de procurarnos indirectamente lo que la produccion directa nos suministra con mas dispendios.

Luego es evidente que el principio de M. Bugeaud *diputado* está en absoluta contradiccion con el de M. Bugeaud *agricultor*. Si guardase consecuencia con sus propios instintos, indudablemente votaria en la cámara contra toda restriccion. Y si por el contrario adoptase en su granja el principio que proclama en la tribuna, entonces habria de sembrar su trigo en el terreno mas estéril, siguiendo la máxima de *trabajar mucho para obtener poco*. Prescindiria del arado, y labrando con una simple azada, satisfaria su do-

ble voto: el pan mas caro y mas abundante el trabajo.

La restriccion tiene por objeto confeso y por efecto reconocido aumentar el trabajo.

Mas todavía: tiene por objeto confeso y por efecto reconocido provocar la carestía, que no es otra ccsa que la rareza de productos.

Finalmente, llevada á sus últimos límites, no es otra cosa que el *Sisyfismo* puro, tal como lo hemos definido: *trabajo infinito, producto nulo*.

El baron M. Cárlos Dupin, lumbrera de la pairía, como suele llamársele, acusa los caminos de hierro en sus ciencias económicas como *dañosos á la navegacion*; y no hay duda que está en la naturaleza de las cosas que un medio mas perfecto desacredite el empleo de otro comparativamente mas grosero. Pero los vagones no pueden perjudicar á los barcos mas que en cuanto les absorbe los trasportes: no podrá esto tener lugar sino cuando los trasportes en vagones sean mas baratos; y esto precisamente acontecerá, *disminuyéndose la relacion del esfuerzo empleado con el resultado obtenido*, pues que esta es precisamente la circunstancia que ocasiona la baratura. Luego, cuando el baron Dupin deplora esta supresion de trabajo por un resultado dado, se entrega ciegamente á la doctrina del *Sisyfismo*. Lógicamente; en los mismos términos que prefiere los barcos á los vagones, debiera preferir los carros á los barcos, las recuas á los carros y los cuébanos ó mo-



chilas á todos los medios de transporte conocidos; porque en esta via de retrocesion llenaria su objeto de obtener con mayor trabajo menos resultado.

«El trabajo constituye la riqueza de un pueblo», decia M. de Saint-Cricq, este ministro del Comercio que tantas trabas ha puesto al mismo; proposicion elíptica cuya significacion equivale á decir: «Los resultados del trabajo constituyen la riqueza de un pueblo.»—No, este economista queria manifestar mas bien que la *intensidad* del trabajo es por la que se mide la riqueza, y lo prueba el que, de consecuencia en consecuencia, de restriccion en restriccion, conducia la Francia (y por cierto de buena fe) á consagrar un trabajo doble para surtir de una cantidad igual, por ejemplo de hierro. En Inglaterra corria entonces este artículo á 8 frs., mientras que en Francia se compraba á 16. Suponiendo á 1 fr. el salario corriente del trabajo, claro es que la Francia pudiera por via de cambio procurarse un quintal de hierro con ocho jornales, tomados colectivamente del trabajo nacional. Merced á las medidas restrictivas de M. de Saint-Cricq, la Francia requeria diez y seis jornales de trabajo para obtener un quintal de hierro por la produccion directa.—Doble sacrificio por una satisfaccion idéntica; luego, doble riqueza; luego, la riqueza se mide, no por el resultado, sino por la intensidad del trabajo.—¿No se vé aquí pues el *Sisyfismo* en todo su rigor?

Y para evitar toda equivocacion, buen cuidado ha tenido el Sr. ministro de aplazar el complemento de su plan, y lo mismo que acaba de llamar *riqueza* á la intensidad del trabajo, califica mas adelante de *pobreza* la abundancia de los resultados del trabajo, ó sean las cosas propias á satisfacer nuestras necesidades.—«Por donde quiera, dice, las máquinas han reemplazado al brazo del hombre; por donde quiera, es exuberante la produccion; por donde quiera está dislocado el equilibrio entre la facultad de producir y los medios de [consumir.】—Es visto pues, que segun M. de Saint-Cricq, si sobreviniese una crisis en Francia, seria porque produjese demasiado, porque se trabajase con mayor inteligencia, y con mas fruto. Estariamos demasiado bien alimentados, demasiado bien vestidos, demasiado bien provistos de todas las cosas; la produccion demasiado rápida, escenderia todos nuestros deseos. Si, si; seria necesario contener este torrente, esterminar esta plaga, forzando por medio de restricciones á trabajar mas, para producir menos.

Tambien he citado la opinion de otro ministro de comercio, M. d' Argout, que bien merece le consagremos un instante. Queriendo dar un golpe terrible á la remolacha, decia: «Sin duda el cultivo de la remolacha es útil, pero *esta utilidad está limitada*. No puede soportar el gigantesco desarrollo que la fama se complace en predecirle. Para convencerse de ello, basta observar

que semejante cultivo ha de ser necesariamente circunscrito á los límites del consumo. Duplíquese, triplíquese, si se quiere, el consumo actual de la Francia, y *se encontrará de continuo que una reducidísima porcion del territorio bastará para las necesidades de este consumo.*»—He aquí en verdad una singular paradoja. ¿Se quiere la prueba? Bien. ¿Cuántas hectáreas de remolacha se plantaron en 1828? — 5.150, ó lo que es lo mismo  $\frac{1}{10.540}$  avos del suelo cultivable. ¿Y cuántas ocupa hoy, en que el azúcar indígena se compra por una tercera parte de los consumidores?— 16.700 hectáreas, ó sean  $\frac{1}{1.978}$  avos del suelo cultivable, que hacen 45 centiáreas por cada municipalidad. Supongamos que el azúcar indígena haya invadido de todo punto el consumo; no tendremos mas que 48.000 hectáreas en cultivos de remolacha, ó sean  $\frac{1}{689}$  avos del terreno cultivable (1).

Dos cosas se echan de ver en esta cita: los hechos y la doctrina. Aquellos tienden á establecer que es necesario poco terreno, capitales y mano de obra para producir mucho azúcar, y que cada municipalidad de Francia se encontraría abundantemente surtida, destinando una hec-

---

(1) Justo es advertir que M. d' Argout ponía este extraño language en boca de los adversarios de la remolacha. Pero lo cierto es tambien que él se lo apropiaba y lo sancionaba además por la misma ley que trataba de justificar.

tárea de su territorio al cultivo de la remolacha. La doctrina consiste en mirar esta circunstancia como funesta, y considerar en el mismo poder y fecundidad de la nueva industria *la limitacion de su utilidad*.

Aunque no sea mi intencion constituirme aqui en defensor de la remolacha ó en juez de los hechos estraños establecidos por Mr. d' Argout (1), merece no obstante la pena de que sean examinadas las doctrinas de este hombre de estado, á quien la Francia confiára por mucho tiempo la suerte de su agricultura y de su comercio.

Ya he dicho al principio que existe una relacion variable entre el esfuerzo industrial y su resultado: que la imperfeccion absoluta consiste en un esfuerzo infinito sin resultado alguno: la perfeccion absoluta, en un resultado ilimitado sin esfuerzo alguno; y la perfectibilidad en la disminucion progresiva del esfuerzo comparado con el resultado.

Pero M. d' Argout nos enseña que la muerte está donde creemos apereibir la vida, y que la importancia de una industria se halla en razon

---

(1) Suponiendo que bastasen para alimentar el consumo actual 48.-ó-50.000 hectáreas, serian necesarias 150.000 para el triplicado consumo que admite como posible M. d' Argout—Esto aparte, si la remolacha entrase en una distribucion de cultivos de seis años, ocuparia sucesivamente 900,000 hectáreas, ó  $\frac{1}{38}$  avos del suelo cultivable.



directa de su impotencia. — «¿Qué hay que esperar por ejemplo de la remolacha? ¿No ven ustedes que 48.000 hectáreas de terreno con un capital y una mano de obra proporcionadas bastarán para surtir de azúcar á toda la Francia? Luego esta es una industria *de limitada utilidad*.» — Bien entendido que limitada en cuanto al trabajo que exige, único modo pues, al decir del antiguo ministro, de que una industria pueda ser útil: utilidad que seria mucho mas limitada todavia, si, gracias á la fecundidad del suelo ó á la riqueza de la remolacha, pudiéramos practicar la cosecha sobre un terreno de 24.000 hectáreas, en lugar de tener que destinarla 48.000. — ¡Oh! si fuese preciso la vigésima, la centésima parte mas de terreno, de capitales y de brazos *para obtener un mismo resultado*, enhorabuena, se podrian fundar algunas esperanzas sobre la nueva industria y seria digna de toda la proteccion del Estado, en razon á que ofreceria un vasto campo al trabajo nacional. Pero, producir mucho con poco! esto es de malísimo ejemplo y bueno será que la ley ponga en ello arreglo.

Y este argumento respecto al azúcar ¿no es igualmente aplicable al pan? Si pues la *utilidad* de una industria debe apreciarse, no por las satisfacciones que está en disposicion de procurar con una cantidad determinada de trabajo, sino al contrario por el desarrollo de este mismo trabajo

que exige para subvenir á una suma dada de satisfacciones, lo cual debemos desear evidentemente, entonces nos convendria que cada hectárea de tierra produjese poco trigo, y cada grano de trigo poca sustancia alimenticia: en otros términos, que nuestro territorio fuese infértil; porque entonces la masa de tierras, de capitales y de mano de obra, que harian falta para alimentar la poblacion, serian comparativamente muy considerables: se puede tambien asegurar que la estension abierta al trabajo humano estaria en razon directa de esta infertilidad. Los votos de los Bugeaud, Saint-Cricq, Dupin y d' Argout serian cumplidos: el pan caro: el trabajo abundante; y la Francia rica, rica como estos señores lo entienden.

Lo que debemos desear todavia, es que se debilite la inteligencia humana y que se estinga; porque en tanto que vive, busca incesantemente los medios de aumentar *la relacion del fin al medio y del producto al sacrificio*. En esto, esclusivamente en esto, es en lo que consiste.

Asi pues, el *Sisyfismo* es la doctrina de todos los hombres que han estado encargados de nuestros destinos industriales y por lo tanto no seria justo dirijirles acusaciones. Semejante principio no lo acepta el gobierno, sino porque domina en las cámaras; y no domina en las cámaras, sino porque proviene del cuerpo electoral; y proviene del cuerpo electoral, porque se engendra su

opinion con la opinion que sobre el particular reina en las masas.

Creo que debo repetir otra vez para siempre, que yo no acuso á los hombres como los señores Bugeaud, Dupin, Saint-Criq, y d' Argout, de ser absolutamente y en todas circunstancias *Sisyfistas*. En honor de la verdad, no lo son en sus transacciones privadas: cada uno de ellos se procura, *por via de cambio*, lo que le costaria mas caro *por la via de la produccion directa*. Pero digo y repito que son *Sisyfistas* en tanto que impiden al pais que practique lo mismo.

Dícese... Pero, para que no se me acuse de inventar y atribuir culpas á los protectores, debo basar á dos de sus mas valientes oñeas.

Se ha creído que la proteccion debía considerarse entre nosotros simplemente la representación de la diferencia que existe entre el precio industrial de un género que nosotros producimos y el precio industrial de este género en el pais extranjero... La doctrina protectora calculada sobre estas bases no lleva más que asegurar la libre concurrencia... La libre concurrencia no existe sino á favor de la igualdad de condiciones y cargas. Cuando se trata de una corrida de caballos, se pone la carga correspondiente á cada uno de los corredores á fin de igualar de este modo las condiciones de la carrera. En materias de comercio, si alguno de





---

## SOFISMA IV.

---

### **Igualar las condiciones de la producción.**

Dícese.... Pero, para que no se me acuse de inventar y atribuir sofismas á los proteccionistas, dejo hablar á dos de sus mas valientes atletas.

«Se ha creido que la proteccion debia considerarse entre nosotros simplemente la representacion de la diferencia que existe entre el precio industrial de un género que nosotros producimos y el precio industrial de otro género semejante producido en pais extraño.... Un derecho protector calculado sobre estas bases no hace mas que asegurar la libre concurrencia..... La libre concurrencia no existe sino á favor de la igualdad de condiciones y cargas. Cuando se trata de una corrida de caballos, se pesa la carga correspondiente á cada uno de los corredores á fin de igualar de este modo las condiciones de la carrera. En materias de comercio, si alguno de

los vendedores puede sacar mejor partido, cesa de ser competidor para tornarse monopolizador.... Suprimase esta proteccion representativa de la diferencia en el precio de industria y entonces el extranjero invadirá el mercado nacional, estableciendo en pro suyo el monopolio. (1).»

«Cada cual debe querer para sí y para los demás, que la produccion del pais sea protegida contra las agresiones de la concurrencia extranjera, *toda vez que esta pueda suministrar sus productos á precios inferiores.* (2).»

A cada paso se propalan semejantes argumentos en los escritos de la escuela proteccionista. Me propongo pues examinarlos con cuidado; esto es, reclamo la atencion, á la par que la paciencia del lector. Me ocuparé desde luego de las desigualdades que atacan á la naturaleza y seguidamente de las que se refieren á la variedad de cargas.

Aqui lo mismo que antes volvemos á encontrar teóricos de la proteccion bajo el punto de vista del productor, mientras que nosotros abogamos por la causa de esos desgraciados consumidores desapiadadamente olvidados y desheredados. Comparan el campo de la industria al *hipódromo*, sin advertir que en este lugar la carrera del

---

(1) M. el vizconde de Romanet.

(2) Mathieu de Dombasle.

caballo es á la vez *medio* y *fin*. El público no toma interés alguno en la lucha, sino contrayéndolo á la lucha misma, sin pasar mas adelante. Cuando ustedes lanzan sus caballos con el único *fin* de saber cual es mas corredor, yo concibo que se igualen las cargas. Pero si el *fin* de ustedes es llamar por medio de una gran novedad un concurso numeroso al circo, ¿podrian sin marcada inconsecuencia crear obstáculos á lo que les ofrece las mejores condiciones de velocidad? He aquí pues, lo que ustedes aconsejan relativamente á la industria. Ustedes olvidan el resultado apetecido, que es el *bienestar*, de que hacen abstraccion completa, sacrificándolo al propio tiempo por una verdadera demanda de principios.

Pero ya que no podamos atraer, convencer á nuestros adversarios, coloquémonos en su lugar y examinemos la cuestion bajo el punto de vista de la produccion.

Y en su consecuencia estableceré:

1.º Que nivelar las condiciones del trabajo, equivale á atacar el cambio en su principio.

2.º Que no es cierto que el trabajo de un pais se entorpezca por la concurrencia de adversarios mas favorecidos.

3.º Que aunque esto fuese exacto, los impuestos protectores no igualan las condiciones de la produccion.

4.º Que la libertad nivela, cuanto ser puede, estas condiciones.

5.º Finalmente, que los países menos favorecidos, son los que ganan más en los cambios.

PRIMERO.—Nivelar las condiciones del trabajo no solamente conspira á obstruir algunos cambios, si que también los ataca en su principio, porque estos están fundados precisamente sobre esta diferencia, ó si se quiere sobre la desigualdad de climas, de temperatura, de fertilidad y de otras circunstancias, que es precisamente lo que ustedes tratan de oscurecer. Si la Guyena envía vinos á la Bretaña, y la Bretaña trigos á la Guyena, consiste en las diferentes condiciones de producción de que están dotadas ambas provincias. ¿Hay por ventura alguna otra ley para los cambios internacionales? Ahora bien, prevaleerse contra aquella clase de desigualdades y de condiciones que los provocan y los explican, equivale á atacarlos en su razón de ser. Si los proteccionistas tuviesen por sí mismos bastante lógica y poderío, seguramente que reducirían á los hombres, como los caracoles, al aislamiento absoluto. Por lo demás, ninguno de sus sofismas, sometido á la prueba de rigurosas deducciones, dejaría de conducir á la destrucción y á la nada.

SEGUNDO.—No es verdad que, *en hecho*, la desigualdad de condiciones entre dos industrias



semejantes produzca necesariamente la caída de las menos protegidas. En la carrera del hipódromo uno gana el premio de los dos corceles; pero, tratándose de dos caballos que trabajen en provecho de sus dueños, cada uno produce en razón de sus fuerzas, y aunque se supongan mayores utilidades al mas vigoroso, no puede deducirse que deje de producir algunas el mas débil.—Se cultiva el trigo en todas las provincias de Francia, si bien existe una enorme diferencia de fertilidad entre sí; y si por casualidad hay alguna que no lo practique, consiste en que no le tiene cuenta semejante granjería. Por lo tanto, la analogia nos enseña que, no obstante estos inconvenientes, se producirían trigos en todos los países de Europa, bajo el régimen de la libertad, y que solo algunos renuncian á este cultivo, cuando *está en sus intereses* dar mejor empleo á sus tierras, á sus capitales y á su mano de obra. ¿Y porqué la fertilidad de un departamento no paraliza la agricultura de otro departamento vecino menos favorecido?—Porque los fenómenos económicos tienen cierta flexibilidad, cierta elasticidad y por decirlo así ciertos *recursos de nivelacion*, que parecen sustraerse enteramente á la escuela proteccionista. Esta nos acusa de ser sistemáticos, cuando es precisamente á sí misma, á quien conviene este epíteto en grado extremo, si el espíritu de sistema consiste en formular razonamientos sobre un solo hecho, en

lugar de practicarlo sobre la totalidad de los hechos.—En el ejemplo arriba propuesto, la diferencia está en el valor de las tierras que compensa la diferencia de su fertilidad.—El campo de usted produce tres veces mas que el mio. Sí; pero á usted le ha costado el suyo diez veces mas, y por consecuencia todavia pueden luchar nuestros respectivos productos. He aquí todo el misterio.—Y es de notar, que la superioridad bajo cualquiera concepto lleva consigo inferioridad en diferente sentido.—Por ejemplo: usted paga mas la adquisicion de su propiedad, precisamente por ser mas fertil; en términos que el equilibrio se establece ó tiende á establecerse, no *accidentalmente*, sino *necesariamente*. ¿Y puede todavia negarse que la libertad sea el régimen mas á propósito para favorecer esta tendencia?

Lo mismo que he citado un ramo de agricultura, pudiera muy bien citar cualquiera otro ramo de industria. En Quimper hay sastres, sin que esto obste para que los haya tambien en París, por mas que estos paguen mucho mas caro su alojamiento, sus muebles, sus oficiales y su manutencion; pero tambien es muy superior y aventajada su clientela, siendo esta suficiente no solo para restablecer la balanza, sino mas bien para inclinarla á su favor.

Luego, cuando se habla de igualar las condiciones del trabajo, será necesario por lo menos examinar si la libertad basta por sí sola para cum-

plir lo que se pretende de la arbitrariedad.

Esta nivelacion natural de los fenómenos económicos es tan importante en la cuestion y al mismo tiempo tan propia para conducirnos hasta la sabiduría providencial que preside al gobierno equitativo de la Sociedad, que no puedo dejar de permitirme una ligera digresion.

Señores proteccionistas, ustedes dicen: tal pueblo tiene sobre nosotros la ventaja de abundar en aceite, en hierro, en máquinas, en capitales: nos es imposible disputarle su mercado.

Examinaremos esta proposicion bajo otros aspectos. Por ahora, me contraeré á la cuestion, reducida á saber, si cuando una superioridad y una inferioridad aparecen enfrente, ¿no llevan en sí mismas, la primera la fuerza ascendente, y la segunda la fuerza descendente, que debe contraerlas á un justo equilibrio?

He aquí dos paises, A y B.—A posee sobre B todo género de ventajas. Ustedes afirman que el trabajo se encuentra en A, y que B se encuentra en la imposibilidad de hacer nada: Que A vende mucho mas que compra; y que B compra mucho mas de lo que vende. Bien podria contestar latamente desde luego, pero quiero colocarme en el terreno de ustedes.

En la hipótesis dada, el trabajo es muy buscado en A; pero esta misma demanda hará que bien pronto se encarezca.

El hierro, el aceite, las tierras, los alimen-

tos, los capitales son muy buscados en A; pero esta misma demanda ocasionará su encarecimiento.

Entretanto, trabajo, hierro, aceite, tierras, alimentos, capitales, todo está muy ofrecido en B, y por consecuencia bien pronto bajarán de precio.

Mas todavía. A vende siempre: B compra sin cesar: el numerario pasa de B á A, y por consecuencia abundará en A, mientras que será raro en B.

Pero, entiéndase que abundancia de numerario quiere decir que hace falta mucho donde hay que comprar muchas cosas. Luego, en A á la *carestía real* que proviene de una demanda muy activa, se agrega la *carestía nominal* debida á la exuberancia de metales preciosos.

Rareza de numerario significa que hace falta poco donde no tiene empleo. Luego en B viene á combinarse la *baratura nominal* con la *baratura real*.

En tales circunstancias, la industria hará esfuerzos inauditos, esfuerzos elevados á la cuarta potencia, si puede decirse así, para desertar de A y venir á establecerse en B.

Pero hablando con propiedad, no puede darse el caso de tan violentas oscilaciones, puesto que bajo un régimen libre, la industria y el dinero por la misma naturaleza de las cosas y desde su origen distribuirán progresivamente y partirán su do-



minio entre A y B, segun la ley constante de la oferta y la demanda, ó lo que es igual, segun la ley eterna de la justicia y de la utilidad.

Y en verdad que no aventuro una vana hipótesis, cuando afirmo que si fuese posible concentrar en un punto dado aquellos elementos, ellos surgirían de su propio seno, impelidos por una fuerza irresistible de descentralizacion.

Escuchemos á un fabricante, que en la Junta de comercio de Manchester se explicaba así. (Suprimo las cifras en que apoyaba su demostracion).

«Antes esportabamos telas; despues, esta esportacion fué seguida de la de filaturas, primera materia con que aquellas se fabrican; despues se esportaron máquinas y los instrumentos necesarios para los hilos; mas tarde se deslizaron los capitales, con los cuales construimos las máquinas; y en fin se marcharon tambien nuestros operarios y con ellos nuestro genio industrial, de donde provienen los capitales. Tantos elementos de trabajo fueron unos en pos de otros á buscar puntos mas ventajosos para ejercitarse con mayor fruto, puntos donde la existencia fuese no tan cara, la vida mas fácil; y así es como actualmente se ven en Prusia, en Austria, en Sajonia, en Suiza, en Italia, inmensos artefactos fundados con capitales ingleses, servidos por operarios ingleses, y dirigidos por ingenieros ingleses.»

Bien pueden ustedes observar aquí señores protectionistas que la naturaleza ó mejor dicho la pro-

videncia, mas ingeniosa, mas sábia, mas previsora, que la supone su estrecha y rígida teoria, no consiente semejante concentracion de trabajo, ese monopolio de todas las superioridades, de que forman ustedes argumentos como un hecho absoluto é irremediable, y ha provisto por medios tan simples como infalibles á cuanto requiere dispersion, difusion, solidaridad, progreso simultáneo; objetos todos que las leyes restrictivas de ustedes paralizan cuanto ser puede, porque su tendencia es la de aislar los pueblos entre sí, la de hacer mas sensible la diversidad de sus condiciones, la de provocar su desnivelacion, de impedir la fusion, de neutralizar las compensaciones y finalmente de encerrar los pueblos dentro de sus propios límites de superioridad ó inferioridad respectivas.

— TERCERO.—En tercer lugar, decir que por un impuesto protector se igualan las condiciones de produccion, es conducir á un error, tomando por vehiculo una locucion falsa. No es exacto que el impuesto de entrada iguale las condiciones de produccion, las cuales son despues del impuesto, lo que eran antes: á lo sumo, á lo sumo, igualarán nada mas las *condiciones de la venta*. Tal vez se me diga que solo juzgo por palabras; pero yo retorno la acusacion á mis adversarios, invitándolos á que me prueben que *produccion* y *venta* son sinónimos, comprometiéndome por mi parte á re-

futarlos sin juzgar como dicen por palabras ni mucho menos confundirlas.

Séame permitido esclarecer la cuestion con un ejemplo.

Supongo pues, que algunos especuladores parisienses se proponen dedicarse á la produccion de las naranjas. Saben que las de Portugal se pueden vender en Paris á 10-céntimos, en tanto que las suyas no podrán bajar de un franco, teniendo en cuenta el precio remunerador de los tiestos y estufas que no podrá escusar su cultivo en una zona que lo resiste; y piden en su consecuencia que las naranjas de Portugal sean castigadas con un impuesto de 90-céntimos. Mediante este impuesto, dicen, se igualarán las *condiciones de produccion*, y la cámara, cediendo como acostumbra á este razonamiento, inscribe en los aranceles el impuesto de los 90-céntimos por cada naranja estrangera.

Ahora bien; digo y repito que las *condiciones de produccion* no por eso han sido de modo alguno cangeadas. Ni la ley ha disminuido en nada el calor de Lisboa, ni mucho menos la frecuencia y la intensidad de los hielos de Paris. Las naranjas del Tajo continuarán madurándose *naturalmente*, mientras que las del Sena no vendrán á sazón sino *artificialmente*; es decir, que exigirán mucho mas trabajo en este último país que en el primero. Las *condiciones de la venta* serán las que en todo caso se igualen, puesto que los portugueses ha-

brán de vender sus naranjas á un franco, del que 10-céntimos corresponden al precio natural de su producto y los 90-restantes al impuesto restrictivo, bajo cuyas evidentes condiciones serán pagadas por el consumidor francés.

Y véase por consecuencia lo inconducente del resultado. El Portugal no perderá seguramente ni un ápice de las naranjas que venda á aquel precio, en razon á que los 90-céntimos pagados demas por el consumidor ingresarán en el Tesoro procedentes de la Francia compradora. Respecto al que introduzca habrá si se quiere anticipo, pero no pérdida. Mientras que en cada naranja francesa consumida habrá de fijo 90-céntimos de pérdida ó poco menos que indudablemente alcanzará al comprador y que tambien es muy cierto no los ganará el vendedor, pues que este, siguiendo la hipótesis propuesta, no saca mas que sus gastos y ganancias industriales.

Ahora pues, dejo á los proteccionistas el cuidado de inferir la conclusion.

CUARTO. — Si he insistido sobre la distincion entre las condiciones de produccion y las de venta, distincion que los señores proteccionistas hallarán sin duda paradójica, no es sino porque ella me conduce á afligirlos todavia con otra paradoja mucho mas estraña: tal es. ¿Quieren ustedes igualar realmente las condiciones de produccion?— Dejen ustedes el cambio libre.



¡Oh! por Dios que esto esya demasiado, dirán, y es llevar muy lejos el sarcasmo con esos juegos de pura imaginacion.—Cachaza, señores proteccionistas, que este no ha sido mas que un golpe de buen humor, y por lo tanto les ruego que no me abandonen hasta haber acabado. Por cierto que seré muy breve á favor del precedente ejemplo, en el que insisto.

Si se supone por un momento que la ganancia media cotidiana de cada francés es de un franco, la consecuencia será que para producir *directamente* una naranja en Francia, será necesario un jornal, ó mejor dicho, su valor equivalente; en tanto que para producir el contra-valor de una naranja portuguesa, bastará sacrificar un décimo de este jornal, lo que bien claramente indica que el sol de Lisboa obra espontáneamente lo que con mucho trabajo se logra en Paris.—Luego ¿no es evidente que si yo puedo producir una naranja, ó lo que para el caso es lo mismo, si yo puedo comprarla con un décimo de trabajo, no es evidente, repito, que me transfiero y coloco relativamente á esta produccion en las mismas condiciones que el propio productor portugues, salvo el precio de transporte que debo yo satisfacer? No se dude pues que la libertad iguala las condiciones de produccion directa ó indirecta, tanto cuanto pueden igualarse, atendida la inevitable diferencia que ocasiona el transporte.

Añado todavia que la libertad iguala asimis-

mo las condiciones de los goces, de las satisfacciones y del consumo, de ese consumo que en definitiva es el objeto final de todos nuestros esfuerzos industriales, por mas que esté siempre desatendido y por mas que punto tan esencial reclame todos nuestros conatos. Gracias al cambio libre, bien podriamos gozar nosotros como los portugueses mismos de los beneficios del sol de aquel pais: los habitantes del Havre, en los mismos términos que los de Londres, obtendrian con iguales condiciones las ventajas con que la naturaleza ha dotado á Newcastle en el ramo mineral.

QUINTO.—Señores proteccionistas, ustedes me encuentran de humor paradójico. ¡Muy bien! Quiero todavia ir mas lejos. Digo y pienso, muy sinceramente por cierto, que si dos paises se encuentran en desiguales condiciones de produccion, *aquel de los dos ganará mas ó sacará mayor partido de la libertad de cambios, que sea el menos favorecido de la naturaleza.*—Para probarlo, deberia por mi parte prescindir un poco de la forma que conviene á este escrito; y sin embargo asi voy á hacerlo, lo uno porque esta es la cuestion, y lo otro porque asi me procuraré la ocasion de esponer una ley económica de la mas alta importancia y que me parece á la verdad destinada á restituir á la ciencia todas esas sectas que en nuestros dias buscan vanas quimeras, esa armonía social que no han podido encontrar en

la naturaleza. Quiero hablar de la ley del consumo, de cuyo abandono pudiera acusarse á la mayor parte de los economistas.

El consumo es *el fin*, la causa final de todos los fenómenos económicos, y por consecuencia en el consumo se encontrará la última y definitiva solución de los mismos.

Nada favorable ó desfavorable puede interrumpir de un modo constante al productor. Las ventajas que la naturaleza y la Sociedad le prodigan, los inconvenientes que le entorpecen, afluyen sobre él, se deslizan, por decirlo así, y tienden á absorberse y fundirse en la comunidad, la comunidad considerada bajo el punto de vista del consumo. He aquí una ley admirable en la causa y sus efectos, y aquel que alcanzára á describirla exactamente, creo que tendría el derecho de decir: « Yo no he pasado por esta tierra sin pagar mi tributo á la Sociedad. »

Toda circunstancia que favorece la obra de la producción es acogida con júbilo por el productor, porque el *efecto inmediato* es el de ponerle en disposición de procurar mas servicios á la comunidad, exigiendo remuneraciones mayores y relativas. Toda circunstancia que contraría la producción es acogida con pena por el productor, porque el *efecto inmediato* es el de limitar sus servicios y por consecuencia su remuneración. Seria necesario que los bienes y los males *inmediatos* de las circunstancias felices ó adversas es-

tuviesen al arbitrio del productor, para que pudiese invenciblemente escoger los unos y huir los otros.

En igual sentido, cuando un trabajador alcanza á perfeccionar su industria, recoge tambien beneficio *inmediato* de la mejora, y esto es necesario para alentarle á un trabajo meditado, y esto es justo por la razon de ser justo tambien que el esfuerzo vaya coronado del suceso y de la recompensa.

Pero yo siento que estos efectos buenos y malos, si bien permanentes en sí mismos, no lo son en cuanto al productor. Si fuese así, un principio de desigualdad progresiva, y por lo tanto infinita, hubiese sido introducida entre los hombres, y esta es la razon porque estos bienes y estos males van bien pronto á absorberse en los destinos generales de la humanidad.

¿Cómo pues esto acontece? — Me haré entender con algunos ejemplos.

Trasportémonos al siglo trece. Los que se dedicaban entonces al arte de copiar, recibian por aquel servicio *una remuneracion regulada por la tasa general de las ganancias*. — En ellos descuella uno que busca y encuentra el medio de multiplicar rapidamente los ejemplares de un mismo escrito. Inventa la imprenta.

Entonces este hombre se enriquece, mientras que otros muchos se empobrecen. A este primer golpe, por muy maravillosa que se suponga la



invencion , se vacila por lo menos si será mas funesta que provechosa. Parece 'por de pronto que introduce en el mundo un elemento de desigualdad infinita , tal como la acabo de describir. Guttemberg adquiere ganancias con su invencion , y estiende su invencion con sus ganancias , hasta el punto de arruinar á todos los copiantes. — En cuanto al público, esto es los consumidores ganan poco, ínterin Guttemberg tiene buen cuidado de no abaratar sus libros mas que lo necesario para mejorar el precio de los suyos sobre el de sus competidores.

Pero , esta ocasion favorable dura poco , porque la Providencia , que ha puesto en armonía los movimientos de los cuerpos celestes , há sabido tambien introducir la en el mecanismo interno de la Sociedad. Vamos ahora á ver escaparse á la individualidad las ventajas económicas de la invencion , para convertirse por siempre en el patrimonio comun de las masas.

Con efecto el procedimiento acaba por ser conocido. Guttemberg no es ya solo en imprimir. Otros varios le imitan : sus ganancias son desde luego cuantiosas, porque se consideran la remuneracion de los primeros esfuerzos en la via de la imitacion , y debe ser asi , pues que de lo contrario , careciéndose de un poderoso aliciente, nadie acometeria empresas dudosas , ni por consecuencia concurririan al gran resultado definitivo , hácia el cual nos aproximamos. Ganan mucho

si ; pero ya ganan menos que el inventor , puesto que la *concurrancia* se indica , indicada que es la invencion. El precio de los libros va sucesivamente bajando. Los beneficios de los imitadores disminuyen á medida que se aleja el dia de la invencion , esto es , á medida que la imitacion disminuye su mérito.

Bien pronto la nueva industria viene á su estado normal; en otros términos, la remuneracion de los impresores no tiene nada de escepcional, y á la par que antes la industria de los copiantes, es ahora aquella regulada *por la tasa general de las ganancias*.—He aquí en último resultado la produccion , considerada como tal , vuelta á colocar como en el primer punto de partida.—Entretanto la invencion no por eso es menos apreciada, supuesto el ahorro de tiempo, de trabajo, del esfuerzo para un resultado dado, para un número determinado de ejemplares que produce. ¿Pero como se manifiesta? — Por la baratura de libros. ¿Y su utilidad? — De la utilidad que reporta el consumidor, la sociedad, la humanidad. — Los impresores posteriores que no han adquirido mérito alguno escepcional, tampoco obtienen una relativa remuneracion escepcional. Como hombres, como consumidores participan sin duda de las ventajas que la invencion legara á la comunidad. Pero, he aquí todo. Como impresores, como productores son considerados, estan comprendidos en las condiciones ordinarias á todos los de-

mas productores del pais. La Sociedad les paga por lo relativo á su trabajo, pero no por la utilidad de la invencion, porque esta es ya la herencia comun, patrimonio gratuito de la humanidad entera.

Confieso ingenuamente que me llena de admiracion y respeto la sabiduría y belleza de esta ley. En ella se revela el Sansimonismo: *A cada cual segun su capacidad y á cada capacidad segun sus obras.*—He ahí el comunismo, esto es, la tendencia del bien que quiere ser la *comun* herencia de los hombres;—pero se entiende un sansimonismo reglado por la preponderancia infinita, y no abandonada á la fragilidad, á las pasiones y á la arbitrariedad de los hombres.

Cuanto acabo de manifestar respecto á la imprenta, tiene aplicacion á todos los instrumentos del trabajo, desde el clavo y el martillo hasta el locomotor y el telégrafo eléctrico. La Sociedad lo disfruta todo por la abundancia de su consumo, *y lo disfruta gratuitamente*, porque el efecto es disminuirse el precio de los objetos, y toda la parte de este precio aniquilado ó desaparecido proveniente á la par que representativo del mérito de la invencion y que ya no existe, constituye en esta línea el producto *gratuito*: no queda que pagar mas que el trabajo humano, el trabajo actual, y se paga, hecha abstraccion del resultado debido á la novedad, con relacion al mérito del círculo que ha recorrido, segun se



acaba de describir, y que necesariamente tiene que recorrer, porque tal es su destino.—Yo llamo á mi casa un obrero para que me sierre veinte y cinco tablas, en cuya operacion ha invertido un dia por el que le pago dos francos de jornal: si no hubiese existido la invencion de la sierra, seguramente no fuera posible que elaborase mas de una tabla, y no obstante yo hubiese tenido que satisfacerle el mismo jornal. La *utilidad* producida por la sierra es pues para mi un don gratuito de la naturaleza, ó mas bien dicho, esta es una parte de la herencia que he recibido, *en comun* con mis hermanos, de la inteligencia de nuestros antepasados.—Yo tengo dos trabajadores en mi heredad: el uno que trabaja al arado y el otro á la azada: bien seguro es que tan diferente será el resultado de su respectivo trabajo, como cierto que será igual el precio del jornal, porque la remuneracion no se mide por la utilidad producida, sino por el esfuerzo empleado, por el trabajo exigido.

Invoco la paciencia del lector y le ruego que se persuada que no he perdido de vista la libertad comercial. Que tenga fe en llegar á la precisa conclusion á que yo tambien aspiro: *La remuneracion no se mide por las utilidades que el productor pueda sacar en el mercado, sino por su trabajo* (1).

---

(1) Es verdad que el trabajo no recibe una remunera-



He tomado mis ejemplos de entre las invenciones humanas. Hablemos ahora de las ventajas naturales.

Para todo producto concurren juntos la naturaleza y el hombre. Pero la parte con que contribuye la naturaleza es siempre gratuita. No queda por consecuencia como objeto de cambio y capaz de remuneracion, mas que el trabajo del hombre, el cual varia sin duda mucho en razon á su intensidad, á su prontitud, á su inteligencia, á su especialidad, al cuidado con que se aplica, á la ausencia momentánea de rivalidades etc. etc. Pero tampoco es menos cierto en principio, que perteneciendo á todos el concurso de las leyes naturales, se escluyen estas completamente del precio del producto.

Cierto que nosotros no pagamos el aire respirable, por mas que nos sea tan *útil*, que sin él no nos sea posible vivir dos minutos; y no lo pagamos, porque la naturaleza nos lo suministra sin ningun género de intervencion de trabajo humano. Pero, si queremos separar uno de los gases que lo componen, por ejemplo para henchir un globo, nos será preciso tomarnos una incomodidad, ó bien si la ordenamos á otro, ha-

---

cion uniforme, puesto que lo hay mas ó menos intenso, peligroso, hábil, etc. La concurrencia establece para cada categoría un precio corriente, y de este precio variable es precisamente del que yo hablo.

:

bremos de sacrificarle otra equivalente de nuestros propios productos. De donde se infiere que el cambio se opera á costa de incomodidades, de esfuerzos y de trabajos. No es en rigor el gas hidrógeno lo que yo pago, puesto que lo tengo por todas partes á mi disposicion: es el trabajo que exigiera su estraccion de la atmósfera, trabajo que me ha sido prestado y que reclama restitution. ¿Diráse por ventura que hay que pagar otras cosas, como ciertos gastos, materiales y preparativos? Bien; en todas estas cosas, nunca será mas que el trabajo lo que yo vengo á pagar: el precio del carbon mineral empleado, representa el trabajo que fue necesario para su elaboracion y transporte.

Tampoco pagamos la luz del sol que la naturaleza nos prodiga, pero pagamos la del gas, la del sebo, la del aceite, la de la cera en que hay que remunerar un trabajo humano; y nótese que no es á la utilidad, sino al trabajo al que se adapta la recompensa, pudiendo muy bien suceder que alguna clase de estos alumbrados sea acaso mas brillante y sin embargo que cueste menos, para lo cual es bastante que haya requerido menos trabajo humano. Si fuese yo á pagar al aguador de mi casa la *utilidad absoluta* que me proporciona, no me bastaria toda mi fortuna; pero yo le pago únicamente con miramiento á la incomodidad que le cuesta; si me pidiera mayor recompensa, me serviria de otro aguador; y en definitiva, puesto en

un caso extremo, tambien yo podria tomar directamente el agua de la fuente ó del arroyo. No es el agua precisamente la materia de nuestro comercio, sino el trabajo empleado con ocasion del agua. Es de tal importancia este punto de vista y tan luminosas las consecuencias que me propongo deducir en cuanto á la libertad de los cambios internacionales, que me creo todavia en el deber de esplanar mas mis ideas por medio de nuevos egemplos.

La cantidad de sustancia alimenticia contenida en las patatas nos cuesta barata, en razon á que se obtiene mucha con poco trabajo. En razon inversa, pagamos mas el trigo, porque su cultivo exige superior trabajo humano. Es pues evidente, que si la naturaleza se manifestase igualmente benévola con ambos frutos, la tendencia del precio seria la nivelacion. No es posible que el productor del trigo gane mucho mas de un modo permanente que el productor de las patatas: la ley de la concurrencia se opone á ello.

Si por un feliz milagro creciese la fertilidad de todas las tierras cultivables, no serian por cierto los labradores los que reportasen las ventajas de semejante acontecimiento, sino los consumidores, en favor de los cuales se estableceria la abundancia y la baratura. Resultaria menos trabajo anejo á cada hectólitro de sembradura, y por consecuencia los cambios del labrador se

harian relativamente por un trabajo menor de los demás productos que él demanda. Si por el contrario se esterilizase la tierra por igual, seria tambien menor la influencia de la naturaleza en su cultivo, á la vez que mayor el trabajo humano, y por consecuencia mas caro el producto. He tenido pues razon en asegurar que en último resultado los fenómenos económicos vienen á resolverse, á fenecer en la idea del consumo, de la humanidad, y tanto menos se reputarán economistas aquellos que no observen con cuidado la sucesion de sus efectos y que se fijen mas en los *inmediatos* respecto de los que afectan á un hombre ó á una clase de hombres, *considerados como productores*, ni mas ni menos que seria muy torpe el médico que, en lugar de seguir en todo el organismo los efectos de una pocion, se contentase con observarlos y juzgarlos por la sensacion que causase al enfermo en el paladar y en la garganta.

Las regiones tropicales son muy favorecidas para la produccion del azúcar y del café, lo cual supone que la naturaleza opera la mayor parte de la labor, dejando poco que hacer al trabajo. Y en este caso ¿quien reporta las ventajas de esta liberalidad de la naturaleza? No son ciertamente aquellas regiones, á quienes la concurrencia les impide interesar mas que puramente en la remuneracion de su trabajo, sino el mundo entero de quien es patrimonio esta liberalidad á que



llamamos *baratura*, y la *baratura* pertenece á toda la humanidad.

Supóngase una zona templada en que los minerales de carbon y el de hierro aparezcan en la superficie del suelo, sin apenas otro trabajo que bajarse para tomarlo. Desde luego, que los habitantes se aprovecharán de circunstancia tan feliz para ganar mucho. Pero bien pronto, sobrevendrá la concurrencia, y hará bajar el precio del carbon y del hierro hasta el punto que el don de la naturaleza sea gratuitamente adquirido por todos, y solamente remunerado el trabajo humano, segun la tasa general de las ganancias.

Asi pues las liberalidades de la naturaleza, en los mismos términos que los perfeccionamientos de los medios de produccion, tienden sin cesar ó acaban por hacerse, á favor del imperio de la concurrencia, el patrimonio comun y *gratuito* de los consumidores, de las masas y de la humanidad. Luego, los paises que no cuentan con tales ventajas, estarán siempre y en todo á las ganancias, mediante los cambios con aquellos que las poseen, puesto que los cambios se celebran con *trabajos*, hecha abstraccion de las utilidades naturales que estos contienen en si mismos; y evidentemente serán mas favorecidos los paises que incorporen en un trabajo dado la mayor suma de estas *utilidades naturales*. Sus productos, representando menos trabajo, son tambien menos retribuidos: en otros términos, son *mas baratos*;

y si toda la liberalidad de la naturaleza se entiende como *baratura*, parece que no es el país productor sino el consumidor quien recoge los beneficios.

Por lo dicho, es visto el enorme absurdo del país consumidor que rechaza el producto, precisamente por ser barato; es como si se dijese: «Yo no quiero nada de lo que la naturaleza condona. Usted me pide un esfuerzo igual á dos para darme un producto que no me es posible crear sino con una pena igual á cuatro: usted puede hacerlo puesto que en su país la mitad de la obra se elabora por la naturaleza. Ahora bien, yo lo rechazo con la esperanza de que, tornándose mas riguroso su clima, se vea usted obligado á pedirme una pena igual á cuatro, á fin de tratar con usted *sobre la base de la igualdad.*»

A es un país favorecido de la naturaleza, B al contrario. Lo que yo digo es, que el cambio resulta ventajoso á entrambos y mas particularmente á B, porque el cambio no se mide por *utilidad* contra *utilidad*, sino por *valor* contra *valor*, y esto se demuestra en el ejemplo siguiente. A, presta *mayor utilidad con el mismo valor*, puesto que sus productos contienen las colaboraciones de la naturaleza y del trabajo á un tiempo, sin que se remunere mas que este último. En cuyo caso las ventajas del mercado se inclinarán á B, en razón á que no pagando al productor de A, mas que simplemente su trabajo, recibe de él las utilidades

naturales, aparte de las que imprime el trabajo, las cuales son superiores á las que él presta.

Establezcamos la regla general.

Quien dice cambio, dice esceso de valores, y no siendo estos otra cosa que la representacion del trabajo mediante la concurrencia, quien dice cambio, dice trueque de trabajos iguales. La parte de cooperacion de la naturaleza en los productos es un *don gratuito independientemente de las bases y de la esencia del trato y por consecuencia fuera de cuenta*; de donde se sigue, rigurosamente que los cambios practicados con los paises mas favorecidos de la naturaleza son los mas ventajosos.

---

Es tan vasta la teoria que con lieros rasgos acabo de trazar en el presente capítulo, que de propósito no he querido considerarla mas que con relacion á mi asunto, la libertad de comercio. Tal vez el entendido lector haya apercibido el germen fecundo que en su sentir debe esterilizarse á impulso de la proteccion, del furriesismo, del sansimonismo, del comunismo y de tantas escuelas, cuyo objeto es escluir del gobierno del mundo la ley de la **CONCURRENCIA**. Considerada esta bajo el punto de vista del productor es indudable que se roza de continuo con nuestro interes individual é *inmediato*. Pero, mírese con relacion al fin general de todos los trabajos, de la felicidad

universal, en una palabra bajo el aspecto del consumo, y entonces se encontrará que la concurrencia equivale en el mundo moral, lo que el equilibrio en el físico. Es el fundamento del verdadero comunismo, del verdadero socialismo, de esa igualdad en goces y condiciones tan deseada en nuestros días; y si tantos publicistas sinceros, tantos reformadores de buena fé, solicitan de la *arbitrariedad* aquellos bienes, es porque no comprenden bien la *libertad*.

**Nota del Traductor.** No estamos completamente de acuerdo en cuanto al 3.º problema del autor. Si fuese cierto que los países menos favorecidos de la naturaleza en razón de clima saliesen gananciosos en sus tratos con los más fértiles, la Suecia, la Siberia y aun si se quiere los picachos del Cáucaso y el Chimborazo serían los puntos más á propósito para la industria y el comercio, en contraposición con los felices climas de España, Italia y otros. Desde luego es visto lo absurdo de semejante suposición.

A nuestro juicio lo que el autor ha probado es que los bienes de la naturaleza son un don gratuito, el patrimonio común de la humanidad, ó de aquella parte de humanidad que los busca ó que las circunstancias la ponen en ocasión de disfrutarlos, los cuales no entran en cuenta para dar valor á los efectos comerciables.

Bajo este aspecto no ha podido esponder una teoría más lucida y justificar de un modo más convincente que solo el trabajo es el regulador de los cambios mercantiles, presentando con novedad en el campo económico esta cuestión tan fecunda en resultados. El mismo Bastiat la establece: «*Quien dice cambios, dice exceso de valores y no siendo*



*estos otra cosa que la representacion del trabajo mediante la concurrencia, quien dice cambios, dice trueque de trabajos iguales.»* Luego, donde se celebra un cambio libre, hay conveniencia reciproca, todo es mútuo, y hasta si se quiere lo son tambien esos mismos dones naturales que se escluyen del aprecio mercantil, dones inconmensurables que se escapan á la vista mas perspicaz y á las reglas algebráicas mas sutiles. Un cubano por ejemplo cambia su azucar por harinas de Filadelfia—¿habra matemático alguno que pueda discernir el grado de colaboracion que la naturaleza ha tenido respectivamente en ambos productos? Las naranjas del Tajo, que cita el autor, ciertamente que serán muy estimadas en París y en tal sentido los parisienses envidiarán este privilegio de los portugueses; pero estos á su vez ¿no reciben en cambio de sus naranjas un precioso reló, que no saben ó no pueden fabricar, y en cuya construccion han intervenido dotes especiales que la naturaleza ha otorgado á los de París y que como el sol de Lisboa constituyen parte del patrimonio comun de la humanidad? ¿Cuál es preferible, el sol de Lisboa, ó las disposiciones artísticas y científicas del gran pueblo parisiense...? No nos empeñemos en conjeturas demasiado metafísicas.

En resumen, cada pais ha recibido de la Providencia sus privilegios, sus dones especiales que los hacen exclusivos en ciertos objetos que forman su patrimonio particular: este que florece por sus ciencias, aquel cuyas artes le dan renombre, unos que no tienen rival en vinos, otros que son señores del comercio marítimo etc. etc.. lo cual los coloca en tal posicion entre sí que absolutamente puede sentarse como principio absoluto la proposicion que da motivo al presente comentario.

En todo lo demas, Mr. Bastiat está como siempre admirablemente lógico.



---

## SOFISMA V.

---

### **Nuestros productos están gravados con impuestos.**

He aquí el mismo sofisma. Se quiere que el producto extranjero sea castigado, á fin de neutralizar los efectos del impuesto que pesa sobre el producto nacional. Se insiste pues todavia en igualar las condiciones de la produccion, acerca de lo cual no añadiremos mas que una palabra; y es, que el impuesto es un obstáculo artificial, que provoca exactamente el mismo resultado que un obstáculo natural, cual es el de forzar el alza del precio. Si esta alza llega al punto de ocasionar una carestia superior al contra-valor de iguales productos traídos de fuera, *deje usted obrar*. El interés privado sabrá muy bien elegir el menor de los dos males; y aqui viene bien recordar al lector la demostracion precedente. Pero el sofisma que estoy combatiendo se hace sentir tanto entre los clamores y las quejas, causados

por las intimaciones proteccionistas, que bien merece una discusion especial.

Si se quiere designar uno de esos impuestos escepcionales que castigan ciertos productos, convengo buenamente en ello; por egemplo, cuando el gobierno monopoliza el ramo de la sal, fuera absurdo pretender la libre importacion de la estrangera, por mas que la Francia no perdiese nada en ello, bajo el punto de vista economico; al contrario. Dirase tal vez que, siendo los principios invariables, la Francia no debia perder, tratándose de la remocion de obstáculos naturales ó artificiales. Pero, téngase entendido que aqui el obstáculo lleva un obgeto puramente fiscal y que si se permitiese en el pais la venta de la sal exótica libre de impuestos, el tesoro no recaudaria los cien millones que le vale la renta, cuya falta abriendo un deficit en el presupuesto tendria que llenarse á espensas de otros impuestos. Resultaria evidente inconsecuencia entre crear un obstáculo con un fin determinado, y desatenderlo despues: en tal caso mas valdria servirse de cualquiera otro impuesto dejando libre la sal. Y he aqui en que circunstancias admito únicamente los impuestos sobre productos estrangeros, *no protectores*, sino fiscales. (1)

---

(1) **Nota del traductor.** Es lástima que M. Bastiat se muestre indeciso al resolver la cuestion fiscal que provoca en el párrafo á que esta nota alude, y es mas sen-



Pero pretender que porque una nacion pague impuestos mas fuertes que los de la nacion vecina, deba protegerse por medio de sus aranceles contra la concurrencia de su rival, es precisamente lo que constituye el sofisma, y lo que yo me propongo combatir.

He dicho muchas veces que no pienso salir del terreno de la teoría, remontándome tanto

---

sible todavia que mostrándose tan fuerte en el principio de libertad comercial, vacile, ó por mejor decir admita condicionalmente las represiones y grangerias del estanco, ó llamémosles mas propriamente *monopolios fiscales*. Semejantes negociaciones lucrativas por parte de los gobiernos nunca pueden ser lícitas ni favorables, mejor dicho, siempre serán ilícitas y ruinosas, cuando no estén sostenidas por un principio de moralidad social, de conveniencia pública. El tabaco por ejemplo es un comercio puramente de lujo, tal vez nocivo á la salud: luego la Sociedad no tan solamente no perderá, sino que ganará mucho con que se restrinja la satisfaccion de este apetito. En el mismo caso están otra porcion de artículos con los cuales se alimentan perniciosas aficiones al juego, á la vanidad, á la embriaguez. etc. etc.

No asi respecto de los artículos que como la sal se reputan de primera necesidad, sobre los que el estanco vulnera, de un modo mas funesto todavia que los impuestos protectores, el principio del libre tráfico. Si como indica Bastiat, los impuestos protectores son un atentado, los impuestos fiscales en esta línea pasarán mas allá; serán una usurpacion, un despojo, el ataque mas directo que se perpetra, no ya contra la industria libre, sino contra el derecho sagrado que debe respetarse en el hombre cuando se trata de su alimento, tanto mas deplorable en este siglo de emancipacion en que ya no hay esclavos, ni

como me sea posible al origen de los errores de los proteccionistas. Si hubiese de entrar en polémica, les diria: ¿por qué dirigen ustedes principalmente sus aranceles contra la Inglaterra y la Bélgica, países los mas recargados de impuestos que hay en el mundo? Esta sola reflexion ¿no me autoriza suficientemente para suponer que el argumento de ustedes es un puro pretesto?— Pero soy mas generoso, en cuanto quiero ver en

---

siervos, cuanto que la libertad de la sal se halla conculcada precisamente por el gran magistrado en cuyo nombre se egerce la justicia, el poder y todos los demas elementos de autoridad que constituyen el gobierno. Mr. Bastiat indica reconocerlo asi, pero parece que anda como meteuoloso al discurrir sobre estas materias.

Digámoslo pues de una vez para siempre: los impuestos protectores y los fiscales producen unos mismos efectos aunque sean diferentes en cierto modo la causa y los medios: si algo difieren es en el mayor rigor que suele imprimirse á los fiscales. Qué seria del país en que el fisco monopolizára tantos productos como jimen bajo la cadena proteccionista! No, esto no es posible; porque el siglo tiene otras tendencias; porque lo rechaza la ley eterna de la nivelacion que tan bien ha descrito Bastiat en el sofisma anterior. Afortunadamente, de tantos artículos como hace dos siglos se monopolizaban en Europa, apenas quedan otros funestos mas que la sal, la que por una anomalía de la époea, se conserva todavía oprimida con aquel yugo, en los mismos términos que en medio de la Europa culta, todavía existen algunos siervos de la gleba.

Quien desee estudiar mas á fondo estas materias, puede consultar el libro que tiene publicado el que esto escribe con el título de *Elementos de Economía fiscal*.

los proteccionistas, no interés, sino conviccion. La doctrina de la proteccion es demasiado popular para dejar de ser sincera. Si el mayor número tuviese fé en la libertad, nosotros seriamos libres. Sin duda que es el interés privado quien grava los aranceles, pero lo es luego que se conaturaliza con sus convicciones. «La voluntad, dice Pascal, es uno de los principales órganos para las creencias.» Pero las creencias no dejan de existir porque tengan su raiz en la voluntad y en las secretas inspiraciones del egoismo.—Volvamos al sofisma sacado del impuesto.

El estado puede hacer de los impuestos bueno ó mal uso. Será bueno, cuando otorgue al público servicios equivalentes al valor que este le sacrifica. Será malo, cuando corresponda á estos sacrificios con disipaciones de que el público no reporta ventaja alguna.

En el primer caso es un sofisma creer que los impuestos constituyen al pais que los paga en condiciones de reproduccion mas desfavorables que los libres.—Cierto que pagamos veinte millones para los ministerios de justicia y policia; pero con estas magistraturas adquirimos la seguridad y demas bienes que nos procura, siendo mas que probable que la produccion ni es mas fácil ni mas activa entre aquellos pueblos en que cada cual se administra justicia á sí mismo, si es que existe alguno de esta clase.—Convengo tambien en que pagamos muchas centenas de millones para

caminos, puentes, puertos, ferro-carriles, etc. pero tambien es seguro que reportamos los beneficios de estos medios de trasporte y comunicacion y, á menos que se pretenda que es inconveniente su establecimiento, no podrá decirse que ellos nos hagan inferiores á los pueblos que no incluyen en sus presupuestos el contingente para obras públicas, y que por lo tanto tampoco las tienen.—Y esto explica el porqué, siendo voz comun que el impuesto perjudica la industria indígena, dirigimos nuestros aranceles precisamente contra las naciones mas recargadas. Consiste esto en que los impuestos bien empleados, lejos de deteriorar la industria, sirven para mejorar *las condiciones de la produccion* de los pueblos. Asi que, siempre somos conducidos á esta conclusion. Los sofismas proteccionistas no tan solamente se apartan de lo verdadero, sino que son todo lo contrario de la verdad.

En cuanto á los impuestos improductivos, suprimanse si se quiere ó si se puede; pero para neutralizar sus efectos no puede imaginarse un modo mas extraño que añadir á los impuestos públicos los impuestos individuales.—¡Gran ventaja de la compensacion! El estado nos exige demasiado, ¿no es asi?—Pues bien; razon mayor para procurar no gravarnos mas todavia unos á otros.

Un impuesto protector es una gabela que se dirige contra el producto extranjero, pero que



recae, no hay que olvidarlo, sobre el consumidor nacional, que es el verdadero contribuyente. ¿Y no es anómalo haber de decirle: «Por lo mismo que son fuertes los impuestos, te elevaremos el precio de todas las cosas. Por lo mismo que el estado quita una parte de tus ganancias, trataremos de sacarte otra parte con el monopolio?»

Pero penetremos mas al fondo un sofisma tan acreditado entre nuestros legisladores, por mas extraordinario que parezca que estos sean los que sostienen los impuestos improductivos (esta es nuestra hipótesis actual), impuestos á quienes se atribuye nuestra pretendida inferioridad industrial, que quieren evitar en seguida por medio de otros impuestos y de otras trabas.

Me parece seguro que, sin cambiar de naturaleza ni alterar sus efectos, bien hubiera podido haberse dado á la proteccion la forma de un impuesto directo, exigido por el estado y distribuido en primas indemnizables entre las industrias privilegiadas.

Admitamos que los precios mas bajos á que pudiesen venderse en nuestros mercados los hierros extranjeros y nacionales fuesen, los primeros á 8 francos y los nuestros á 12.

En tal hipótesis hay dos medios para que el estado asegure el mercado nacional en favor de los productores indígenas.

El primero consiste en castigar el hierro

:

extrangero con un impuesto de 5 francos; claro es, que quedará escludido de nuestro mercado, pues que no podrá venderse sino á 15-francos por lo menos: 8-del precio industrial y 5 del impuesto; bajo cuyas condiciones necesariamante debe abandonar el campo al hierro frances, que segun lo hemos supuesto obtiene un precio de 12 francos. En este caso el comprador y el consumidor habrán suplido todos los gastos de la produccion.

El segundo está en la posibilidad de imponerse al público una cuota de 5-francos para condonarla á un herrero en calidad de prima: entonces el efecto protector seria el mismo que en el primer caso. El hierro extrangero hubiese sido igualmente escludido, puesto que nuestro herrero podria vender á 7-francos, habiéndose reembolsado previamente de los 5-de prima, que juntos suman los 12-de su precio remunerativo; mientras que el hierro extrangero, en frente del nuestro á 7 francos, no podria ser vendido sino á 8.

Yo no concibo mas que una sola diferencia entre estos dos sistemas. El principio es el mismo y el efecto es igualmente el mismo; tan solamente en un caso pagan algunos la proteccion y en el otro la pagan todos.

Confieso francamente mi predileccion por el segundo sistema: me parece mas justo, mas económico, mas leal. Mas justo, porque si la

Sociedad quiere ser generosa con alguno de sus miembros, preciso es que todos contribuyan á ello: mas económico, porque por el repartimiento directo economizará crecidos gastos de recaudacion, esterminando á la vez muchas trabas; mas legal en fin, en cuanto el público veria clara la operacion y sabria á lo que se le obligaba y á lo que debia obligarse.

Pero, si el sistema protector hubiese tomado esta forma, seguramente que nada mas risible á la par que absurdo fuera la induccion que resultaria evidente, á saber: «Nosotros que pagamos inmensas contribuciones para proveer al ejército, á la marina, á la justicia, á los trabajos públicos, á la enseñanza, á la deuda etc. etc., todavia nos quieren abrumar con otras tantas derramas para auxiliar las industrias de nuestros pobres herreros, de nuestros pobres accionistas de Anzin, de nuestros infelices propietarios de montes, de nuestros pescadores del abadejo.»

Obsérvese bien lo dicho, y se inferirá que á no dudar tal es la tendencia, el obgeto final del sofisma que estoy combatiendo. ¡Ustedes tienen razon, señores! ¡No pueden ustedes *dar dinero* á los unos sin quitarlo á los otros! Si ustedes quieren aniquilar completamente al contribuyente, enhorabuena; pero al menos no añadan la burla al despojo, diciendo. «Por via de compensacion te tomo todavia lo que ya te tengo tomado.»

No se acabaria nunca, si se hubiese de referir todo lo que hay de falso en este sofisma. Me limitaré no obstante á tres consideraciones.

Ustedes se prevalen de que la Francia está abrumada de imposiciones, para inducir que es necesario proteger tal ó cual industria.— Pero lo cierto es que no obstante la proteccion, nosotros tendremos que pagarlas. Si por egemplo se presentase una industria diciendo: « Yo que contribuyo al pago de impuestos, los cuales me aumentan los gastos industriales de mis productos, pido que otro impuesto protector aumente en igual proporcion su precio venal. » ¿Se reduce á otra cosa su peticion que á descartarse de sus contribuciones á espensas de la comunidad? á recobrar el importe de sus propias cuotas, mediante la elevacion del precio de sus productos? Por otra parte, debiendo entrar siempre en el tesoro la totalidad de los impuestos y teniendo que soportar las masas aquella elevacion de precio, el resultado será que ellas pagarán á la vez sus propias cuotas y las debidas á esta industria.— Y ustedes dicen, se protegerá á todo el mundo.— Y esto es imposible; porque, si lo fuese ¿donde y como se verificaria el auxilio?— Yo pagaria para usted, mientras que usted pagaria para mí; razon por la cual mejor seria que cada uno pagase lo suyo.

Asi pues, ustedes son víctimas de una ilusion engañosa. Ustedes quieren pagar contribuciones



para sostenimiento de un ejército, de una marina, del culto, de la enseñanza, de la judicatura, de los caminos públicos, etc., y en seguida pretenden ustedes sacudirse de la parte que se les derrama soprestito, primero de una industria, despues de una segunda, despues de una tercera y siempre echando la carga á las masas, siendo el resultado que no hacen ustedes otra cosa que crear complicaciones interminables, sin mas efecto que estas mismas complicaciones. Pruébenme ustedes que la elevacion del precio causado por la proteccion recae sobre el extranjero y entonces tal vez convenga en que sus argumentos tienen algo de verdadero. Pero siendo exacto que el público frances pagaba el impuesto antes de la ley, y que despues de ella paga juntos el impuesto y la proteccion, en verdad que yo no acierto á conocer lo que aquel gana.

Vayamos un poco mas lejos. Digo, que mientras mas fuertes sean nuestros impuestos, tanto mejor para apresurarnos á franquear nuestros puertos y nuestras fronteras á los extranjeros menos gravados. ¿Y por qué? Para obligarlos á aceptar una gran parte de nuestras cargas. ¿No es un axioma incontestable en economía que los impuestos recaen á la larga sobre el consumidor? (1).—

---

(1) **Nota del traductor.**—No lo es siempre tan absoluto como lo asienta el autor, acerca de lo cual puede verse el cap. 23 de la *Economía fiscal* citada. No obstante en el presente raciocinio se encuentra aplicado con propiedad.

Nuestros cambios se multiplicarían entonces tanto mas, cuanto que los consumidores extranjeros nos reembolsarian de los impuestos embudados en los productos que les vendiesemos, interin que bajo este aspecto nosotros no tendremos que hacer mas que una ligera restitucion, puesto que, siguiendo nuestra hipótesis, sus productos están menos gravados que los nuestros.

Finalmente ¿no han sido ustedes alguna vez reconvenidos por ocasionar mediante su sistema prohibitivo las derramas rigurosas de que por un notable contrasentido se sirven como argumento para justificar este mismo sistema? Yo quisiera por un momento que se me dijese ¿para que servirían los grandes ejércitos permanentes y las poderosas escuadras militares, si el comercio fuese libre y.....? Aqui es preciso detenerse, porque hemos tocado un punto del dominio de la política.

Y no confundamos los vuestros,  
arguyendo y disputando,  
con los asuntos nuestros. etc.

---

## SOFISMA VI.

---

### **Balanza de comercio.**

Nuestros adversarios han adoptado una táctica que no deja de embarazarnos. ¿Establecemos nuestra doctrina?—la admiten con profundo respeto.—¿Atacamos sus principios?—los abandonan con la mayor gracia del mundo: no piden mas que una cosa, y es que nuestra doctrina, que reputan verdadera, permanezca circunscrita á los libros y que sus principios que reconocen como viciosos presidan en la práctica de los negocios. Ceded á su manía de aranceles, y seguro es que no os disputerán el dominio de la teoría.

«Seguramente, decia no ha mucho M. Gautiher de Rumilly, ninguno de nosotros desea resucitar las rancias teorías de la balanza de comercio.»—Muy bien; pero, Mr. Gautiher, lo menos seria que hubiese usted apuntado irónicamente el error con una agudeza fugaz, si no

hubiese continuado discurriendo por espacio de dos horas, como si el tal error fuese una verdad.

Mas bien encuentro en M. Lestiboudois un raciocinista lógico, un argumentista consecuente. Nada hay en sus conclusiones que no emane de sus respectivas premisas: nada quiere para la práctica, que no pruebe con la teórica. Su principio puede ser falso, tal es la cuestion; pero finalmente, sienta un principio. El cree y proclama en alta voz, que si la Francia da diez para recibir quince, pierde los cinco de diferencia, y es lo mas natural que en su consecuencia formule sus leyes para evitar este daño.

«Lo que hay de importante en el asunto, dice, es que incesantemente la cifra de la importacion va aumentando y escede á la de exportacion; esto es, que todos los años la Francia compra mas productos extranjeros y vende menos nacionales; y si las cifras son fehacientes ¿qué inferimos? En 1842 hemos visto que la importacion superó á la esportacion en 200-millones; y este hecho me parece probar de una manera la mas completa que el trabajo nacional *no está suficientemente protegido*, que cedemos al extranjero el cuidado de surtirnos y que la concurrencia de nuestros rivales *oprime* nuestra industria. La ley actual se me figura una consagracion de este hecho que no es verdadero, tal como lo entienden los economistas, á saber, que cuando se compra, necesariamente se ven-



de relativamente una porcion igual de mercaderías. Es evidente que se puede comprar, no con productos habituales, no con ganancias, no con el fruto del trabajo permanente, sino con el capital, con el producto de los ahorros acumulados, aquellos que sirven para la reproduccion; ó lo que es lo mismo, lo que puede gastarse y disiparse como provechos anteriormente economizados, que puede empobrecer, ó consumir enteramente el capital nacional. *He aquí precisamente lo que hacemos. Trasmitir todos los años 200 millones al extranjero.*»

Ahora pues, véase un hombre con quien puede entenderse uno, puesto que no hay hipocresia en su language. Circunscribe la balanza de comercio á este raciocinio: La Francia importa 200 millones mas que esporta; luego pierde 200 millones cada año.—¿Y el remedio?—Se reduce á impedir las importaciones. La consecuencia es irreprochable.

Tal es la razon porque me circunscribiré á combatir á M. Lestiboudois. ¿Y cómo pudiera luchar con M. Gauthier? Si le decis: la balanza de comercio es un error: os responderá.—Pues si eso ya lo he reconocido en mi exordio!—Y si le requeris por la inversa; la balanza de comercio es una verdad: os replicará—Pero si eso es precisamente con lo que he concluido mi disertacion!

Tal vez me acuse la escuela economista de

argüir con Mr. Lestiboudois. Combatir la balanza de comercio, me dirá, es como combatir un molino de viento.

Tengan ustedes cuidado, que la balanza de comercio ni es tan vieja, ni está tan gastada, ni tan muerta, como quiso suponer M. Gautiher, puesto que toda la cámara, incluso este mismo señor, se asoció con sus votos á la teoría de Lestiboudois.

Entretanto, huyendo cansar al lector, no profundizaré esta teoría, contentándome únicamente con someterla á la prueba de los hechos.

Sin cesar se acusan nuestros principios de no ser buenos sino en teoría. Pues bien, señores: ¿creen ustedes que los libros de los comerciantes sean buenos en práctica? Por lo que á mi toca, estoy persuadido que nada en el mundo representa tanta autenticidad positiva como la contabilidad comercial, tratándose de justificar las pérdidas y las ganancias; y apropósito de esto, bien puede asegurarse que comerciante alguno de la tierra, despues de muchos siglos, deja de llevar sus libros de tal modo que le presenten claramente el cuadro de sus operaciones, de sus pérdidas y de sus ganancias; mas cierto es esto que no el suponer buen economista á M. Lestiboudois.

Pues bien, un amigo mio comerciante hizo dos negociaciones de éxito harto diferente, y tuve ocasion y curiosidad de comparar la con-

tabilidad de su escritorio con la de la aduana, interpretada por Mr. Lestiboudois con la sancion de nuestros seicientos legisladores.

Mr. T... despachó desde el Havre con destino á los Estados-Unidos un buque cargado de mercancías francesas que en su mayor parte eran lo que llaman *artículos de París*, por importe de 200,000 fr.: tal fué la cifra declarada en la aduana. Aportado á Nueva-Orleans, se encontró con que entre el 10 por  $\text{S}$  que habia devengado de gastos y 50 por  $\text{S}$  de impuestos, sumaba la expedicion 280,000 fr. Fué vendido con 20 por  $\text{S}$  de beneficio, ó sean 40,000 fr., lo que dió un producto total de 320,000 fr. que el consignatario empleó en algodones, los cuales fueron gravados todavía por trasportes, seguros, comisiones etc. en 10 por  $\text{S}$ , hasta su arribo al Havre, en cuya aduana se tomó razon y asi se consignó en sus estados de la totalidad de este nuevo cargamento, que en virtud de los aumentos figurados, ascendia á 352,000 fr. Finalmente Mr. T... realizó todavía sobre este retorno otro 20 por  $\text{S}$  de ganancias, ó sean 70,400 fr., redondeando la venta de los algodones en 422,400 fr.

No tengo inconveniente en remitir á M. Lestiboudois, si gusta, un extracto de los libros de Mr. T..., en donde observará figurar dos artículos en el *crédito* de la cuenta de ganancias y pérdidas, uno de 40,000 francos correspon-

diente al cargamento de ida, y otro de 70.000-del de vuelta; y entiéndase que en esta parte mi amigo Mr. T... está bien seguro que su contabilidad no le engaña.

Entretanto, ¿qué revelan á Mr. Lestiboudois las cifras que ha tomado sobre esta operacion la aduana? Bien sencillo; le indican que la Francia esportó por valor de 200.000 - francos, importando por contra-valor 552.000, de donde infiere el honorable diputado « *que la misma ha gastado ó disipado las ganancias de sus ahorros anteriores; que se empobrece; que camina hácia su ruina, y que finalmente ha regalado al extranjero 152.000 francos de su capital.* »

Algun tiempo despues Mr. T... espedia otra nave igualmente cargada é interesada en 200.000 francos con productos de nuestro trabajo nacional. Pero el desgraciado barco zozobró á la salida del puerto, no quedando de este suceso á Mr. T... otra cosa que la triste operacion de inscribir en sus libros dos articulitos del tenor siguiente.

*Mercaderías diferentes* **DEBEN** á X, fr. 200.000, por compra de varios objetos despachados por el buque N.

*Ganancias y pérdidas* **DEBEN** á *Mercaderías diferentes*, fr. 200.000, por pérdida definitiva y total del cargamento espedido por el buque N.

Entretanto, la aduana como era natural, inscribía aquella partida *de esportacion* por valor de 200.000 francos, los cuales en virtud del nau-



frágio no volvieron á figurar en los cuadros de *importacion*, y por consecuencia tanto Mr. Lestiboudois como los demas miembros de la cámara no pudieron ver en el naufrágio, sino una *ganancia clara y evidente* de 200.000 francos para la Francia.


Y no es esto todo : segun el hecho referido, plenamente conforme con la teoría de la balanza de comercio, la Francia y cualquiera otro país tienen el medio mas sencillo del mundo de duplicar y multiplicar cuando quieran sus capitales. Basta para ello que despues de hacerlos pasar por sus aduanas, los arrojen en seguida al mar, en cuyo caso las esportaciones serán exactamente iguales al importe de sus capitales, en tanto que nulas á la par que imposibles las importaciones, ganando por consecuencia los países esportadores todas aquellas riquezas que el Océano se hubo tragado.

¡ Vaya una gracia ! dirán los proteccionistas; como si fuera posible que cupiera en nosotros semejante desatino. — Si que cabe, si señores; y lo que es mas todavia, ustedes lo realizan y lo imponen por práctica á sus conciudadanos, siempre y en la via que les es posible.

Lo cierto es que convendría tomar *al revés*, en sentido opuesto la balanza de comercio, y calcular la ganancia nacional respecto el comercio exterior por el escedente de las importaciones sobre las esportaciones, escedente que, deducidos

gastos, constituye el beneficio real. Teoría exacta, infalible y que conduce directamente á la libertad de los cambios.

Se la recomiendo, señores; les recomiendo esta teoría en los mismos términos que todas las que han sido objeto de los precedentes capítulos. Exagérenla ustedes cuanto quieran, que no haya miedo que pueda evadirse de la prueba siguiente. Supónganse ustedes, si gustan, que el extranjero nos inunda de cuantos géneros se quiera de mercancías, sin pedirnos nada en retorno y que nuestras importaciones sean *inmensas*, al paso que *ningunas* las esportaciones; yo desafío á cualquiera que me pruebe que por ello seamos mas pobres.



## SOFISMA VII.

**Peticion de los fabricantes de velas, bujías, lámparas, candeleros, reverberos, apagadores, despabiladeras y de los productores de sebo, aceite, resina, alcohol, y por punto general de cuantos se emplean y corresponden al ramo del alumbrado.**

«SEÑORES DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS.

«Os encontrais en el buen camino. Ni admitis teorías abstractas, ni os dejais alucinar con eso de la abundancia y de la baratura. Sobre todo, os fijais en la suerte del productor, poniéndolo al abrigo de la concurrencia exterior, y en una palabra reservando *el mercado nacional al trabajo nacional*.

«Aceptad, señores, la ocasion admirable que os ofrecemos de aplicar vuestra... ¿cómo diremos? ¿vuestra teoría?—no, nada mas faláz que la teoría:—¿vuestra doctrina? vuestro sistema? ¿vuestro principio?—no, que vosotros no quereis



doctrina, teneis horror á los sistemas y en cuanto á principios, dicho habeis que no existen en economía social... Diremos pues... vuestra práctica, vuestra práctica sin teoría y sin principio.

«Estamos sufriendo la intolerable concurrencia de un rival extranjero, al parecer tan superior á nosotros en condiciones de produccion para proveer de luz, que *inunda* nuestro *mercado nacional* á precios fabulosamente bajos, y de tal forma, que inmediatamente que se indica, en el acto cesa nuestra venta, y nuestros consumidores se aprovechan de sus beneficios, hiriendo de muerte un ramo de industria francesa, cuya estancacion alcanza tambien á las numerosas ramificaciones de que se compone. Este poderoso rival, que no es otro que el mismo *sol*, nos hace una guerra tan encarnizada, que sospechamos nos la suscite la pérfida y orgullosa Albion (¡excelente diplomácia para los tiempos presentes!) quien con su acostumbrada sagacidad ha obtenido sobre nosotros la ventaja de que su isla sea menos iluminada por aquel astro que nuestra tierra.

«Suplicamos que seais servidos darnos una ley que mande cerrar todas las ventanas, lumbreras, claraboyas, contra-ventanas, postigos, traga-luces, cortinas, en una palabra, cuantas aberturas, agujeros, hendidias y grietas por donde la luz del sol pueda penetrar en las casas, en perjuicio de las bellas industrias que cultivamos con



orgullo y en bien del país, que no podría sin ingrátitud abandonarnos hoy á lucha tan desigual.

«No entendais, señores diputados, que nuestra súplica sea un sarcasmo, ni menos la rechaceis sin oír las razones que vamos á esponer en su apoyo.

«Observad, que si haccis cerrar en cuanto sea posible todo acceso á la luz natural, y que si creais por consecuencia la necesidad de la luz artificial ¡cuánta no será la industria que de dia en dia nazca, crezca y se estienda en Francia?

«Si se consume mas sebo, serán precisos mas bueyes y carneros, y por consecuencia veránse multiplicar los prados artificiales, las carnes, las lanas, los cueros y sobre todo los abonos, este elemento tan principal de la riqueza agrícola.

«Si se consume mas aceite, veremos estenderse el cultivo de la amapola, del olivo y de la colza, plantas ricas si bien actualmente escasas, que se extenderán y abundarán bien pronto con el aliciente de la ganancia y la fertilidad que habrá trasmitido á la tierra el acrecimiento de ganados.

«Nuestros páramos se cubrirán de árboles resinosos. Numerosos enjambres de abejas recogerán de nuestras florestas los tesoros perfumados que hoy se evaporan sin utilidad, en los mismos términos que perecen olvidadas las bellas flores de

donde emanan. No es este ciertamente de los ramos de agricultura para quienes esté reservada peor suerte y desarrollo.

«Otro tanto podemos pronosticar á la navegacion. Millares de buques se lanzarán al mar para pescar la ballena, lo que no s habrá procurado en poco tiempo una marina capáz de sostener el honor de la Francia y responder á la patriótica susceptibilidad de los peticionarios que suscriben, comerciantes de objetos de alumbrado, etc.

«¿Y dónde dejamos los *artículos de París*? admirad allí los dorados, los bronce, los cristales, aplicados á candeleros, candelabros, quinqués y arañas, brillar en espaciosos almacenes, que oscurecerán completamente los que existen ahora y que al lado de aquellos magníficos comercios podrán pasar por pobres tenducos.

«Tanto el pobre resinador en la cumbre de su mogote, como el triste minero en el fondo de su negra galería, obtendrán mejor salario y serán mas felices.

«Reflexionad sobre este cuadro, señores, y os convencereis que tal vez no haya un francés que no mejore su condicion, desde el opulento accionista de Anzin, hasta el mas humilde fosforero, dignándoos ceder á nuestra súplica.

«Bien preveemos vuestras objecciones, señores, pero estamos seguros que no opondreis una sola, que no la hayais ya visto en los libros usuales

entre partidarios del libre comercio. Osamos pues retaros á que pronuncieis una palabra contra nosotros, que inmediatamente no se convierta contra vosotros mismos y contra el principio que dirige toda vuestra política.

«Añadimos todavía ¿lo que ganemos nosotros con esta proteccion, lo perderá la Francia porque el consumidor soporte el gravamen?

«He aqui nuestra respuesta.

«No teneis el derecho, señores, de invocar los intereses del consumidor, puesto que los habeis sacrificado siempre que se ha tratado de examinar sus relaciones con el productor.—Y lo habeis hecho para *alentar el trabajo*, para *acrecer el dominio del trabajo*.—Pues bien, nuestra peticion no es otra: estais en el caso de otorgarla.

«Oshabeis anticipado á la objeccion, cuando os decian: el consumidor está interesado en la libre introduccion del hierro, del carbon-mineral, del sésamo, del trigo, de los tejidos etc.—Si, contestabais, pero el productor lo está en su exclusion.—Ahora bien, si los consumidores están interesados en la admision de la luz natural, los productores lo están en su interdiccion.

«Mas podreis decir todavía; el productor y el consumidor hacen causa comun. Si el fabricante gana por la proteccion, hará que gane tambien el agricultor. Si la agricultura prospera, tambien abrirá nuevos caminos á las fábricas.—Ahora bien, si nos conferis el monopolio del alumbr-

do durante el día , desde luego compraremos en grandes cantidades el sebo, el carbon , los aceites , las resinas, la cera, el alcool, la plata, el hierro , los bronce, los cristales etc. para alimentar nuestra industria , y ademas, luego que nosotros y las demas industrias que tengan relacion con la nuestra nos hayamos enriquecido , consumiremos mucho , sembrando la comodidad y la ventura en todos los demas ramos del trabajo nacional.

«¿Direis acaso que la luz del sol es un don gratuito , y que reusarlo, seria tanto como reusar la riqueza misma , sobretesto de alentar los medios de adquirirla?

«Pero entonces tened cuidado con que llevais preparada vuestra muerte en el corazon de vuestra política. Tened cuidado con que hasta aqui habeis reusado siempre el producto extranjero, *tan solo porque* se quiere parecer ó lo es en efecto un don gratuito , y *con tanto mas empeño*, cuanto mayor es esta similitud ó aproximacion.

«Para obtemperar á las exigencias de otros monopolistas, no teneis mas que una *semi-cause* , pero la hay *completa* en cuanto á nuestra demanda, y reusárnosla , *fundándonos* precisamente en un sentido absoluto en el *fundamento* incompleto con que las otorgais á los demas, seria tanto como sentar la ecuacion siguiente :  $+ \times + = -$ ; en otros términos, añadir *absurdo sobre absurdo*.

«El trabajo y la naturaleza concurren en pro-



porciones diferentes á la creacion de un producto, segun los paises y los climas. La parte con que contribuye la naturaleza es siempre gratuita, por lo cual solo se reputa su valor por el trabajo empleado.

«Si una naranja de Lisboa se vende por la mitad que otra de París, consiste en que un calor natural y por consecuencia gratuito, influye en aquella, tanto ó mas que en esta un calor artificial y por lo tanto costoso.

«Luego cuando nos viene una naranja de Portugal, se puede asegurar que la mitad es regalada y que la otra mitad la adquirimos á título oneroso, en otros términos, á *medio precio*, relativamente á las naranjas de París.

Pues precisamente argüís vosotros contra la exclusion de este *medio regalo* (permítaseme la espresion). Vosotros decis: ¿Cómo podria sostener el trabajo nacional la concurrencia del extranjero, cuando para este no hubo que suministrar mas que la mitad de las labores, puesto que el sol se encarga del resto, mientras que para el nacional fué preciso doble tarea?—Y si el *medio regalo* os determina á rechazar la concurrencia, con doble razon la rechazareis si es entero este *regalo*.—Si sois exactamente lógicos, estais en el caso de rechazar á *fortiori* con dos tantos mas de empeño el regalo ó donativo entero, siempre que rechaceis con la mitad menos de razon el medio donativo, como funesto al trabajo nacional.

«Finalmente, cuando un producto, sea carbon-mineral, hierro, trigo ó tela, nos viene de fuera y que podemos adquirir con menos trabajo que el que emplearíamos nosotros mismos, la diferencia es á no dudar un *don gratuito* que nos cae como llovido, y que es mas ó menos considerable segun mayor ó menor es, asi mismo la diferencia. Podrá ser por ejemplo de un cuarto, de la mitad, de los tres cuartos, segun que el extranjero nos pida una retribucion relativa en esta escala; y será tan completa como puede serlo, cuando el donante no nos pida ninguna, en cuyo caso se encuentra el sol con la inmensa luz de que nos provee *gratis*.—Establecemos pues muy formalmente la cuestion sobre si quereis para la Francia el beneficio de consumo gratuito ó las pretendidas ventajas de la produccion onerosa? —Elejid.

«Pero, sed lógicos. Si rechazais obstinadamente el carbon, el hierro, el trigo y los tejidos extranjeros *en proporcion* de lo que su precio se aproxima á *cero* ¿qué inconsecuencia no sería el que admitieseis la luz del sol, cuyo precio es en todas las horas del dia *cero*.»

## SOFISMA VIII.

### Derechos diferenciales.

Un pobre labrador girondino quiso con laudable afan practicar un plantío de viñas. Después de largas y penosas fatigas logró por fin la dulce satisfacción de realizar una cosecha, olvidando ya que cada gota de tan precioso nectar había sido regada con otra gota del sudor de su frente.—La venderemos, decía á su muger, y con su producto compraremos las telas con que tu arreglarás el ajuár para el casamiento de nuestra hijita.

El honrado aldeano preocupado de ilusiones parte á la ciudad, donde encuentra un belga y un inglés con quienes entra en tratos.—Decía el belga; si usted me cede su cosecha, yo le daré en cambio quince piezas de tela.—El inglés; cambie usted conmigo por veinte piezas: puedo ofrecer tan ventajoso partido, porque nosotros los ingleses fabricamos mas barato que los

belgas.—Hallábase casualmente un aduanista delante, y dijo: Buen hombre, cámbie usted si quiere con el belga; pero guárdese de practicarle con el inglés, porque estoy encargado de impedirlo por mi oficio.—¡Qué! respondia el lógico aldeano ¿quiere usted que me contente con quince piezas de Bruselas, pudiendo adquirir veinte de Manchester?—Ciertamente, replicaba el empírico. ¿No conoce usted que la Francia perderia si negociase usted veinte piezas en lugar de quince?—No señor, no lo comprendo, contestaba ofuscado el pobre paleta, y mas diré; que no se como entenderlo á usted.—Ni yo tampoco acertaré á esplicarlo, insistió el primero; pero la cosa es segura. Y sino oiga usted á todos los diputados, ministros y periodistas, que están de acuerdo en este punto: «Mas pobre será un pueblo, mientras mas productos reciba de otro en cambio de los suyos propios.»—No hubo remedio: el belga triunfó del inglés, y la pobre novia hubo de contentarse con las tres cuartas partes de su equipo.

¡Y estas buenas gentes no han calculado todavía ¿cómo es que pueden arruinarse recibiendo cuatro en lugar de tres, y como es que pueden ser mas ricos con tres docenas de servilletas, que con cuatro!



## SOFISMA IX.

### **¡Descubrimiento inmenso!!!**

En los momentos en que todos los ánimos anhelan con afán procurar economías sobre los medios de transporte,

En los momentos que para obtener aquellas, se nivelan las vías, se canalizan los ríos, se perfeccionan los barcos de vapor, se anudan en París todas nuestras fronteras por una estrella de rutas ferreas, por sistemas de comunicación atmosférica, hidráulica, neumática, eléctrica etc.,

En los momentos, digo, en que creo que cada cual busca con ardor y sinceridad la solución de este problema:

*«Obtener en el lugar del consumo, un precio que se aproxime tanto como se pueda al que tienen los objetos en el lugar de su producción»*

Me creeria culpable con mi país, con mi siglo y conmigo mismo, si reservase mas tiempo el maravilloso descubrimiento que acabo de hacer.

Como que los inventores ven proverbios en sus mismas ilusiones, yo tengo para mí la certeza mas completa de haber encontrado un medio infalible para que los productos del mundo entero sean trasportados á Francia y vice-versa con notable reduccion de precio.

¡Infalible! y no es esto todavia mas que una de las ventajas de mi admirable invencion!!

¡No requiere planes, ni cuentas, ni estudios preparatorios, ni ingenieros, ni maquinistas, ni empresarios, ni capitales, ni accionistas, ni socorros del gobierno.

¡No ofrece peligro alguno de naufragios, de esplosiones, de choques, de incendios ni otras eventualidades funestas.

¡Puede ademas establecerse en el acto!

¡En fin, y esto lo recomendará mas que nada al público, no gravará al erario ni en un ápice; al contrario. Tan lejos de eso, que ni aumentará el negro cuadro de oficinas y empleados, ni las exigencias de la burocracia. Tan lejos de eso, que á nadie coartará tampoco su libertad.

No á la casualidad, sino á la observacion debo la importancia de mi descubrimiento. Oid como.

Hallábame empeñado en resolver esta cuestion:

«¿Por qué un objeto fabricado en Bruselas, por ejemplo, es mas caro cuando se ha trasportado á Paris?»

Seguramente que no he tardado en aperi-

birme que esto proviene de los diferentes *obstáculos* que existen entre uno y otro punto. Primero, la *distancia* que no puede salvarse sin pena, sin pérdida de tiempo, y á cuyas contradicciones hay que resignarse necesariamente, bien sea arrostrándolas uno por sí mismo, bien pagándolas á otros que se subroguen en la lucha. Despues vienen los rios, los pantanos, los accidentes del terreno y los cenagales, que son otras tantas *dificultades* que hay que vencer, no de otro modo que construyendo calzadas, erigiendo puentes, rompiendo caminos, modificando su dureza por medio de suaves pavimentos, ferro-carri-les etc. Pero todo esto cuesta, cuesta mucho, y preciso es que el objeto trasportado sufra la parte aliecuota de los gastos que se suplieran, en los mismos términos que habrá de contribuir tambien al sostenimiento de una gendarmería, de una policía etc., porque en los caminos hay asimismo ladrones y malhechores, de quienes conviene precaverse.

Aparte de tantos y tan graves *obstáculos*, tenemos que acusarnos á nosotros mismos de uno superior, costosísimo, que nos hemos echado encima entre Bruselas y Paris. Tal es el que ocasiona esa tropa de hombres emboscados á lo largo de la frontera, armados de pies á cabeza y encargados de oponer *dificultades* al transporte comercial de un pais al otro. Llámanles *aduaneros*, guardas ó carabineros, quienes influyen exacta

mente en el propio sentido que los pantanos y los carriles, puesto que retardan, traban y contribuyen á la diferencia existente entre el precio de produccion y el de consumo, segun lo hemos indicado; diferencia cuya reduccion posible es el objeto de nuestro problema.

Helo aqui resuelto. Disminuid los aranceles. ¡Oh! habreis entonces fabricado un escelente camino de hierro al Norte, sin coste alguno. Tan al contrario, que os habreis ahorrado gruesas sumas por sueldos y habreis empezado desde el primer dia por meteros en el bolsillo un capital considerable.

Verdaderamente que no se concibe como ha cabido en nuestras cabezas la estravagancia de pagar por una parte muchos millones con el loable objeto de allanar los *obstáculos naturales* que se interponen entre la Francia y el extranjero, y pagar por otra muchos millones tambien, para sustituir á los naturales otros *obstáculos artificiales*, que producen exactamente el mismo efecto, hasta el punto de neutralizarse entre sí el obstáculo creado y el destruido, tornando las cosas al ser y estado que tenian, si bien con el resultado desconsolador del doble gasto practicado.

Un producto belga vale en Bruselas veinte fr. y puesto en Paris sube á 50 á causa del transporte. Otro producto semejante de industria parisiense vale 40 fr. ¿que haremos en tal caso?

La práctica es ingerir en el producto belga un



impuesto por lo menos de 10 fr. á fin de levantar á 40 su precio industrial en Paris, sosteniendo al efecto y á mucha costa numerosos señores que vigilen por la seguridad de esta regla, mientras que el producto hubo devengado en esta travesía 10 fr. de transporte y otros 10 para el impuesto.

Esto sentado, hagamos un raciocinio. El transporte de Bruselas á Paris, que cuesta 10 fr. es muy caro. Invirtamos pues doscientos ó trescientos millones en ferro-carriles y habremos obtenido un ahorro de la mitad. Evidentemente se venderá entonces en Paris el producto belga á 35 fr., á saber:

20 fr. » su precio en Bruselas

10 — » impuesto

5 — » porte, reducido á su mitad por razon del  
camino de hierro.

35 — » Total, ó sea el precio industrial en Paris.

¿Y no seria igual el resultado, si se bajaran del arancel los mismos 5 fr.? Veámoslo.

20 fr. » precio en Bruselas

5 — » impuesto

10 — » porte por vias ordinarias.

35 — » Total, ó precio industrial en Paris.

Con la ventaja de que esta operacion nos ahorraria los 200 millones que importa el camino de hierro, mas los gastos de la vigilancia aduane-

ra, que deberían disminuir á medida que disminuyese en igual proporcion el aliciente del contrabando.

Desde luego se me argüirá, con que el impuesto es necesario para proteger la industria parisiense.—Séa asi; pero si la carestia va unida al objeto de la proteccion ¿para que el contrasentido de un camino de hierro que ha de neutralizar con la baratura los efectos del impuesto?

Porque, si ustedes persisten en la idea de que el producto belga ascienda, como los de Paris, á 40 fr., hecho el ferro-carril, será necesario subir el impuesto hasta 15 fr. para sumar 20 fr. » precio de Bruselas

15 — » impuesto protector

5 — » porte por el ferro-carril.

---

40 — » Total á igualar con la industria parisiense.

---

Pero entonces, á cualquiera le ocurrirá como á mi me ocurre—¿cual es, bajo este concepto, la utilidad del ferro-carril?

Francamente ¿puede haber nada mas humillante para el siglo XIX que legar á las edades futuras el espectáculo de semejantes niñerías, sostenidas con imperturbable gravedad? Ser burlado por otro, no es ciertamente muy grato; pero emplear el magnífico aparato representativo para engañarse uno asimismo, para ser doblemente burlado y sobre todo en materia de números, ¡bien puede abatir algo el orgullo *del siglo de las luces!*

---

## SOFISMA X.

---

### Reciprocidad.

Acabamos de ver que todo aquello que contribuye á que sea oneroso el transporte, obra en sentido de la proteccion; ó mejor dicho, que la proteccion obra en sentido de cuanto constituye oneroso el transporte.

Hay pues razon en sostener que un arancel es como un pantano, un camino, una laguna, una pendiente rápida, en una palabra, un *obstáculo*, cuyo efecto conduce á aumentar la diferencia entre el precio de produccion y de consumo. Es asimismo incontestable, que un pantano ó un barranco equivalen á verdaderos aranceles protectores.

Existen personas (si bien en corto número) que empiezan á comprender que los obstáculos, aunque artificiales, son obstáculos, y que nuestro progreso tiene mucho mas que esperar de la libertad, que de la proteccion, precisamente por

la misma razon de ser mejor un canal que un camino arenoso, pendiente y molesto.

Pero dicen; es preciso que esta libertad sea recíproca. Si por ejemplo abatimos nuestras barreras enfrente la España, sin que esta destruya las suyas enfrente nosotros, evidentemente resultariamos perjudicados. Hagamos pues *tratados de comercio* sobre la base de la justa reciprocidad: para que se nos conceda, concedamos; hagamos el *sacrificio* de comprar, para obtener la ventaja de vender.

Siento tener que manifestar á los que así piensan, que atraen sobre si la nota de inconsecuentes, dado que conozcan el principio de la proteccion; mas inconsecuentes que los meros proteccionistas, en los mismos términos que estos lo son con los prohibicionistas absolutos.

A propósito de lo espuesto, oid un apólogo.

### **Stulta y Púera (1).**

Éranse dos pueblos, no nos importa donde, pero que se llamaban *Stulta* y *Púera*, quienes construyeron con grandes gastos un camino para comunicarse. Cuando estuvo acabado, he aquí que *Stulta* se queja de que su vecina *Púera* le inundaba con sus productos, y para evitarlo levanta

---

(1) **Nota del Trad.** Parece aludirse en *Stulta* (*ignorante*) á la Francia y en *Púera* (*jóven*) á Bélgica.



una tropa de *Rayanos* á sueldo, así llamados por la misión de impedir ó poner obstáculos á la introducción de los convoyes procedentes de Púera. Bien pronto hizo esta otro tanto en la *raya* de su territorio.

Algunos siglos después la ilustración iba haciendo notables progresos, entre cuyos arcanos la capacidad de Púera se remontó hasta vislumbrar que semejantes obstáculos podrían perjudicar los intereses recíprocos de entrambas ciudades, y en su virtud envía un diplomático á Stulta, quien, salvo la fraseología oficial, habló poco más ó menos en estos términos. — «Nosotros, oh Stulta, que hemos fabricado nuestro camino, no lo hemos hecho sino para obstruirlo inmediatamente: ¡qué absurdo! Mas valiera haber dejado las cosas en su primitivo ser, para evitarnos, primero el costo de aquel y después el del impedimento. En nombre de Púera os propongo, no á que renunciéis completamente á oponernos obstáculos naturales, porque tal sería obrar según un principio, que son para nosotros como para vosotros despreciables, sino á que se atenúen algún tanto estos obstáculos, cuidando de nivelar equitativamente bajo ese aspecto nuestros sacrificios respectivos.» — Dijo; y Stulta pidió tiempo para meditar, consultando al efecto uno á uno á sus fabricantes y agricultores. Algunos años después declaraba que sus negociantes estaban arruinados.

A tal nueva se reúnen en consejo los habitan-

tes de Púera : un anciano se levanta (se sospechó siempre que estuviese secretamente vendido á Stulta) y dice : « Los obstáculos creados por Stulta perjudican nuestras ventas ; este es un mal. Los que nosotros mismos hemos creado dañan también nuestras compras , este es otro mal. Nada podemos sobre el primero ; pero sobre el segundo si, depende de nosotros. Alejemos uno de ellos , ya que no podamos librarnos de entrambos. Suprimamos nuestros *Rayanos*, sin exigir otro tanto de nuestra vecina , á la cual le llegará sin duda el dia que aprenda de nosotros á echar mejor sus cuentas.

Entretanto, un segundo consejero , hombre de práctica y de hechos , extraño á principios, pero empapado en la vieja experiencia de los antiguos, replicaba : « No escuchemos á ese visionario , teórico, innovador, utopista, economista, en una palabra á ese *stultitio*. ¡Qué nos perdemos indefectiblemente, si los impedimentos entre ambas ciudades no se igualan perfectamente. ¿No es visto que habria mayores dificultades para *ir* á Stulta, que para venir á Púera? para *esportar* que para *importar*? Nos encontraríamos, respecto á Stulta, en las mismas condiciones de inferioridad en que se hallan el Havre, Nántes, Burdeos, Lisboa, Lóndres, Hamburgo, la Nueva-Orleans, comparativamente á las plazas situadas hácia el nacimiento del Sena, del Loira, del Garona, del Tajo, del Támesis, del Elva y del Misisipí, puesto que

son superiores las dificultades para el ascenso que para el descenso de los rios.

—(*Una voz*) ¡Las ciudades de las embocaduras regularmente suelen prosperar mas que las del origen de los rios!

—Eso no es posible.

—(*La misma voz*) Pero ello es evidente.

—Y bien! prosperan... *contra las reglas* »

Solucion tan concluyente aplanó á la indecisa asamblea. El orador acabó de convencerla tomando puntos de la independencia nacional, del honor nacional, de la dignidad nacional, del trabajo nacional, de la inundacion de productos, de las contribuciones y de la mortal concurrencia; con lo que consiguió desde luego que se conservasen los obstáculos.

---

Si hay algun curioso que quiera convencerse por sus propios ojos de la exactitud de este apólogo, puede aplicarlo á cierto pais en donde observará trabajar juntos con la mas cordial inteligencia del mundo por disposiciones de la misma asamblea legislativa y á sueldo de sus paisanos los contribuyentes, á los *guarda-camineros* y á los *guarda-rajanos*, unos limpiando y desembarazando las vias, y los otros obstruyéndolas.





---

## SOFISMA XI.

---

### **Precio absoluto.**

¿Quereis juzgar entre la libertad y la proteccion? ¿quereis apreciar la importancia de este fenómeno económico? Buscad sus efectos *en la abundancia ó la escasez de las cosas*, y de modo alguno *en el alza ó la baja del precio*. Desconfiad del *precio absoluto*, porque os empeñareis en un laberinto, de donde no podreis salir fácilmente.

M. Mathieu de Dombasle, despues de haber establecido que la proteccion encarece las cosas, añade:

«El esceso de precio aumenta los gastos de la vida, y *por consecuencia* el precio del trabajo lo mismo que cada individuo en particular encuentra en el esceso del precio de sus productos el esceso del precio de sus gastos. Asi que, si todo el mundo paga como consumidor, todo el mundo recibe tambien como productor.»

Bien puede devolverse el argumento en los términos siguientes:

«Si todo el mundo recibe como productor, todo el mundo paga como consumidor.»

Luego ¿qué es lo que eso prueba?—nada, sino que la proteccion, mediante la espoliacion, invade inútil é injustamente la riqueza.

Por otra parte, para admitir que tan vasto aparato acaba por simples compensaciones, seria necesario conformarse con el *por consecuencia* de M. Dombasle, y estar seguro que el precio del trabajo se eleva, segun que se eleva tambien el precio de los productos protegidos. Esta es una cuestion de hecho que traslado á M. Moreau de Tonnés, quien pretende investigar si la tasa de salarios progresa en proporcion de las acciones de las minas de Anzin. Por lo que á mi toca, bien ageno estoy de pensar lo mismo, en cuanto tengo el convencimiento que el precio del trabajo, como el de los demas objetos, es regulado por el influjo de lo que llaman en economía oferta y demanda. Fuera de esto, yo concibo, que la *restriccion* disminuya por ejemplo la oferta del carbon mineral y que en su virtud se eleve su precio; pero no me es igualmente palpable que ella aumente la demanda del trabajo de manera que se mejore la tasa de los salarios. Y mucho menos concibo que la cantidad demandada de trabajo dependa del capital disponible. Siendo ademas de notar, que bien pue-

de la proteccion invadir los capitales , trasladarlos de una industria á otra ; pero nunca acrecerlos ni en un ardite.

Pero aplazando esta cuestion de alto interés, que será examinada á su tiempo, vuelvo á tomar la del *precio absoluto*, de que me habia extraviado. Digo, que no hay absurdo que no pueda sostenerse con razonamientos especiosos, tales como el de M. Dombasle.

Supóngase que una nacion aislada, siendo dueña de cierta cantidad de numerario, se le antoje quemar cada año la mitad de todo lo que produzca. Yo me encargo de probar, con la teoria de M. de Dombasle, que no por eso será menos rica.

En efecto, por consecuencia del incendio, todas las cosas doblarán su precio y los inventarios anteriores y posteriores al desastre ofrecerán exactamente el mismo valor *nominal*. Pero entonces ¿qué se habrá perdido? Si Juan compra el paño mas caro, vende también mas caro su trigo, y si Pedro pierde en la compra del trigo, se remunera relativamente en la venta de su paño. «Cada cual encuentra en el esceso de » precio de sus productos el esceso del » importe de sus gastos, y si todo el mundo paga » como consumidor, todo el mundo recibe tam- » bien como productor.»

Todo esto no es la ciencia ; es mas bien palabreria, un baturrillo. He aquí la verdad reducida á su mas simple espresion: Que los hom-

bres destruyan el paño y el trigo por el uso ó por el incendio, el efecto será el mismo *respecto al precio*, pero no *respecto á la riqueza*, porque precisamente el uso, el buen uso de las cosas es lo que constituye la riqueza y la felicidad.

En el propio sentido, propendiendo la restriccion á disminuir la abundancia de las cosas, puede alzar su precio en términos que cada uno se considere en igual proporcion mas rico, si se quiere y por supuesto *numerariamente hablando*; pero hacer figurar en un inventario tres hectólitros de trigo á 20 francos, ó cuatro dichos á 15-id, porque se sumen ambas cantidades numerarias en 60 francos ¿pueden considerarse iguales las premisas y sus consecuencias, bajo el punto de vista de la satisfaccion de nuestras necesidades?

Hácia las particularidades del consumo es precisamente á donde quiero y no cesaré de conducir á los proteccionistas, puesto que él es el fin de todos los esfuerzos y la solucion de todos los problemas. Les repetiré incesantemente: ¿No es indudable que la restriccion, previniendo los cambios, limitando la division del trabajo y provocando dificultades de situacion y de temperatura, disminuye en definitiva la cantidad producida por una suma determinada de esfuerzos? ¿Y qué importa que la cantidad menor producida bajo el régimen de la proteccion tenga el mismo *valor nominal* que la mayor producida



bajo el régimen de la libertad? El hombre no vive con *valores nominales*, sino con productos reales, y tanto mas rico será, cuantos mas productos haya; no importa el precio.

Al escribir lo que precede, no he contado nunca con encontrar un anti-economista bastante buen lógico que admita explícitamente que la riqueza de los pueblos dependa del valor de las cosas, hecha abstracción de su abundancia. He aquí lo que encuentro en el libro de M. de Saint-Chamans (pag. 210.)

«Si 15 millones de mercancías, vendidas á los extranjeros, se sustraen del producto ordinario, estimado en 50 millones, los 35 restantes de dichas mercancías aumentarán de precio, no pudiendo bastar á las demandas ordinarias, y se elevarán hasta el valor de los 50 millones. En cuyo caso la ganancia del país representará 15 millones de mas valor.... Habrá pues en el país acrecimiento de riqueza por 15 millones, que es precisamente la cuantía de la importación del numerario.»

¡Cosa estraña! Si una nación ha hecho en el año ganancias por cincuenta millones en cosechas y mercancías, le basta vender la cuarta parte al extranjero para ser la cuarta parte mas rica! —Luego si vende la mitad, aumentará tambien en igual proporcion su riqueza; y llegar á cien millones si cambia por escudos la última hebra de lana y el último grano de trigo. ¡Modo singu-

lar de enriquecerse el de provocar la carestia infinita, mediante una absoluta privacion!

Resumiéndome: ¿quereis juzgar de las dos doctrinas? —sometedlas pues á la prueba de la exageracion.

Segun la de Mr. de Saint-Chamans, la Francia seria igualmente rica, esto es, tan perfectamente provista de todas las cosas con la milésima parte menos de sus productos anuales, puesto que estos tendrian por las razones indicadas un valor mil veces superior.

Y segun la mia, los franceses serian infinitamente ricos, si sus productos anuales fuesen de una abundancia infinita y por consecuencia sin valor alguno.

---

---

## SOFISMA XII.

### **¿La proteccion eleva la tasa de los salarios?**

Disputaba un ateo contra la religion, contra los curas y contra Dios.—«Si usted continúa, le interrumpió un circunstante poco ortodoxo, acabaré por convertirme.»

Asi pues, cuando escuchamos á nuestros imberbes escritoritos, poetastros, reformadores, folletinistas acicalados, hartos de sorbetes y champagne, ostentando en sus carteras los Ganneron, los Nord y los Mackencios, ó haciendo imprimir con purpurina sus composiciones contra el egoismo, el individualismo del siglo; cuando se les oye, digo, declamar contra la dureza de nuestras instituciones, afligirse acerca de lo que llaman salariado y proletariado; cuando se les vé elevar al cielo los ojos enternecidos al aspecto de la miseria de las clases laboriosas, miseria en que nunca reparáran sino para explotarla en lucrativas pinturas; está uno tentado á decirles como el

inortodoxo: «Si ustedes continúan así, acabarán por volverme indiferente á la suerte de los obreros.»

¡Oh, la afectacion, la afectacion! he aquí el contagio nauseabundo de la época!—Obreros, ¿algún hombre grave, algún filántropo sincero ha trazado el cuadro de vuestras angustias? ¿os habeis conmovido á la vista de sus libros?—en el acto trata de apoderarse de esta presa la turba de reformadores. La truncan, la interpretan, la esplotan, la exageran, la estrujan y la desautorizan hasta el fastidio y el ridículo. Por todo remedio os pronuncian las magníficas palabras: **ORGANIZACION, ASOCIACION.**—Os engañan, os adulan, esos que tan pronto son obreros con vosotros, como esclavos con los señores. Las gentes formales se avergonzarán de abrazar públicamente su causa; porque ¿cómo injerir ciertas ideas sensatas en medio de tan fatídicas declamaciones?

Lejos de nosotros no obstante tan culpable indiferencia, que no se justificaria con la afectacion que la provoca.

Obreros, vuestra situacion es singular! Se os despoja, como puedo probarlo á todas horas...! Pero no; retiro esta palabra; alejemos de mi language toda espresion violenta y falsa tal vez, en el sentido que la espoliacion, embozada con los sofismas que la velan, se egerce, preciso es creerlo así, contra la voluntad del espoliador y



con el consentimiento del espoliado. Pero en fin se os arrebató la justa remuneración de vuestro trabajo, y nadie se ocupa de haceros *justicia*. ¡Ojalá que para consolaros bastasen ruidosas invocaciones á la filantropía, á la impotente caridad, á la degradante limosna, á las huecas palabras *organización*, *comunismo*, *falansterios*! no os las economizara, no. Pero, *justicia*, simplemente *justicia*, nadie sueña en administrárosela. Y entre tanto, ¿no sería *justo* que después de un día afanoso de labor, pudiérais con vuestro módico salario cambiar voluntariamente la mayor suma posible de satisfacciones con el sugeto que se os deparase sobre la superficie de la tierra?

Acaso un día pueda yo también hablaros de asociación y organización, y entonces podreis inferir lo que debeis esperar de tales quimeras que os seducen y os estravian.

Entre tanto averigüemos si es justo que se os designen legislativamente las personas á quienes os es permitido comprar los objetos que necesitais, como el pan, la carne, el lienzo, el paño, y digámoslo claro, obligandoos á pagar el precio artificial que vá embebido en ellos.

¿No es verdad que la protección que os hace pagar mas caros los objetos, como ella misma lo confiesa, por cuya razón os perjudica, eleva proporcionalmente la tasa de vuestros salarios?

¿De que depende esta?

Uno de vosotros lo ha dicho enérgicamente:

Cuando dos obreros corren hácia un amo, los salarios bajan; y en sentido inverso suben, cuando dos amos corren hácia un obrero.

Permítaseme, para abreviar, que me sirva de esta frase mas científica y acaso tambien mas oscura: «La tasa de los salarios depende de la razon existente entre la oferta y la demanda del trabajo.»

Ahora bien, ¿de que depende la *oferta* de brazos?

Del número de ellos que exista en la plaza; y sobre este primer elemento nada puede la proteccion.

¿De que depende la *demand*a de brazos?

Del capital nacional disponible. Y la ley que dice: «No se recibirá mas de fuera tal ó cual producto, porque se hará en el pais» ¿aumenta por ventura este capital?—De ninguna manera. Lo saca de una via para encaminarla por otra, sin que en tal operacion se aumente siquiera en un ardite.—Luego es visto que tampoco aumentará la demanda de brazos.

Se ostenta con orgullo una fábrica.—¿Pero ha sido acaso erigida y se entretiene con fondos caidos de la luna? No, que fue preciso sustraerlos bien de la agricultura, ó de la navegacion, ó de la industria vinícola.—Y he aqui porque si despues del sistema de aranceles protectores hay mas obreros en las galerias de nuestras minas y en los arrabales de nuestras ciudades manufac-

tureras, hay tambien menos marinos en nuestros puertos y menos labradores y vinateros en nuestros campos.

Mucho pudiera estenderme sobre este tema, pero me es mas sencillo ensayar un medio de hacerme fácilmente comprensible. Oid un ejemplo.

Poseia un campesino una heredad de veinte fanegas que beneficiaba con un capital de 10,000 francos. Dividió su cabidad en cuatro suertes, estableciendo en ellas la sucesion de siembras siguiente: 1.º maiz, 2.º trigo, 3.º trébol, y 4.º centeno. No necesitando para si y su familia mas que muy corta porcion de grano, de carne y de los lacticinios elaborados en su granja, vendia el sobrante para comprar con su importe lino, aceite, vino etc.—Distribuia cada año la totalidad de su capital en soldadas y salarios á los obreros del vecindario, y cada año reingresaba tambien con creces en su poder á favor de rentas lucrativas. Nuestro campesino bien persuadido de que un fondo parado nada produce, hacia que la clase obrera se aprovechase con el escedente anual, trabajando á jornal en los cerramientos, desmontes, mejoras de aperos y demas obras de la granja. Al propio tiempo colocaba algunos ahorros en el banco de la ciudad inmediata, y lo que le quedaba sobrante tampoco estaba ocioso, pues que lo prestaba á empresarios de trabajos útiles, armadores etc.

de forma que por todas estas vias acababa por convertirse en salarios.

Al cabo murió el campesino y dueño su hijo de la herencia, decia: Preciso es convenir en que mi padre era muy mal calculador. Comprando aceite á la Provenza, pagaba este *tributo* á estraños, pudiendo plantar olivos en su heredad. Comprando asimismo el vino, el lino y las naranjas, pagaba tambien *tributo* á la Bretaña, al Medoc y á las islas del Hierro, entretanto que pudieran cultivarse entre nosotros con mas ó menos éxito las viñas, los linos y los naranjos. Pagaba *tributo* al molinero y al tejedor, cuando nuestros criados pueden muy bien tejer nuestro lienzo y moler nuestro trigo entre dos piedras. ¡Ah! se arruinaba seguramente; y ademas cometia la indiscrecion de dar que ganar á los estrangeros los salarios que podia distribuir muy fácilmente entre las gentes que andaban á su alrededor.

Poseido de estos cálculos nuestro aturdido mancebo reformó el método de las siembras establecidas por su padre, dividiendo su heredad en veinte suertes que destinó respectivamente al cultivo de moreras, de olivos, de lino, de viñas, de trigo etc. etc., suministrando á su familia por este medio y con *independencia*, los objetos que necesitaba. En su consecuencia ni puso, ni sacó, ni su industria cooperó de modo alguno á la circulacion general—¿Y fué por eso



mas rico? No, puesto que la tierra no era propia para viñas, el clima se oponia al progreso de los olivos y en definitiva su familia con tal sistema fué bastante mas pobre que en tiempo del padre que adquiria casi todos aquellos objetos por medio del cambio.

En cuanto á los obreros tampoco lograron mas trabajo que antes. Tenian, si, cinco veces mas suertes que cultivar; pero tambien eran estas cinco veces mas pequeñas: daban aceite, si; pero se cosechaba menos trigo: no se compraba tanto lino; pero no se vendia tanto centeno.—Por otra parte, el arrendador no podia gastar en salarios mas que su capital, y su capital tan lejos de acrecer con la nueva distribucion de tierras, iba conocidamente decreciendo, empleado gran parte en las obras, reparos y numerosos utensilios indispensables para quien todo lo quiere emprender por sí. El resultado fue que, siendo igual la oferta de brazos y declinando de dia en dia los medios de pagarlos, los salarios forzosamente sufrieron reduccion.

He aqui en pequeño lo que en grandes dimensiones acontece entre los paises que pretenden aislarse por el régimen prohibitivo. Multiplica el número de sus industrias, claro es; pero disminuye relativamente su importancia. Se cultiva, por decirlo así, un *campo industrial* mas vasto, pero no mas fecundo, al contrario, puesto que con un mismo capital y con la mis-

ma mano de obra hay que luchar contra mas obstáculos naturales. Su capital fijo (1) absorve una parte considerablemente mayor del capital circulante; esto es, la parte de fondos que debiera emplearse en salarios. Lo que tienen de bello estas ilusiones relativamente á la mas vasta y seductora ramificacion de fondos, no sirve para aumentar la masa de estos: el agua de un estanque, tan lejos de acrecer, disminuirá necesariamente, si se distribuye en diferentes receptáculos, por lo mismo que presentará al sol mayores superficies y por consecuencia mas puntos de evaporacion y pérdida.

Puesto en movimiento el capital y la mano de obra, crean una masa de productos, que sera tanto menor, cuantos mas obstáculos se interpongan en su curso. No es dudoso que las barreras internacionales, forzando el capital y mano de obra de cada país á vencer mayores dificultades de clima y temperatura, el resultado general es que no se obtengan tantos productos, como si aquellas no existieran, ó lo que viene á ser lo mismo, que la humanidad no cuente con tantas satisfacciones. Ahora bien, si hay disminucion general de satisfacciones ¿cómo es posi-

---

(1) **Nota del traductor.**—Llámanse capitales fijos en *Economía*, los invertidos en edificios, instrumentos, ganados etc. etc. que requiere el ejercicio de las respectivas industrias.

ble, obreros, que se aumente vuestra parte? Luego, los ricos, aquellos que confeccionan las leyes ¿habrán arreglado las cosas de manera que no solamente sufran su prorata en la disminucion total, sino que su porcion, ya reducida, quieran que se reduzca todavia mas en todo lo que compran á la vuestra, al decir de ellos? ¿Es esto posible? ¿Se puede creer esto? ¡Oh! es cuando menos sospechosa semejante generosidad, y hareis bien en rechazarla.

nos acusa de ser todo teorías, y de no contar para nada con la práctica.

«Cuan terrible es la contestación que Mr. Fardier (1) me dirige contra Mr. Say la larga serie de distinguidos administradores, y esta respetable liga de escritores, que opinan y obran en sentido opuesto á las doctrinas de aquel economista; y por cierto que las espere sin disminuir. Esos señores: que han dicho en apoyo de algunos errores, que pretendo que exista algun fundamento para que los nacionalistas hayan adoptado tan gratuitamente aquellas ideas. No debo por lo menos desentenderme de las observaciones y razonamientos que allan el camino para la verdad hasta el fin por completo y totalmente en el escalar de bombas de las verdades por sus ideas e intenciones. Sin punto alguno, como

(1) En la administracion francesa opuesto á la doctrina política-pública.





---

## SOFISMA XIII.

---

### Teoría. práctica.

Partidarios de la libertad de los cambios, se nos acusa de ser todo teorías, y de no contar para nada con la práctica.

¡Cuan terrible es la censura, dice Mr. Ferrier (1), que arroja contra Mr. Say la larga serie de distinguidos administradores, y esta respetable liga de escritores, que opinan y obran en sentido opuesto á las doctrinas de aquel economista; y por cierto que las espone sin disimulo. Escuchémosle: «Se ha dicho en apoyo de antiguos errores, que preciso es que exista algun fundamento para que las naciones hayan adoptado tan generalmente aquellas ideas. ¿No debe por lo menos desconfiarse de las observaciones y raciocinios que alteran todo lo que se ha tenido hasta el dia por constante y verdadero en sentir de hombres doctos recomendables por sus luces é intenciones? Semejante argumento,

---

(1) De la administracion comercial opuesta á la Economía política—pág. 5.

» lo confieso, es capaz por si solo de producir  
» grande impresion y puede ademas introducir la  
» desconfianza sobre las proposiciones mas incon-  
» testables, si no viesemos muy frecuentemente  
» recibidas y profesadas por todo el mundo y con-  
» tinuados siglos las opiniones mas falsas, y lo  
» que es mas todavia, recibidas y profesadas, á  
» pesar de suponerse tales. No ha mucho tiempo  
» que todas las naciones desde la mas ruda, hasta  
» la mas ilustrada, lo propio que los hombres  
» desde el ganapan hasta el sábio filósofo, admitian  
» cuatro elementos en el sistema del mundo fisi-  
» co; doctrina que nadie soñó en impugnar, no  
» obstante ser falsa; falsa hasta el punto que en  
» el dia no hay aprendiz de naturalista que no se  
» burle de aquella ridícula creencia que suponía  
» como primeros elementos de la creacion la  
» tierra, el aire, el agua y el fuego.»

Acerca de cuyo discurso hace M. Ferrier la observacion siguiente:

« Si M. Say cree contestar asi á la fuerte objeccion que induce su tema, abusa de un modo raro de sí mismo. Que hombres ilustrados permanezcan engañados por siglos enteros sobre un punto cualquiera de historia natural, se comprende muy bien y eso nada prueba. El agua, el aire, la tierra y el fuego, elementos ó no ¿dejarían de prestar igual utilidad...? Semejantes errores no son de consecuencia: no subvierten el ánimo ni lo acongojan; y sobre todo no lasti-

man intereses, razon poderosa para que pudiesen continuar sin inconveniente por millares de años. El mundo físico marchó, marcha y marchará, como si no existiesen tales errores. Pero, los que afectan al mundo moral ¿pueden subsistir lo mismo? ¿Se concibe pues, que un sistema de administracion que fuese absolutamente falso y por consecuencia perjudicial pudiese prevalecer por siglos y siglos en casi todos los paises con el asentimiento general de los hombres instruidos? ¿Podrá esplicarse como semejante sistema se haya asociado á la prosperidad siempre creciente de las naciones?—M. Say confiesa que el argumento que impugna puede causar profunda impresion. Si, cierto, esta impresion subsiste, porque M. Say, tan lejos de destruirla, la ha aumentado.»

Escuchemos ahora á M. de Saint-Chamans:

« Estaba reservado al siglo anterior hácia su  
» mitad, á ese siglo diez y ocho en que todas  
» las materias, todos los principios sin distin-  
» cion sufrieron la discusion pública, el que  
» los forjadores de ideas *especulativas*, á todo  
» aplicadas sin ser á nada aplicables, comenza-  
» sen á escribir sobre Economía política. Antes  
» que ellos existia ya un sistema de Economía  
» no escrito, pero si *práctico* para los gobier-  
» nos. Se designa á Colbert como el inventor,  
» y él servia ciertamente de regla á todos los es-  
» tados de Europa. Lo que hay de mas particular  
» en esto, es que el tal sistema existe todavia, á

» pesar de los anatemas, de los desprecios y de  
» los descubrimientos de la escuela moderna.  
» Este sistema que nuestros escritores han llama-  
» do *mercantil*, consiste en...., contrariar por me-  
» dio de prohibiciones ó impuestos de entrada la  
» importacion de los productos extranjeros que  
» pudiesen arruinar por su concurrencia nuestras  
» manufacturas... ; Y este sistema es llamado  
» inepto, absurdo, propio para empobrecer todos  
» los paises, por los escritores economistas de  
» todos las escuelas (1) : se halla tambien pros-  
» crito, separado de los libros y reducido á refu-  
» giarse á la *práctica* de los pueblos: no se con-  
» cibe como, por lo que respecta á la riqueza de  
» las naciones, no se hayan adherido los gobier-  
» nos á los sábios autores mas bien que á la *vieja*  
» *experiencia* de un sistema etc.... No se concibe  
» sobre todo porque el gobierno frances... se obs-  
» tina en resistir los progresos luminosos de la  
» economía política, conservando en su *práctica*  
» esos viejos errores indicados por todos nuestros  
» economistas de pluma.... Pero lo que en esto  
» hay de cierto, es que este sistema mercantil no

---

(1) ¿No pudiera tambien decirse aqui : ¡ Cuán terrible censura contra M.M. Ferrier y Saint-Chamans el que los economistas *de todas las escuelas*, esto es, cuantos han estudiado á fondo la cuestion, hayan coincidido perfectamente en opiniones sobre este punto. Despues de todo, la libertad es mejor que la opresion, entre otras razones por la poderosa de que las leyes de Dios son mas sábias que las de Colbert.



» cuenta en su apoyo *mas que los hechos*, y de modo alguno con ningun escritor (1)!»

¿No se diria, segun este language, que los economistas, reclamando para *si la libre disposicion de su propiedad*, han hecho salir de su cerebro, como los furrieristas, un órden social nuevo, quimérico, estraño, una especie de falansterio sin egemplo en los anales del género humano? Se me figura, que si algo hay en todo esto de invencion y de contingente, mas bien que la libertad, será la proteccion; mas bien que la libre facultad de cambiar, las restricciones de aduana; las aduanas destinadas á subvertir artificialmente el órden natural de las remuneraciones.

Pero no se trata de comparar ni de juzgar los sistemas; la cuestion del momento se reduce á saber, cual de ellos se apoya en la esperiencia.

Asi pues, señores monopolistas, ustedes pretenden que *los hechos* están de su parte, y que de la nuestra no hay mas que *teorías*.

Ustedes se lisongean de que esa larga serie de actos públicos, esa *vieja esperiencia* de la Europa, que ustedes citan, pareciera respetable en boca de M. Say. — Convengo en que este sábio no ha refutado á ustedes con su sagacidad habitual. Por lo que á mi toca, no cedo asi como quiera el dominio de los *hechos*: ustedes no los

---

(1) *Du Systeme de l'impôt etc.* por el vizconde de Saint-Chamans: pág. 11.

tienen de su parte mas que escepcionales y violentos, mientras que nosotros podemos oponerles hechos universales, los actos libres y espontáneos de los hombres en general.

¿Qué proclamamos nosotros, y que proclaman ustedes?

Nosotros decimos:

«Vale mas comprar á otro aquello que nos costaria mas caro hacer á nosotros mismos.»

Y ustedes dicen:

«Mejor es que nosotros mismos hagamos las cosas, que comprarlas á otro, aunque nos las venda mas baratas.»

Francamente, señores; dejando á un lado la teoría, la demostracion, los raciocinios y cuanto en este sentido pueda resentir su susceptibilidad ¿cual de las dos aserciones merece ó merecer puede la sancion de la *práctica universal*?

Visítense los campos, los talleres, los ingenios, los almacenes: reparen ustedes en torno suyo y mas alto y mas bajo: observen tambien lo que se practica en el interior de su casa, asi como respecto de los actos personales de todos los momentos; y verán cual es el principio que domina en los labradores, en los obreros, en los empresarios, en los comerciantes; y dirán ustedes á su pesar: «Tal es nuestra *práctica personal*.»

¿Y es esta por ventura la de que el labrador haga sus vestidos? que el sastre produzca el grano que consume? que el repostero se tome la

molestia de elaborar en casa de su amo el pan que puede comprar mas barato en la plaza? que usted deje la pluma para ocuparse del sucio oficio de limpia-botas, por no pagarle *tributo*? finalmente, que la economia de la Sociedad entera no tenga reconocido y practique instintivamente el principio de la separacion de ocupaciones, de la division del trabajo y del *cambio*? y este cambio es otra cosa que el cálculo que nos hacemos, siempre que nos es posible, de abandonar la produccion directa, porque la adquisicion indirecta nos ofrece ahorro de tiempo y pena?

Ustedes no son pues los hombres de la práctica, puesto que no podrán señalarnos uno solo en la superficie del globo, que sus actos personales se ajusten á sus principios.

Acaso repliquen ustedes: « Nosotros no hemos intentado nunca convertir nuestro principio en la regla de las relaciones individuales. Comprendemos muy bien que esto equivaldria á falsear los vínculos sociales, forzando á los hombres á vivir como los caracoles con la casa áuestas; esto es, cada cual reducido á sí mismo. Nosotros nos limitamos á pretender que dominen *de hecho* las relaciones que hay establecidas entre las aglomeraciones de la familia humana. »

Muy bien; pues todavia es errónea semejante asercion. La familia, el pueblo, el distrito, el departamento, la provincia, son otras tantas aglomeraciones que juntas y cada una de

por sí rechazan *prácticamente* el principio de ustedes, y ni por sueño lo han practicado ni probablemente lo practicarán jamás. Todos se procuran por medio de cambios aquello que les costaría mas por medio de la produccion. Asi obran los pueblos, en tanto que no se lo impide la fuerza.

Hasta tal punto somos hombres de práctica y esperiencia, en cuanto para combatir el entredicho que ustedes han puesto escepcionalmente sobre algunos cambios internacionales, nos fundamos en la práctica y esperiencia de todo individuo y de toda aglomeracion en general de individuos, cuyos actos son voluntarios, y pueden por consecuencia evocarse como testimonio. Pero ustedes! ustedes empiezan por *tiranizar*, por *impedir*, y despues se amparan de estos actos de fuerza y prohibicion, para esclamar, — «patente está; la práctica nos justifica.»

Ustedes se concitan contra nuestra *teoría*, lo mismo que contra la *teoría* en general. Pero cuando ustedes sientan un principio contrario al nuestro ¿no echan de ver que han usado tambien de su teoria? No, no; vale mas que rompan ustedes sus papeles. Ustedes tienen sus teorías como nosotros, solo que entre ambas existe esta diferencia.

La nuestra consiste en observar los hechos universales, los sentimientos universales, los calculos, los procedimientos universales, cuidando



de coordinarlos y clasificarlos convenientemente para hacerlos mas comprensibles.

Se aproxima tanto á la práctica, como que no es otra cosa que la *práctica esplicada*. Nosotros observamos como el hombre por instinto trabaja por su conservacion y por su progreso, y aquello que ejecutan libre y espontáneamente, es á lo que llamamos nosotros *economía* política ó economía de la Soiedad. Nosotros repetimos sin cesar cada hombre es *prácticamente* un escelente economista, produciendo ó cambiando, segun que le es mas ó menos provechoso cambiar ó producir. Cada cual por la esperiencia se eleva á la ciencia; ó mejor dicho, no es otra cosa la ciencia que esta misma esperiencia escrupulosamente observada y metódicamente espuesta.

Pero ustedes?—ustedes usan la teoria en el sentido desventajoso de la palabra. Ustedes imaginan, inventan procedimientos que de modo alguno sanciona ni puede sancionar la práctica de hombre alguno viviente bajo la bóveda del firmamento, y despues llaman en su apoyo la opresion y la prohibicion; bien que, no de otro modo que con la *fuerza* podrian conseguir que los hombres se dedicasen á producir aquello que les fuera *mas ventajoso* comprar. ¿Y no es esto tanto como obligarlos á que renuncien á una *ventaja* y exigirles la observancia de una doctrina que implica contradiccion concebida tal como queda espuesta?

Asi pues, esta doctrina que segun ustedes

seria absurda respecto las relaciones individuales, yo me encargo de convencer á cualquiera á que es extensiva en los propios términos especulativos á las transacciones entre familias, pueblos, departamentos ó provincias. Por confesion de ustedes mismos, no la creen aplicable sino á relaciones internacionales. Y esta es la razon porque cada día se ven obligados á repetir:

«Los principios no tienen nada de absoluto. Lo que es un *bien* para el individuo, la familia, el pueblo y la provincia, es un *mal* para la nacion. Lo que es *bueno* en detalle; á saber,—mas bien comprar que producir, cuando la compra es mas ventajosa que la produccion,—esto mismo es *malo* en masa: la economía política de los individuos no es la misma que la de los pueblos,»—con otras paparruchas *ejusdem farinae*.

Y todo esto ¿por qué? ¡Atencion señores! Para probarnos que nosotros en calidad de consumidores, somos propiedad suya! que les pertenecemos en cuerpo y alma! que tienen derecho esclusivo sobre nuestros estómagos y nuestros miembros! que les pertenece el cuidado de alimentarnos y vestirnos, por supuesto á precio de su voluntad, aunque imperitos, rapaces ó inferiores en diverso sentido. No, no; ustedes no son los hombres de la práctica; lo son, si, de abstraccion.... y de.... estorsion.

---

## SOFISMA XIV.

---

### **Conflicto de principios.**

He aquí una cosa que me confunde:

Algunos publicistas sinceros, estudiando la economía de las sociedades, han llegado á esta doble fórmula:

«Los gobiernos deben reglamentar á sus súbditos consumidores en favor del trabajo nacional.»

«Deben subordinar á sus reglamentos los consumidores estraños, en favor del trabajo nacional.»

La primera de estas fórmulas se llama *proteccion*, y la segunda *esportacion*, ó salida (*débouchés*).

Ambas se fundan en este dato que llaman *balanza de comercio*:

«Se empobrece un pueblo cuando importa y se enriquece cuando esporta.»

Luego, si toda compra en el exterior es un

*tributo pagado*, una pérdida, se viene á la vista inmediatamente la restriccion ó la prohibicion de las importaciones.

Y si toda venta en el exterior es un *tributo recibido*, una ganancia, lo mas natural es promover la esportacion, *las salidas*, aunque sea con la fuerza.

*Sistema protector, sistema colonial*: una misma teoria bajo dos aspectos. *Impedir* que nuestros conciudadanos compren del extranjero: *forzar* á los extranjeros que compren de nuestros conciudadanos. Aqui no hay mas que dos consecuencias de un principio idéntico.

Luego, cierta ó no cierta esta doctrina, conduce derechamente á la solucion siguiente: La utilidad se funda en el *monopolio*, ó sea la espoliacion interior: en la *conquista*, ó sea la espoliacion exterior.

Al terreno práctico.

En una casucha de nuestro territorio aquende el Pirineo hay un padre de familia que no recibe por su trabajo mas que un corto salario. Sin alimento, ni abrigo, ni lumbre, sus hijos apenas pueden resistir la accion de una brisa glacial. Allende las cumbres hay lana, leña y maiz, pero vedados estos géneros á esta pobre familia, porque pertenecen á pais no frances: ni la calentará el abeto de Aragon ni la alimentará la borona vizcaina, ni la lana navarra abrigará sus miembros ateridos. — ¿Se quiere asi la



utilidad general.....? Enhorabuena ; pero convengamos á lo menos en que esto se opone á la justicia.

Reglamentar legislativamente á los consumidores, contar con ellos obligatoriamente para fomentar el trabajo nacional, vale tanto como usurparles su libertad , vedarles el cambio una accion que nada tiene en sí misma de vituperable: en una palabra , se les hace *injusticia*.

Y entretanto, se dice que esto es preciso, sopena que decaiga el trabajo nacional, sopena de causar un golpe funesto á la prosperidad pública!

Y por consecuencia de estas premisas, los escritores de la escuela proteccionista , vienen á concluir con que existe incompatibilidad radical entre la *justicia y la utilidad*.

Por otra parte , si cada pueblo estuviese interesado en *vender* y no en *comprar* , una violenta accion y reaccion seria el estado normal de sus relaciones, puesto que cada cual trataria de cargar sus productos á los demas , y estos se esforzarian por rechazar los productos de cada cual.

En efecto , la venta induce compra ; y pues que , segun esta doctrina , vender es beneficiar, mientras que comprar es perder , toda transaccion internacional induce el progreso de un pueblo , á espensas del retroceso de otro.

Además, los hombres por una parte son fatalmente impelidos hácia aquello que les conviene, mientras que por otra resisten instintivamente

lo que puede perjudicarles, de donde es preciso inferir que cada pueblo lleva en sí mismo una fuerza natural de expansion y otra fuerza no menos natural de resistencia que obrando en sentido contrario, tanto dañan á estos como á aquellos. En otros términos; el antagonismo y la guerra serían el estado *natural* de la gran familia humana.

Asi pues, la teoria que impugno puede reasumirse en estos dos axiomas:

La *utilidad* es incompatible con la *justicia* en el interior.

La *utilidad* es incompatible con la *paz* en el exterior.

Ahora bien, lo que me asombra, lo que me confunde, es que un publicista, un hombre de estado que se adhiera sinceramente á una doctrina económica cuyo principio choca tan violentamente con otros principios incontestables, pueda gozar ni un instante de calma y reposo.

Respecto á mi me parece que si hubiese de penetrar en la ciencia por esta puerta, si yo no percibiese claramente que *libertad*, *utilidad*, *justicia*, *paz*, son objetos no solamente compatibles sino estrechamente unidos entre sí, y permítaseme la espresion, idénticos, seguramente que haria por olvidar cuanto tengo aprendido. Me diria á mi mismo: «¿Cómo ha podido querer Dios que no alcancen prosperidad los hombres, sino por la injusticia y la guerra? Cómo ha podido querer

que solo renunciando á su bienestar, puedan rehuir la guerra y la injusticia?»

«¿No es engañosa la ciencia que me ha conducido á la horrible blasfemia que infiere esta alternativa, y ni yo, ni nadie habrá tan osado que tome sobre sí la responsabilidad de constituir la base de legislación de un gran pueblo? Y despues que una multitud de ilustres varones han recogido el fruto consolador de esta misma ciencia, á la que sacrificáran su vida entera; cuando afirman que la libertad y la utilidad son conciliables con la justicia y la paz, y que tan elevados principios siguen imperturbables una marcha idéntica y eterna; cuando no han tenido la presuncion de abrogarse el descubrimiento de cuanto sabemos proveniente de la bondad y sabiduria de Dios, manifestadas en la sublime armonia de la creacion material, ¿deberé yo creer ligeramente, contra semejante presuncion y contra tan respetables autoridades, que á este mismo Dios le plugo sembrar el antagonismo y la disonancia en las leyes del mundo moral? No, no; antes de tener por cierto que se chocan todos los principios sociales entre sí, que se repugnan, que se neutralizan y que se encuentran perdurablemente en conflicto anárquico, eterno, irremediable; antes de predicar á mis conciudadanos el sistema impío á que he sido compelido por mis raciocinios; quiero mejor recoger mis ideas y asegurarme de que únicamente estoy desca-

minado en un solo punto de mi marcha.»

¡ Oh ! si despues de un sincero exámen, veinte veces reproducido llegase siempre á la afrentosa conclusion de haber de elegir entre lo BUENO, y lo POSIBLE, rechazaria indignado la ciencia ; me sumergiria voluntariamente en la ignorancia , y sobre todo declinaria toda participacion en los asuntos de mi pais, dejando para hombres de otro temple la carga y responsabilidad de eleccion tan penosa.



## SOFISMA XV.

### **Mas sobre reciprocidad.**

Decia M. de Saint-Cricq: « ¿Estamos seguros que el extranjero nos compre tanto como nos venda? »

Y M. Dombasle: « ¿Qué razon hay para creer que los productores ingleses solicitarán aquellos de nuestros productos que necesiten, con preferencia á los que pueda suministrarle cualquiera otra nacion del globo, y que esta compra la verifiquen por un valor equivalente á sus exportaciones con destino á la Francia? »

Admiro ciertamente, como estos hombres que ante todo se dicen *prácticos*, raciocinen de tal modo fuera de toda práctica.

« ¿Se hace por ventura en la práctica algun cambio de cien, mil, diez mil acaso, que sea un trueque directo de producto contra producto? Despues que se conocen monedas en el mundo, nadie hay que trueque por ejemplo su trigo con el zapatero, con el sombrerero, con el abogado ó con el profesor, en cantidad equivalente

á las adquisiciones que hace de sus zapatos, de su sombrero, de un consejo ó de una leccion, ¿Y que razon tienen las naciones para imponerse semejante sujecion?

¿Que quiere decir esto?

Supongamos á un pueblo privado de relaciones exteriores.—Un sugeto produce trigo y lo derrama en la circulacion *nacional* al precio mas alto que puede, recibiendo en cambio... ¿qué?—dinero, esto es, mandatos, bonos fraccionables hasta lo infinito, por cuyo medio le es posible retirar de la circulacion nacional, cuando y como lo crea oportuno, los objetos de que tenga necesidad ó antojo. En definitiva, al cabo de la operacion, habrá retirado de la masa circulante el justo equivalente de lo que él ha introducido en ella, y en valor *su consumo igualará exactamente su produccion*.

Si los cambios de esta nacion con el extranjero son libres, no es ya en la circulacion *nacional*, sino en la *general* en la que cada indígena derrama sus propios productos y libra al propio tiempo sus consumos. No hay que preocuparse con que si lo que pone en esta circulacion general lo compra un compatriota ó un extranjero, si los bonos que recibe provienen de un frances ó de un inglés, si los objetos contra los cuales cambia en seguida estos *bonos* segun sus ocurrencias, han sido fabricados allá ó acá del Rhin ó de los Pirineos. Siempre será evidente que entre

individuo é individuo habrá tenido lugar una cuenta igual por balance, respecto de lo que cada uno pone y saca en este gran receptáculo comun. Siempre será evidente tambien que esta cuenta que tiene lugar entre individuos, viene á ser aplicable en grande escala entre nacion y nacion, entre naciones y naciones.

Solo difieren estos dos casos en que en el último cada uno se encuentra situado en medio de un mercado mucho mas ámplio para sus ventas y sus compras y por consecuencia en mejor proporcion de aprovechar mejores lances de fortuna para entrambas.

Se hace esta objecion: Si todo el mundo se confabula para no retirar de la circulacion los productos de un determinado individuo, tampoco podrá este retirar nada de la masa. Lo mismo puede decirse respecto de un pueblo.

Respuesta: Si el tal pueblo no puede retirar nada de la masa, tampoco habrá puesto nada en ella: trabajará por sí y para sí; y llevará consigo la pena que los demas le habrán impuesto en su consecuencia: á saber, el *aislamiento*.

He aquí el ideal del régimen prohibitivo.

¿Y no es hasta ridículo que la proteccion sostenga tenazmente este régimen, procurando encerrar y adormecer dentro de sus límites á los pueblos, temiendo que un dia acaso conozcan el daño, se revelen y emancipen? Mas que ridícula, es capciosa semejante idea.





## SOFISMA XVI.

### **La intercepcion de los rios sostenida por los prohibicionistas.**

Hace algunos años que, hallándome en Madrid, quise presenciar las sesiones de córtes. Casualmente se discutia entonces un tratado con el Portugal sobre mejorar el aprovechamiento del Duero. Un diputado se hace oír, y dice:—Si estuviese canalizado este rio, seguramente que saldrían mas baratos los trasportes. Los granos portugueses entrarían entonces en concurrencia con los de Castilla, de una manera funesta á nuestro *trabajo nacional*. Rechazo pues el proyecto; á menos que los señores ministros se comprometan á subir los aranceles de aduanas en términos que se restablezca el equilibrio de los precios.—La asamblea encontró sin réplica el argumento.

Tres meses despues hallándome en Lisboa, se agitaba la misma cuestion en el Senado. Un noble hidalgo decia: Senhor presidente, el proyecto es absurdo. Se apostan guardas en toda la

línea del Duero, á espensas de enormes gastos, para impedir la introduccion en Portugal de los granos castellanos, á la vez que por otras vias y con iguales gastos se quiere facilitar esta invasion. Yo no puedo asociarme á semejante inconsecuencia. Que el Duero pase á nuestros hijos tal como nos le han dejado nuestros padres.

Mas tarde tratose de mejorar el Garona y entonces, recogiendo en mi memoria la ilustrada doctrina de los oradores ibéricos, me decia para mi capote: Si los diputados de Tolosa fuesen tan buenos economistas como el de Palencia, y los de Burdeos tan escelentes lógicos como el de Oporto, seguramente que el Garona se le dejaria

dormir al dulce murmullo de su álveo ondulante, por temor de que su canalizacion favoreciese la *invasion* de los productos tolosinos en perjuicio de los bordeleses y viceversa.

## SOFISMA XVII.

### **Un camino de hierro negativo.**

He dicho ya otra vez que cuando desgraciadamente se miran las cosas por lo que tan solo interesa al productor, no es posible dejar de lastimar el interés general, puesto que el productor, en calidad de tal, lo que quiere son esfuerzos, necesidades y obstáculos.

Y á propósito de esto, citaré un ejemplo remarkable de un Diario de Burdeos.

Mr. Simiot establece la cuestion siguiente:

¿El camino de hierro de París á España debe ofrecer una solucion de continuidad en favor de la ciudad de Burdeos?

Entre la multitud de razones que aduce para resolverla afirmativamente, tan solo me ocuparé de la siguiente:

«Seria de desear que el ferro-carril de París á Bayona se desuniese en Burdeos por una laguna, á favor de la cual, tanto las mercancías como los

viageros hubiesen de hacer alto en esta plaza, dando que ganar á los barqueros, acarreadores, comisionistas, fondistas, etc.

En semejante proposicion es visto que se pretenden todavia preferir los intereses de los agentes del trabajo á los de los consumidores.

Pero entendámonos; si las ganancias de Burdeos, respecto al camino de hierro, han de librarse de la laguna que separa sus carriles y esto es conforme al interés público, la misma interrupcion por lagunas reclamarán Angulema, Poitiers, Tours, Orleans, y á su vez todos los demás puntos del tránsito de mas ó menos importancia, Ruffec, Chatellerault, etc. etc., lo cual será por identidad de razon favorable al interés general, al bien entendido interés del trabajo nacional, pues que, multiplicándose las lagunas, se multiplicarán proporcionalmente las consignaciones, comisiones y trasbordos en toda la linea. Con tal sistema, indudablemente vendríamos á tener un camino de hierro compuesto de lagunas sucesivas, *un camino de hierro negativo*.

Que asi lo quieran ó no los señores protecciónistas, no por eso es menos cierto que el principio de la restriccion es igual al principio de las lagunas; el consumidor sacrificado al productor; el fin al medio.



## SOFISMA XVIII.

### **No hay principios absolutos.**

Cada día se admira uno mas de la facilidad con que los hombres se resignan á ignorar aquello que mas les importa, y no es menos cierto que están decididos á adormecerse en su ignorancia cuando llegan á proclamar este axioma: No hay principios absolutos.

Entrad en el recinto legislativo. Allí se hace cuestion de si deben prohibirse ó franquearse los cambios internacionales.

Un diputado se levanta y dice:

Si tolerais estos cambios, el extranjero os inundará con sus productos; el ingles de tegidos, el belga de carbon mineral, el español de lanas, el italiano de sedas, el suizo de ganados, el sueco de hierros, el prusiano de granos; en términos que industria alguna será posible entre nosotros.

Otro responde:

Si prohibís estos cambios no espereis que os sirvan de nada los diferentes beneficios que la naturaleza ha prodigado á cada clima, porque serán para vosotros como si no existieran. No participareis de la habilidad mecánica de los ingleses, de la riqueza minera de los belgas, de la fertilidad del sol polaco, de la fecundidad de los pastos suizos, de la abundancia de brazos españoles, del calor del clima italiano; y por consecuencia, habreis de obtener por una produccion rebelde aquello que el cambio os permitiria de una produccion facil.

De estos dos diputados, por fuerza que uno ha de ser el engañado.—¿Cuál será?—Bien merece la pena de averiguarse antes que partir solamente de opiniones. Teneis enfrente dos caminos, de los cuales uno conduce necesariamente á la *miseria*, y es preciso elegir.

Dícese por lo regular para salir de apuros: No hay principios absolutos.

Semejante axioma puede estar en moda, puede sonreir á la pereza; pero puede tambien estar sostenido por la ambicion.

Si llegase á prevalecer la teoría prohibitiva, ó si por el contrario triunfase la doctrina de la libertad, bastaba una muy lacónica ley para constituir nuestro código económico. En el primer caso mandaria, *seá prohibido todo cambio exterior*,—y en el segundo, *seá libre todo cambio con el extranjero*; y es bien seguro que entonces

perderian de su importancia gran número de altos personajes.

Pero, si el cambio carece de una naturaleza que le sea propia; si no se gobierna por ninguna ley natural; si es indistintamente útil ó funesta; si no encuentra su incentivo en el bien que hace y sus límites en el bien que deja de hacer; si no pueden ser apreciados sus efectos por lo que ejecuta; en una palabra, si no se apoya en principios absolutos; ¡oh! entonces será preciso intervenir, equilibrar, reglamentar las transacciones; será preciso igualar las condiciones del trabajo; buscar la nivelacion de ganancias, tarea colosal, propia para aquellos que viven fascinando con semejantes paparruchas, á espensas de grandes sueldos y cultivando altas influencias.

Me decia á mi mismo entrando en Paris en cierta ocasion que fui á visitarlo: Aqui dentro hay un millon de seres humanos que perecian seguramente en pocos dias, sino afluyesen hácia tan vasta metrópoli bastimentos de todos géneros. La imaginacion se asombra al considerar la multitud inmensa de objetos que deben entrar mañana por sus puertas, sopena de que se estinga la vida de sus habitantes entre los horrores del hambre, de los tumultos y del pillage. Y no obstante, todos duermen en este momento, sin que la idea de tan espantosa perspectiva turbe ni un instante su sueño pacífico. Por otra parte, ochen-

ta departamentos han ocupado el dia de hoy en preparar la provision de Paris, pero sin convenirse previamente, sin concertarse y sin entenderse. ¿Cómo recala diariamente sobre este gigantesco mercado precisamente lo que necesita, ni nada mas, ni nada menos? ¿Quién es pues esa ingeniosa y secreta providencia que preside la pasmosa regularidad de movimientos tan complicados; regularidad á la que no hay uno que no se abandone con fé sincera y confiada, por mas que de ella dependa el bienestar y la vida? Nadie habrá tan iluso que deje de conocer que este poder es *un principio absoluto*, el principio de la libertad de las transacciones. Nosotros tenemos fé en esta luz íntima que la Providencia ha inculcado en el corazon de los hombres; fé, á la cual está confiada la conservacion y progreso indefinido de nuestra especie; *interés*, pues que es preciso darle su verdadero nombre, tan activo, tan vijilante, tan previsor, cuanta sea la libertad de su accion. ¿Qué sería de vosotros, habitantes de Paris, si á un ministro, por superiores dotes que se le atribuyan, quisiera sustituir á esta providencia, que tambien la hemos llamado poder, las combinaciones de su genio? ¿si se propusiese subordinar á su direccion suprema tan prodigioso mecanismo; reunir todos los resortes en sus manos; decidir como, cuando y con que condiciones debe producirse cada objeto, trasportarse, cambiarse y consumirse? ¡Oh



Paris, Paris! que de sufrimientos conturbarian tu recinto: la miseria, la desesperacion y acaso, acaso la inanicion harian derramar tantas lágrimas que no pudiesen ser enjugadas por la mas ardiente caridad: es probable, es seguro, me atrevo á decir, que la intervencion arbitraria del gobierno multiplicaria hasta lo infinito vuestro dolor y derramaria sobre vosotros todos los males de que ahora no son víctimas mas que algunos de vuestros conciudadanos en muy corto número.

Ahora bien, esta fé segura que tenemos en un principio, cuando se trata de transacciones interiores ¿por que no la hacemos estensiva al mismo principio, aplicado á nuestras transacciones internacionales, indudablemente menos numerosas, menos delicadas y menos complicadas? Y si no es preciso que la prefectura de Paris reglamente nuestras industrias, intervenga en los cambios, las ganancias y las pérdidas; se preocupe respecto de la estincion del numerario; trate de igualar las condiciones del trabajo en el comercio interior ¿por que se pretende que las aduanas, estralimitando su mision, ejerzan una accion protectora sobre nuestro comercio exterior?

No se tiene en cuenta una cosa; y es que semejante dependencia hija de los cambios y de las transacciones comerciales es una dependencia reciproca. Nosotros no podemos depender del extranjero sin que el extranjero dependa de nosotros.

:

Paris, París! que de sufrimientos conllevaban la  
tecnología, la minería, la desesportación y acaso, nes-  
so la inacción harían deturbar las laceraciones que  
no pudieran ser enjuagadas por la mas ardiente  
caridad: es probable, es seguro, me atrevo a  
decir, que la intervención arbitraria del gobier-  
no multiplicaría hasta lo infinito vuestro dolor y  
dormirais sobre vosotros todos los males de que  
ahora no son víctimas mas que algunos de vues-  
tros conciudadanos en muy corto numero.  
Ahora bien, esta es la seguridad que tenemos en  
un principio, cuando se trata de transacciones in-  
ternas, por que no la hacemos estensiva al mis-  
mo principio, aplicado a nuestras transacciones  
internacionales, indudablemente menos nume-  
rosas, menos delicadas y menos complicadas. Y  
si no es preciso que la prefectura de París regu-  
mente nuestras industrias, intervenga en los  
cambios, las ganancias y las pérdidas; se preo-  
cupa respecto de la estimación del numerario; trata  
de igualar las condiciones del trabajo en el co-  
mercio interior; por que se pretende que las  
aduanas, estreñiendo su acción, ejercen una  
acción protectora sobre nuestro comercio ex-  
terior? ¿se asociaríamos al papel comercial sin  
necesidad de aminorar sus efectos? ¿se asociaríamos  
a la ley; o, como al menos se ha tratado de hacer,  
aduanas, como al menos se ha tratado de hacer,  
abandonaríamos cada uno de sus efectos? ¿se  
asociaríamos a su ley, a su ley, a su ley?

## SOFISMA XIX.

### **Independencia nacional,**

Entre los argumentos aducidos en favor del régimen restrictivo, no hay que olvidar el que se hace con esta frase ¡*Independencia nacional!*

¿Qué sería de nosotros, se dice, en caso de guerra, si nos pusiéramos bajo la dependencia de la Inglaterra en cuanto á hierros y carbon de piedra?

Por su parte, los monopolistas ingleses no cesan de esclamar tambien:

¿Hasta donde pudiera comprometerse nuestro pais en tiempo de guerra, si en la paz se acostumbra á depender de la Francia respecto de los alimentos?

No se tiene en cuenta una cosa; y es que semejante dependencia hija de los cambios y de las transacciones comerciales es una dependencia *reciproca*. Nosotros no podemos depender del extranjero sin que el extranjero dependa de noso-

tros. Tal es la esencia de la *sociedad*. Romper sus relaciones naturales, no es procurarse un estado de independencia sino de aislamiento.

Y es de advertir, que el solo presentimiento de guerra causa aislamiento; pero el acto de aislarse es un síntoma agresivo, una actitud de guerra incipiente. Que no exista aquel, y la guerra será mas justificable, menos onerosa y por lo tanto mas popular. Que haya franquicia permanente entre pueblos y pueblos: que no puedan romperse sus relaciones sin que se les imponga la doble pena de la privacion y el impedimento; y no tendrán necesidad de esas poderosas escuadras que los arruinan, y esos grandes ejércitos que los aniquilan: no comprometerán la paz del mundo los caprichos de un Thiers ó de un Palmerston; y la guerra huirá de los pueblos que no la alimentan, ni con recursos, ni con pretextos, ni con hablillas, ni con simpatías.

Conozco muy bien que se me reprochará (tal es la moda) el pensamiento de instituir la confraternidad de los pueblos sobre la base del interés, del vil y prosáico interes. ¡Mas valdria, si, que tuviese su asiento en la caridad y en el amor: que hubiese algo mas de abnegacion, y que prescindiéndose de los goces materiales, tuviesen lugar sacrificios generosos.

¡Eh!... Cuando acabaremos con tan pueriles declamaciones? ¿Cuando proscribiremos la gazoñería de la ciencia? ¿Cuando cesarán esas con-



tradicciones náuseabundas entre lo que decimos y lo que obramos?— Lo que hay de cierto, es que nosotros anhelamos y buscamos el *interés*, ó lo que es igual la utilidad, el bien; y cuando esto se dice, entiéndase respecto de los pueblos en general, puesto que en tanto están interesados en una cosa, en cuanto ella es buena en sí misma; y entiéndase tambien que el interés es el móvil necesario, eterno, indestructible, al que ha confiado la providencia la perfectibilidad humana. ¿Será que aspiremos por desinteresados al engañoso título de ángeles? ¿Y se cree acaso que no empieza el público á mirar con disgusto que semejante lenguaje hipócrita manche ciertos escritos que son precisamente los que se le hacen pagar mas caros? ¡Oh afectacion, afectacion; esta es verdaderamente la enfermedad del siglo! ¡Que! porque la paz y el bienestar sean cosas correlativas y porque plugo á Dios instituir esa bella armonia en el mundo moral ¿no quieren ustedes que yo admire, que adore sus decretos, ni acepte con gratitud las leyes que hacen de la justicia la primera condicion de la dicha? ¿ustedes no quieren la paz, mas que en cuanto aleja el bienestar, y la libertad les molesta porque no les impone sacrificios? Y si la abnegacion tiene para ustedes tantos encantos ¿por que razon no la adoptan en sus actos privados? La sociedad entonces viviria á ustedes indudablemente reconocida, porque siquiera alguno recogeria el fruto. Pero

pretender imponerla á la humanidad como principio, es el mas solemne absurdo: la abnegacion de todos es el sacrificio de todos, y esto equivaldria á erigir el mal en teoría.

Pero, gracias á Dios, bien pueden hablarse, escribirse y leerse muchas de estas declamaciones, sin peligro de que el mundo deje de obedecer sus instintos, que no son otros, *velis, notis*, que el *interés*.

Despues todo ¿puede darse cosa mas rara que oir invocar sentimientos de la mas sublime abnegacion á la sombra de la mas escandalosa espoliacion? ¡He aqui pues en que viene á parar tan pomposo desinterés! Esos señores tan poéticamente delicados que rehusan la paz si hade obtenerse, dicen, á precio del vil *interés*, son los primeros á meter la mano en la bolsa de otro, y sobre todo en la del pobre; porque ¿cuales artículos de los aranceles protegen al pobre...?

Vamos claros; ustedes, señores, dispongan como gusten de aquello que les pertenece; pero, por Dios que nos dejen á nosotros tambien disponer de lo nuestro, del fruto de nuestro sudor. Ustedes declamen cuanto quieran, y por cierto que será conveniente, sobre el caritativo sacrificio que debe hacer uno de sí mismo; pero al propio tiempo den ustedes el ejemplo.

## SOFISMA XX.

### **Trabajo humano, trabajo nacional.**

Destruir las máquinas, — rechazar las mercancías extranjeras; — dos actos que proceden de la misma doctrina.

Se ven gentes que se entusiasman al anuncio de una grande invencion; mientras que por otro lado aparecen acérrimos secuaces del régimen protector. — Son por cierto bien inconsecuentes.

¿Qué reprochar á la libertad de comercio? — No otra cosa, sino que se anticipen los extranjeros, mas hábiles ó mejor situados que nosotros, á elaborar ciertos objetos que pudiéramos producir en nuestro país. En una palabra, se la acusa de perjudicar al *trabajo nacional*.

En el propio sentido ¿no deberían reprochar las máquinas que suplen á nuestros brazos obreros, mediante los agentes naturales que hacen servir de elementos al objeto de la mas barata y perfecta produccion, siendo por consecuencia perjudiciales al *trabajo humano*?

El obrero extranjero, en mejor situacion que el obrero frances, es comparativamente á este una verdadera *máquina económica*, que le enagena su concurrencia.—En el propio sentido; una máquina que ejecuta una operacion á menor precio que un determinado número de brazos, es relativamente á estos un verdadero *concurrente extranjero*, que le paraliza por su rivalidad.

Ahora pues, si es oportuno proteger el *trabajo nacional* contra la concurrencia del *trabajo extranjero*, lo será en los mismos términos amparar el *trabajo humano* contra la rivalidad del *trabajo mecánico*.

De este modo cualquiera partidario del sistema protector y que tenga algun entendimiento, no debe vacilar en adherirse á la prohibicion de los productos extranjeros. Todavia mas; debe desear que se proscriban el telar y el arado.

Y he aqui porque me inclino mucho mejor á la lógica de aquellos que, declamando contra la *invasion* de mercancías exóticas, tienen por lo menos el valor de increpar el *esceso de produccion* debido á la poderosa é inagotable inventiva del genio.

Tal es M. de Saint-Chamans. «Uno de los mas fuertes argumentos, dice, contra la libertad de comercio es el escesivo empleo de máquinas, lo que ocasiona la desocupacion de muchos operarios, bien porque la concurrencia extranjera triunfa sobre nuestras manufacturas, bien porque



los instrumentos sustituyen al hombre en los talleres.» (*Du système d'impôts*: pag. 438.)

M. de Saint-Chamans ha examinado perfectamente la analogía, mejor dicho, la identidad que existe entre las *importaciones* y las *máquinas*, razón por la cual pretende proscribir unas y otras; y verdaderamente que es lisonjero tener que habérselas con argumenti stas intrépidos que todavía en el error, conducen hasta el fin sus raciocinios.

Pero, no cuentan con las dificultades.

Si fuese cierto, *á priori*, que el dominio de la *invencion* y el del *trabajo* no pudiera prevalecer mas que á espensas uno de otro, en ninguna parte habria menos obreros que en el pais donde abundaran las *máquinas*, como por ejemplo en el Lancastre. Y si por el contrario se prueba *de hecho* que las máquinas y la mano de obra coexisten en mayores proporciones entre los pueblos ricos que entre los salvages, necesariamente vendremos á concluir en que de modo alguno son incompatibles estos dos poderes.

Yo no puedo concebir como nadie que tenga sentido comun permanezca tranquilo enfrente de este dilema.

O bien las invenciones del hombre no perjudican su trabajo como lo atestiguan los hechos generales, puesto que hay muchos mas de entrambos entre los ingleses y franceses, que entre los hurones é iroqueses, en cuyo caso voy por mal camino, sin que alcance ni como ni cuando

me he extraviado, y cometeria un crimen de lesa-humanidad si introdujera mi error en la legislacion de mi pais:

O bien los descubrimientos del genio limitan el trabajo de brazos, como parecen indicarlo los hechos particulares, pues que observo diariamente que una máquina sustituye á veinte ó cien trabajadores, y entonces me veo obligado á sostener una constante y eterna antítesis entre los poderes intelectual y físico del hombre; entre su progreso y su bienestar, lo cual me conduce á creer que el autor de este debiera haberle conferido una de las dos facultades, ó la razon, ó los brazos; ó la fuerza moral ó la brutal; pero nunca crear un ente ridículo y sañudo para consigo mismo, dotándolo de facultades que se oponen, que se destruyen entre sí.

A la vista teneis la dificultad. ¿Quereis saber como se vence? Por este singular apotegma.

*En economía política no hay principios absolutos.*

Lo que en language inteligible y vulgar, quiere decir:

«Yo no distingo lo verdadero y lo falso: ignoro lo que constituye el bien y el mal general. Pero tampoco me tomo cuidados por ello. De lo único que me ocupo, es de la ley por la que mido los efectos inmediatos de mi bienestar.»

¡Que no hay principios! Es tanto como si dijeran ustedes,—no existen hechos;—pues que los

principios no son otra cosa que ciertas fórmulas en las cuales se reasume todo un orden de hechos bien justificados.

Las máquinas y las importaciones es indudable que producen sus efectos, y lo es igualmente que estos son buenos ó malos. Bajo tal aspecto bien puede existir diferencia de opiniones; pero cualquiera que sea la que se adopte, tiene que formularse por uno de estos dos *principios*: Las máquinas son un bien, —ó— las máquinas son un mal. Las importaciones son favorables, —ó— las importaciones son dañosas.— Pero proclamar: *No hay principios*, es ciertamente el último grado de obcecación á que ha podido descender el espíritu del hombre; y lo confieso francamente, me avergüenzo por mi mismo y por mi país, cuando se profiere tan monstruosa heregía á la faz de las cámaras francesas y con su asentimiento; ó lo que es igual á la faz y con el asentimiento de lo mas selecto de nuestros conciudadanos. Y todo esto ¿porqué?—Para justificar la institución de las leyes que nos imponen con absoluta ignorancia de causa.

Finalmente, se me dirá; destruya usted el *sofisma*. Pruebe usted que las máquinas no perjudican al *trabajo humano*, ni las importaciones al *trabajo nacional*.

Las demostraciones en obras de la naturaleza de la presente, ni vienen bien, ni cabe ser completas. Mi objeto es mas bien apuntar dificulta-

des, que resolverlas; escitar la reflexion mas bien que satisfacerla. La conviccion mas profunda que alcanza el entendimiento es aquella que nace de su propio trabajo. Esto no obstante, ensayaré algunas pruebas.

Los adversarios de las importaciones y de las máquinas se fascinan, porque no las juzgan mas que por sus efectos inmediatos y transitorios, en lugar de formular un examen completo que conduzca hasta las consecuencias generales y definitivas.

El efecto primero de una máquina ingeniosa es invalidar por un resultado dado cierta cantidad de mano de obra. Pero este no es motivo que impida su adopcion.

Por lo mismo que se obtiene este resultado dado con menos esfuerzos, el público lo recibirá á menos precio; y la suma de ahorros por esta causa acumulados por los compradores en general, les sirve asimismo para procurarse otras satisfacciones; esto es, para alentar la mano de obra en general, precisamente con la cantidad sustraída de la mano de obra en particular, respectiva á la industria recientemente perfeccionada. En términos que el equilibrio del trabajo se sostiene, á la vez que crece la suma de satisfacciones.

Hagamos perceptible por un ejemplo este conjunto de efectos.

Supongo que se consuman en Francia diez



millones de sombreros á 15 fr. uno, lo cual ofrece á la industria sombrerera un entretenimiento de 150 millones.—Se inventa una máquina que permite su venta á 10 fr.—Queda reducido el entretenimiento de esta industria á 100 millones, dado que no aumente el consumo. No se crea por eso que los 50 millones restantes se sustraigan al *trabajo humano*. Economizados por los compradores de sombreros, les servirán para satisfacer otras necesidades y por consecuencia para remunerar por otro lado el conjunto de la industria. Con sus cinco francos de ahorro comprará Juan un par de zapatos, Santiago un libro, Gerónimo un mueble etc. Tomado en masa el trabajo humano, continuará entretenido hasta la altura de los 150 millones, y de esta suma resultará el mismo número de sombreros, mas todas las satisfacciones correspondientes á los 50 millones que la máquina habrá economizado; satisfacciones que vienen á ser el precio exacto que la Francia habrá obtenido de la invencion; don gratuito, tributo que el génio del hombre habrá impuesto á la naturaleza.—No desconocemos que durante el curso de la trasformacion, habrá quedado *vacante* cierta cantidad de trabajo; pero no convenimos en que haya sido destruido ni tampoco disminuido.

En el propio caso se encuentran las importaciones. Reproduzcamos la hipótesis.

La Francia fabricaba diez millones de som-

breros á precio industrial de 15 francos, en tanto que el extranjero invadió nuestro mercado surtiéndonos de sombreros á diez francos.— Digo y repito que el *trabajo nacional* en nada disminuyera.

Deberá producir hasta la altura de los cien millones que cuentan los sombreros á diez francos uno.

Y despues de esto, quedarán á cada comprador cinco francos de ahorro por sombrero, total cincuenta millones, con los que se proveerá á nuevos goces, esto es, á otros trabajos.

Luego será la misma que era la masa de trabajo; y los goces suplementarios, representados por cincuenta millones de economía sobre los sombreros, formarán la ganancia neta de la importacion ó de la libertad de comercio.

No nos vengán pues asustando con esos cuadros lamentables que, en esta hipótesis acompañarian á las vacaciones del trabajo.

Porque, si no hubiera existido nunca la prohibicion, tampoco hubiesen tenido lugar semejantes clasificaciones del trabajo, subordinando á las leyes de cambio, ni menos se hubiese sentido su desaucio.

Por el contrario, si la prohibicion ha establecido estas clasificaciones artificiales é improductivas, ella es y no la libertad la responsable del desaucio inevitable en la transicion del mal al bien.

A menos que se pretenda conservar abusos,

porque no puedan destruirse sin lastimar las usuras de los que los benefician, en cuyo caso bastará que existan un momento, para que hayan de durar por siempre y para siempre.

---

**Nota del traductor.** Delicado es por demas el punto de la reforma indicada en este capítulo, tanto que puede reputarse el principal escollo donde naufragan los economistas.

No basta que sea un hecho innegable la conveniencia de las máquinas en el gran laboratorio industrial, que lo sean igualmente las ventajas de la libre importacion con las prudentes precauciones que aconsejan la moralidad, la salud y aun si se quiere la industria indigena: no basta que se impute á la proteccion la culpa de haber creado y sostener todavía los inconvenientes que constituyen el precedente sofisma, en lo cual tambien influyera poderosamente la ignorancia de los tiempos: no basta finalmente que los abolicionistas, declinando toda su responsabilidad en el asunto, reclamen el instantáneo restablecimiento de la justicia de su principio; principio justo que invoca Mr. Bastiat con su habitual sagacidad en favor de los pueblos.

En esta parte fuera absurdo disputarle el dominio de su humanitaria y saludable creencia.

Mas contra la justicia del principio, bajo la hipótesis sentada de su triunfo y aplicacion próximos, se levantarían cruzadas de obreros, fabricantes y propietarios, pidiendo el *respeto de sus derechos* adquiridos bajo el amparo de leyes positivas, erróneas ó no erróneas, justas ó injustas, pero instituidas con las fórmulas que garantizan estos mismos derechos. El jornalero desalojado por una máquina pediría hambriento el pan que antes obtenía á favor de la ley protectora: el fabricante y el propietario la restitution de sus fondos perdidos y de sus fincas desestimadas. Una conflagracion económica seria el fruto de semejante medida dictada con tal precipitacion, corroborado este presentimiento por la espe-

riencia de cien sucesos que escribe con sangre la historia pasada y la historia presente, sucesos todavía mas funestos por las reminiscencias é incredulidad que dejan en el ánimo y que cuando menos retardan las reformas que fueran eficaces, si se encaminasen con mejor acuerdo.

Cuando se disuelve un ejército sin la precauciones convenientes ¿qué acontece?—Que los soldados se desbandan y roban y talan y matan.—¿Y es menos respetable la disolución de los talleres en que multitud de brazos humanos son reemplazados por potentes artificios mecánicos? ¿es menos respetable la quiebra de algunos fabricantes que no pueden concurrir con sus manufacturas á la competencia de las de su clase, importadas del extranjero libres de impuestos? ¿es menos respetable la consideracion que merece la agricultura indígena, en competencia con la de otros países, cuyos frutos puedan ofrecerse mucho mas baratos?

En cuanto á este último punto, bien puede vanagloriarse la España de poseer una sábia ley de cereales (29 enero 1834), debida á la conocida ilustracion del Sr. Búrgos, administrador preclaro, mediante la cual, sin escluir de un modo absoluto la concurrencia estrangera, garantiza bastante nuestro trabajo agrícola, conciliándolo prudentemente con las atenciones del consumo.

Pudiera suceder no obstante que á la vuelta de veinte, cincuenta ó cien años ya no satisfaciese esta ley tan cumplidamente las exigencias económicas del país, y que en su consecuencia fuese preciso reducir el precio máximo de 70 reales que fija á la fanega de trigo en nuestros mercados y 110 al quintal de harina como reguladores de los demas frutos para poder admitirse los estrangeros; ó que adelantando mas el pensamiento, debiera abolirse completamente en virtud de las mejoras en los procedimientos de la labranza, medios de trasporte y demas elementos de ahorro. Tambien se hace cargo de esta prevision la citada ley; prevision que probablemente pasará á ser cuestion de nuestros hijos; y ojalá que puedan resolverla en sentido de la absoluta libertad que preconiza el autor de los sofismas!

En los tiempos actuales en que el cultivo de nuestros



campos funda uno de los principales y mas sólidos ramos de la produccion nacional, entreteniendo la mayoría de los habitantes en calidad de propietarios y colonos, fuera por lo menos muy aventurado esponerlos al abandono, permitiendo que la absoluta libertad atrajese á nuestro litoral los trigos de Odesa, griegos y berberiscos, á cuya baratura no han llegado todavia los nuestros, no porque para lograrlo hayamos de retroceder al estado de incivilidad en que aquellos paises se encuentran, sino porque, rodeados de cuantas necesidades enjendra la civilizacion que se ha hecho ya familiar entre nosotros, carecemos todavia de los elementos materiales de satisfacer aquellas con pocos esfuerzos.

Mas claro; el trabajo y por consecuencia el precio de las cosas que entre los pueblos rudos se obtiene á bajos precios por razon de sus hábitos morigerados ó de su idiotismo, en los pueblos cuyas necesidades son mayores tiene que suplir el arte lo que aumenta la civilizacion, si ha de alcanzar baratura. Cuando los capitales abunden entre nosotros, cuando esten mejor distribuidos, cuando se conozcan bien las máquinas, y se hayan facilitado las vias de transporte, y no abrumen tanto los impuestos, y no se protejan con preferencia estas ó aquellas industrias, y la de los campos ofrezca mas alicientes á la vida económica y doméstica, y tengamos mas habilidad para dar reputacion á nuestros incomparables frutos, como lo hacen por egemplo los industriosos franceses con sus endebles vinos, y sobre todo cuando las leyes, los hombres y nuestro gobierno ofrezcan mas garantías de estabilidad y respeto á las personas y á la propiedad; entonces los granos cultivados, trasportados y cambiados infaliblemente á bastante menos precio, podrán resistir la libre concurrencia, llevándola ademas, no ya á territorios comarcanos, sino á remotos paises donde carezcan de tan preciosos dones, cuyo mérito no apreciamos acaso en lo que valen.

Entretanto, conservemos siquiera como medida *especial y transitoria* esa ligerísima proteccion que nuestra ley de cereales consagra á la agricultura, ni tan rigurosa que cause agravios visibles, ni tan inconveniente

que no sean notorios los buenos oficios que presta.

Supongamos por un momento que en virtud de la absoluta é instantánea franquicia hubiesen de retirarse del cultivo, segun las leyes eternas de la economía especulativa y práctica, multitud de capitalistas y obreros: ¿No es evidente que sobrevendrian las conflagraciones de unos y otros que acabamos de indicar, estos pidiendo trabajo y aquellos restituciones? Todo lo mejor que puede librar un pais en casos tales, es que aquellos à quienes haya hecho desgraciados, prefieran al furor de los motines, la resignacion de la miseria, de la muerte ó de la espatriacion. ¿Y es por ventura menos afflictivo semejante resultado?

Ya se habrá entendido que al escoger nuestra industria agrícola para bosquejar estos cuadros, no hemos tenido otra razon que la de ser la predominante en España, absorbiendo ella sola la mayor parte de los capitales, y de la poblacion; en los mismos términos que si fuéramos belgas ó ingleses elejiríamos el ramo manufacturero. Por lo demás, las mismas reglas científicas y humanitarias que presiden en una, presiden en las demas profesiones por lo que á la economía toca, con la sola diferencia de ser en mayor ó menor escala y de ocasionar mas ó menos calamidades.

En el último decenio hemos visto erigir en el pais bastantes fábricas de papel continuo bajo la garantia de los impuestos de aduana á la importacion de igual género extranjero. Pues bien; suprimanse estos impuestos sin precaucion alguna, sorprendiendo á los fabricantes; y la quiebra de la industria papelera será el resultado infalible de semejante medida; quiebra que seria muy dolorosa porque alcanzára á cincuenta, cien ó mil familias, pero que lo seria mucho mas si se comprometiesen dos, cuatro ú ocho millones de personas empeñadas en la agricultura.

En todo caso, la opinion del que esto escribe, conforme casi completamente con la emitida por Mr. Bastiat en el prólogo de los sofismas, y mas latamente espuesta en la *Economía fiscal*, repetidas veces citada, es que cuando circunstancias particulares y muy poderosas aconsejen la restriccion de productos extranjeros, se conceptue esta disposi-

cion como *escepcional y transitoria*, y que no puedan esceder los impuestos protectores del 10 por 100 del valor del producto; entendiéndose por supuesto escluidos y de todo punto prohibidos los artículos contrarios á la moralidad, á la salud y á otras razones de conveniencia sobre que descansa la Sociedad. Esta regla se establece para regir en lo sucesivo.

Ademas el lector no habrá olvidado lo que acerca del asunto queda dicho en otra nota al primer sofisma (*pág. 21*). Lo que allí se manifestó respecto á rebajas graduales de impuestos y á los prudentes aplazamientos que exigen las reformas, anunciados con la anticipacion y publicidad convenientes para que nadie en su dia pueda alegar ignorancia ni agravio, debe tenerse por reproducido aqui, donde mas particularmente tiene aplicacion aquella doctrina.

Pero no es esto bastante aun. La ley puede pasar mas allá con su prevision y solicitud en beneficio de las clases menesterosas y en favor tambien de la tranquilidad y seguridad amenazada, cuando tiene lugar una de esas reformas mecánicas y administrativas á que se refiere el sofisma que comentamos. Las cajas de ahorros acomodadas á las circunstancias especiales de los respectivos paises ó industrias, de las cuales es un digno modelo la instituida en Madrid para objetos análogos, son un excelente recurso para que los pobres llamados á depender perpetuamente de las escasas utilidades de la mano de obra, acudan á ellas semanalmente con una parte de su haber, acumulando insensiblemente un fondo de que pueden ampararse en los criticos momentos de desauicio, y en cuya operacion de previsora beneficencia pudiera darse alguna intervencion y aun si se quiere imponérsela como obligatoria á los empresarios fabricantes, terratenientes etc.

¿Y no fuera posible perfeccionar de tal modo esta parte de la policia industrial, que llegásemos á conseguir una alianza estrecha entre empresarios y obreros, instituyendo el medio de que estos obtasen segun sus años y méritos á la participacion de ganancias en los productos á cuya elaboracion tan eficazmente cooperan, saliendo gradualmente de la humilde y precaria condicion de proletarios para ele-

varse á la mas noble de consocios, pasando por todas las escalas que la razon y la Sociedad prescriben al que alcanza en su seno un puesto, adquirido con la aplicacion, la virtud y la inteligencia? ¡Ah, que todavia vislumbramos á gran distancia este suceso, no obstante las semillas que almas buenas han sembrado ya para recoger un dia su excelente y saludable fruto!

Aparte de esto, el trabajador del campo como los de las ciudades tienen derecho en principios de justicia universal á esperar de la Sociedad á que pertenecen y á quien sirven siquiera un pan con que alimentarse durante aquellos momentos de inesperadas vacaciones; y el gobierno, representante y supremo administrador de los intereses y necesidades del procomunal, á la par que juez vigilante del bienestar de todas y cada una de las clases que lo obedecen, solo recibe esta consideracion en cuanto respeta y atiende estos mismos derechos y obligaciones á que se constituye con sus subordinados.

Bajo el supuesto pues de que una de sus principales atenciones es aliviar la miseria y toda clase de calamidades públicas; considerada asi una de esas innovaciones mecánicas que, cual las reformas administrativas de cierta clase, agitan y comprometen á determinadas personas, no parece que se ofrezcan graves inconvenientes en socorrerlas por de pronto á expensas de la comunidad, que en casos tales la esperiencia tiene demostrado que se presta gustosa á ello. Y entiéndase que solamente ha podido aplicarse á este caso la palabra calamidad, como si tal llamásemos á la copiosa nevada que no presenta por momentos el cuadro de la desolacion y aparente muerte de la naturaleza, sino para reju venecer muy pronto, brotando fecundidad y abundancia.

Despues de todo, preciso es que el lector se muestre indulgente con la difusion tal vez molesta á que la importancia de estas materias nos ha conducido en la presente nota. Recomendamos finalmente la necesaria circunspeccion que en deliberaciones de este orden deben guardar estadistas y administradores, economistas y legisladores.



---

## SOFISMA XXI.

### **Primeras materias.**

Suele decirse: no hay comercio mas ventajoso que aquel que se hace cambiando objetos fabricados por primeras materias, puesto que con estas se alimenta el *trabajo nacional*:

De donde sacan esta consecuencia:

La mejor ley de aduanas será aquella que á la par que facilite hasta el mas alto grado la importacion de *primeras materias*, oponga los mayores obstáculos á la de objetos elaborados.

No hay en economía política un sofisma mas admitido que este. No solamente hace el gasto en la escuela proteccionista, sino tambien y mas que en ninguna otra entre los afiliados en la pretendida escuela liberal, lo cual es para mi y para los que como yo piensen muy sensible, porque lo que tiene de peor una buena causa, no es tanto el que se la ataque en regla, como el no hallarse bien defendida.

Probablemente la libertad comercial sufrirá la misma suerte que todas las libertades; á saber, que no se haga lugar en la legislacion, sino despues de haberse apoderado de la opinion. Si es cierto que para establecerse sólidamente una reforma, es necerario que emane, que la autorice y sancione préviamente la opinion; la consecuencia será que nada puede retardarla tanto como el extravio de esta misma opinion. ¿Y que puede acusarla mas eficazmente que esos escritos donde se reclama la libertad, fundándose en las doctrinas del monopolio?

Hace algunos años que tres ciudades de Francia, Lion, Burdeos y el Havre, tuvieron proyectos contra el régimen restrictivo, á cuyo solo anuncio se alborotó el pais y la Europa entera, creyendo ya erigida la tan deseada bandera de la libertad.—¡Ah, que no era todavia otra cosa que el pendon del monopolio! de un monopolio algo mas mezquino y mucho mas absurdo que el que parecia querer abolirse.—Gracias al *sofisma* que deseo destruir, los peticionarios no hicieron mas que reproducir, sentando ademas una inconsecuencia, la doctrina de la *proteccion al trabajo nacional*.

¿Y que era esto mas que el régimen prohibitivo?

Escuchemos á M. de Saint-Cricq.

«El trabajo constituye la riqueza de un pueblo, el cual por si solo *crea las cosas materiales*

» que reclaman nuestros cuidados, consistiendo  
» el bienestar universal en la abundancia de estas  
» cosas. »—He aquí el principio.

« Pero es preciso que esta abundancia sea el  
» producto del *trabajo nacional*. Si fuese produc-  
» to del trabajo extranjero, faltaria muy en breve  
» el trabajo nacional. »—He aquí el error. (*Véase  
e! sofisma precedente.*)

« ¿Qué debe pues hacer un pais agrícola y  
» manufacturero? Reservar su mercado á los pro-  
» ductos de su suelo y de su industria. »—He  
aquí el fin.

« Y esto se consigue, restringiendo con im-  
» puestos y prohibiendo satisfacer necesidades  
» con productos del suelo é industria de otros  
» pueblos »—He aquí los medios.

Comparemos este sistema con el de la peti-  
cion de Burdeos.

Dividia las mercancías de tres clases.

« La primera comprende artículos de alimento  
» y de *primeras materias intactas de todo trabajo hu-*  
» *mano. En principio, una sábia economía exigiría*  
» *que esta clase estuviese exenta de contribuciones.* »—  
Aquí nada de trabajo, nada de proteccion.

« La segunda comprende objetos que han re-  
» cibido ya *alguna preparacion*. Esta preparacion  
» permite *que sea castigada con algunos impues-*  
» *tos.* »—Aquí principia la proteccion, porque,  
segun los peticionarios, principia el *trabajo na-*  
*cional.*

« La tercera comprende objetos perfeccionados que no pueden de modo alguno alimentar el trabajo nacional: la consideramos como la mas propia para sufrir impuestos. »—Aquí llega al máximun el trabajo y la proteccion con él.

Es visto pues, que los peticionarios creian que el trabajo estrangero perjudicaba al trabajo nacional; y tal es el *error* del régimen prohibitivo.

Pedian que se reservase el mercado francés al *trabajo* francés; y tal es el *fin* del régimen prohibitivo.

Reclamaban la sumision del trabajo éstrangero á impuestos y restricciones; y tal es el *medio* del régimen prohibitivo.

¿Hay diferencia alguna entre las doctrinas de los peticionarios bordeleses y los corifeos de la restriccion?—Una sola; la mayor ó menor estension que quiera darse á la palabra *trabajo*.

Mr. de Saint-Cricq es mas acérrimo, pues que todo lo quiere *proteger*.

« El trabajo constituye *toda* la riqueza de un pueblo, dice: proteger la industria agrícola, *toda* la industria agrícola; la manufacturera, *toda* la industria manufacturera: tal es el grito que sin cesar retumbará en esta Cámara. »

Los peticionarios no concebían mas trabajo que el de los fabricantes, y por lo tanto se limitaban á solicitar en su favor la proteccion.

« Las primeras materias están *intactas de todo* trabajo humano. En principio debieran estar



»exentas. Los objetos elaborados no pueden ali-  
»mentar el trabajo nacional; los consideramos  
»pues como los mas susceptibles de imposiciones.»

Ya no se trata aqui de examinar si la protec-  
cion al trabajo nacional es razonable. Mr. de  
Saint-Cricq y los bordeleses están conformes en  
este punto; y nosotros segun se ha visto en el  
precedente capítulo, diferimos en tal concepto  
del uno y de los otros.

La cuestion se reduce á saber quien entre  
Mr. de Saint-Cricq y los bordeleses determina  
su verdadera acepcion á la palabra *trabajo*.

En cuyo caso, sobre este terreno, preciso es  
convenir en que Mr. de Saint-Cricq tiene mil ve-  
ces razon; y en prueba de ello, óigase el siguien-  
te diálogo apoloético.

**Mr. de Saint-Cricq.** — Ustedes convienen  
en que debe ser protegido el trabajo nacional.  
Convienen tambien en que no puede injerirse  
en nuestro mercado trabajo alguno extranjero,  
sin que desaloje una cantidad igual de nuestro  
trabajo nacional. Unicamente pretenden ustedes  
que hay porcion de mercancías provistas de *va-*  
*lor* pues que se venden, y que no obstante *no*  
*han sido tocadas por mano alguna humana*, en-  
tre cuyo número designan ustedes los granos,  
harinas, carnes ganados, tocinos, sal, hierro,  
cobre, plomo, carbon-mineral, lanas, pieles, se-  
millas, etc.

Si ustedes me prueban que el *valor* de estos

objetos no es fruto del trabajo, convendré de buen grado, que es inútil protegerlos.

Pero, si yo les demuestro que cien francos de lana absorvieron tanto trabajo como cien francos de tegidos, deberán confesar ustedes que requieren igual proteccion uno y otro.

¿Porque este saco de lana *va'e* cien francos? ¿No consiste en que á tanto sube su precio industrial? ¿Y es otra cosa el precio industrial que lo que fuera preciso invertir en soldadas, salarios, manipulacion, é intereses á los trabajadores y capitalistas que concurrieran á la produccion del obgeto?

**Los peticionarios.**—En cuanto á la lana podrá usted tener razon; pero un costal de trigo, un lingote de hierro, un quintal de carbon-mineral, ¿son producto del trabajo? ¿No es la naturaleza quien los *crea*?

**M. de Saint-Cricq.**—Indudablemente que es la naturaleza quien crea los elementos de todas las cosas; pero quien crea el *valor* es tan solo el trabajo; y en este concepto estoy bien arrepentido de haber dicho que el trabajo *crea* obgetos materiales, (1) locucion viciosa que me ha conducido á otros diferentes errores —Al hombre no le es dado *crear* ni hacer cosa alguna de

---

(1) Véase la primera cita de este estadista al principio del presente cap., pag. 180, última línea.

la nada; cultivadores y fabricantes se encuentran en este caso; y si por *produccion* se entiende *creacion*, todos nuestros trabajos serian improductivos, y los de ustedes señores negociantes mas que todos los demás, esceptuando acaso los mios.

El labrador no tiene la pretension de *crear* el trigo, pero si de producir su valor; quiero decir, de haber trasformado en trigo sustancias absolutamente desemejantes por medio de su propio trabajo y del de sus criados, de sus boyeros y de sus segadores. ¿Qué otra cosa hacen despues el molinero que lo convierte en harina y el tahonero que confecciona el pan?

Para que el hombre pueda vestir de paño han sido precisas una multitud de operaciones. Antes que interviniese el trabajo humano, las verdaderas *materias primeras* de este producto son el aire, el agua, el calórico, los gases, la luz, las sales, que deben entrar en su composicion; y he aquí las *primeras materias* que verdaderamente se conservan *intactas de todo trabajo humano*, pues que no tienen *valor* alguno, y ni por sueño he pensado que se protejan. Pero un primer *trabajo* convirtió estas sustancias en pastos, un segundo en lana, un tercero en filatura, un cuarto en tejidos, un quinto en vestidos. ¿Quién osará proferir que no sea *trabajo* toda esta sucesion de operaciones desde el primer surco del arado hasta la última puntada de aquel producto?

Y porque para mayor celeridad y perfeccion

en el complemento de la obra definitiva, que es el vestido, se hayan repartido los respectivos trabajos entre muchos industriales ¿quieren ustedes por una distincion arbitraria, que el órden de sucesion de estos trabajos mismos sea la razon única de su importancia, de tal modo que el primero por ser primero no merezca el nombre de trabajo, reservando para el último los favores de la proteccion?

**Los peticionarios.**—Si, comenzamos á conocer que la lana, no menos que el trigo, no están tan *intactos del trabajo humano*, como creiamos; pero al menos el labrador no tiene que ejecutarlo todo por su mano y la de sus obreros como el fabricante, puesto que la naturaleza le ayuda: enhorabuena que haya trabajo, pero no es todo trabajo en aquellos objetos.

**M. de Saint-Cricq**—Todo es trabajo en su *valor*, si señor. Convengo en que la naturaleza haya concurrido á la formacion material del grano: convengo asimismo en que sea esclusivamente su obra; pero mi trabajo es quien ha preparado este resultado, y cuando yo vendo mi trigo (fijen-se ustedes bien en esta idea), no es el *trabajo de la naturaleza* lo que yo hago pagar, sino el *mío*, solamente el *mío*.

Segun la cuenta de ustedes, los objetos fabricados son todo producto del trabajo. ¡Que! ¿no se hacen secundar tambien por la naturaleza los manufactureros? ¿no les presta ayuda el vapor, el



peso de la atmósfera, tanto ó mas que la que mi arado recibe con la humedad de la tierra? ¿quien sinó la naturaleza ha instituido las leyes de la gravedad, del equilibrio, de la trasposicion de fuerzas, de la afinidad y otras varias, mucho mas convenientes y de aplicacion mas frecuente á la fabricacion de objetos, que á la produccion de lo que ustedes llaman primeras materias?

**Los peticionarios.**—Enhorabuena, pasemos por lo de la lana; pero, ¿y el carbon-mineral? esta es obra y obra exclusiva de la naturaleza: bien *intacto está de todo trabajo humano.*

**M. de Saint-Cricq.**—¿Intacto? Pues el mismo caso es que el anterior, ni mas ni menos. La naturaleza hizo el carbon, pero el *trabajo le dió el valor*. Mientras que por miles de años estuvo enterrado y escondido á cien pies bajo tierra, ningun *valor* tuvo, como no lo tiene el que todavia permanece ignorado. Pero la necesidad de este combustible hizo necesarios estudios profundos de geología, mineralógia etc. etc., y este es un *trabajo*: fué preciso ir á buscarlo al cerro, adquirir su propiedad, romperlo y penetrar en sus entrañas, sacarlo, trasportarlo al mercado y.... ¡cuantos *trabajos* á este tenor pudieran irse enumerando! Digámoslo de una vez, el precio que ustedes pagan en el mercado no es otra cosa que la remuneracion de aquellos, y de modo alguno los de la naturaleza.

---

Hasta aquí es visto que el campo queda por M. de Saint-Cricq: que el *valor* de las primeras materias, lo mismo que el de las materias fabricadas, representa los gastos de produccion; esto es, del trabajo: que no es posible concebir un objeto provisto de *valor*, y que se halle *intacto de todo trabajo humano*: que la distincion que hacen los petitionarios es fútil en teoría, la cual seria inícuca en la práctica, considerada como base de una reparticion igual de *favores*, pues que resultaría que un tercio de la Francia ocupada en industrias manufactureras gozarian las dulzuras del monopolio, por la razon de suponerse que producen *trabajando*, mientras que los otros dos tercios, á saber, la poblacion agrícola, seria abandonada á la concurrencia, sobretesto de producir *sin trabajar*.

Estoy seguro que se me replicará con que de todos modos siempre es más ventajoso para una nacion importar las llamadas *primeras materias*, sean ó no producto del trabajo y esportar objetos fabricados.

Esta es una creencia muy admitida.

Dice la peticion de Burdeos: «Mientras mas abunden las primeras materias, mas vuelo tomarán y mas se multiplicarán las manufacturas.»

«Las primeras materias, dice en otra parte, abren un campo sin límites al entretenimiento de los habitantes de aquellos paises donde se importan.»

«Las primeras materias, dice la peticion del Havre, siendo los elementos del trabajo, preciso es que se las sujete á un *régimen diferente*, admitiéndose desde luego con los impuestos *mas ténues*.»

La misma peticion quiere que la proteccion de objetos fabricados se reduzca, *no desde luego*, pero en cierto tiempo indeterminado; *no con impuestos los mas ténues*, sino con un 20 por 100.

Dice la peticion de Lion: «Entre los artículos cuya abundancia y baratura son una necesidad, citan los fabricantes *todas las primeras materias*.

Todo esto se funda en una ilusion.

Hemos visto que *valor* representa siempre trabajo. Además es muy cierto que el trabajo manufacturero duplica, centuplica alguna vez el *valor* de un producto bruto; esto es, que reparte por la nacion diez veces, cien veces mas de ganancia. De donde toman asunto para raciocinar asi: La produccion de un quintal de hierro no da ganancias mas que por 15 francos á cada trabajador de todas clases. La conversion de este quintal de hierro en muelles de reló, eleva sus ganancias hasta diez mil francos; ¿y se podrá sostener que la nacion esté mas interesada en asegurar los quince que los diez mil francos de trabajo?

Aqui se olvida que los cambios internacionales lo mismo que los individuales no se calculan en la esencia por peso ni medida. No se cambia

nunca un quintal de hierro bruto por un quintal de muelles de reló, ni una libra de lana sucia, por otra libra de lana cachemira, pero si se cambiará un valor dado de uno de estos objetos, por *otro valor igual* del objeto comerciable. Luego permutar valor igual contra valor igual, es lo mismo que permutar trabajo igual contra trabajo igual. No es exacto, pues, que gane mas la nacion que venda por cien francos de tegidos ó de muelles, que la que los haga por igual suma de lana ó de hierro.

---

En un pais en que no pueden ser votadas las leyes ni establecidas contribuciones sino con el consentimiento de aquellos que han de observar las unas y satisfacer las otras, no se puede espoliar al público sino empezando por engañarle. Nuestra ignorancia sobre esta palabra *primera materia*, prepara las estorsiones que se egercen sobre nosotros, y bien puede asegurarse desde luego que todo *sofisma* es igualmente precursor de una espoliacion.

Pueblo incauto, cuando adviertas algun sofisma en una peticion, anuda al instante la bolsa, que te la atisban.

Veamos ahora que misterio encierra esta distincion entre los productos agrícolas y los objetos manufacturados de los señores armadores



de Burdeos y el Havre y los señores manufactureros de Lion.

«Precisamente en esta primera clase (la que comprende primeras materias, *intactas de todo trabajo humano*) es en donde se encuentra, dicen los peticionarios de Burdeos, *el principal alimento de nuestra marina mercante*. .. En principio, la sábia economía prescribiria que esta clase estuviese exenta de contribuciones.... La segunda (objetos que han recibido alguna preparacion) puede ser *gravada*. La tercera (objetos en que nada tiene ya que hacer el trabajo humano) la consideramos como la mas propia para *sufrir impuestos*.

«Considerando, dicen los proteccionistas del Havre, que es indispensable reducir *desde luego* á los impuestos *mas bajos* las primeras materias, á fin de que la industria pueda sucesivamente poner en actividad las *fuerzas navales* que le suministrarán sus primeros é indispensables medios de trabajo etc.»

Los manufactureros no podian quedarse atras en corresponder debidamente á la finura de los armadores; y asi los de Lion pedian la libre introduccion de primeras materias en los términos siguientes... «Para probar que los intereses de las ciudades manufactureras no estan siempre en oposicion con los de las marítimas etc.»

No, pero preciso es advertir que unos y otros, asi entendidos como lo entienden los peticiona-

rios, están terriblemente en oposicion con los intereses de la campaña, de la agricultura y de los consumidores.

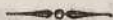
He aquí, señores, á donde vienen ustedes á parar: he aquí el término final de sus sutiles distinciones económicas. Ustedes quieren que la ley se oponga á que los productos *acabados* surquen el océano, á fin de que el transporte mucho mas costoso de materias brutas, súcias y cargadas de residuos, ofrezca mucho mas alimento á su *marina mercante*, poniendo en actividad y en gran escala sus *fuerzas navales*. ¡Y á esto llaman ustedes *sábía economía*!

Y siguiendo esta regla ¿por qué no piden ustedes que se hagan venir los pinos de Rusia con sus ramas, cortezas y raices? la vena aurífira y argentífira de Méjico? y los cueros crudos de Buenos-aires todavia adheridos á la osamenta de cadáveres infectos?

Si tal aconteciese, es muy posible que los accionistas de caminos de hierro, por escasa que fuese su influencia en las cámaras, obtendrian una ley que vedase en Coñac la fabricacion del aguardiente que se consume en París. Prevenir legislativamente el transporte de diez pipas de vino en lugar de una de aguardiente ¿no equivaldria á proteger simultáneamente, por un lado á la industria parisiense, surtiéndola del *indispensable alimento á su trabajo*, y por otro poner en actividad los locomotores?

¿Hasta cuando permaneceremos ciegos á esta verdad tan simple?

La industria, las fuerzas navales, el trabajo, tienen por objeto el bien general, el bien público. Crear industrias inútiles, favorecer trasportes superfluos, alimentar trabajos supernumerarios, no para bien del público, sino á espensas del público, equivale á realizar una verdadera peticion de principios. No es el trabajo en si mismo lo que buscan, ni lo que apetecen los productores en particular y en general; esto es la nacion: lo que apetecen y lo que buscan es el consumo: el trabajo sin resultado es una pérdida. Pagar fletes para conducir al través de los mares inútiles residuos, vale tanto como si se pagase por hacer revotar sobre la superficie del agua las lajitas de la playa en que se entretienen los muchachos. Asi que, siempre llegamos á este resultado que tienen de comun todos los *sofismas económicos*, no obstante su inmensa variedad; á saber, confundir el *medio* con el *fin*, y procurar obtener el uno á espensas del otro.



Alfalfa cuando permanecen ciegos á esta  
 verdad tan simple? añadamos al de  
 la industria, las fuertes navas de trabajo.  
 Tienen por objeto el bien general, el bien público.  
 •Crear industrias inútiles, favorecer transportes su-  
 perfluos, alimentar trabajos supererarios no  
 para bien del público, sino á espensas del públi-  
 co, equivale á realizar una verdadera petición de  
 principios. No es el trabajo en sí mismo lo que  
 buscan, ni lo que apetecen los productores en  
 particular y en general; esto es la acción; lo que  
 apetecen y lo que buscan es el consumo: el tra-  
 bajo sin resultado es una pérdida. Pagar fletes  
 para conducir al troy de los marcs inútiles re-  
 sultos, vale tanto como si se pasase por hacer  
 revotar sobre la superficie del agua las latas de  
 la playa en que se contienen los muchachos.  
 Así que siempre llamamos á este resultado que  
 tienen de común todos los sistemas económicos, no  
 obstante su inmensa variedad: á saber, confundir  
 el medio con el fin y procurar obtener el uno á  
 espensas del otro.



## SOFISMA XXII.

### Metáforas.

Algunas veces el sofisma se dilata y penetra en lo mas profundo de una larga y ruda teoría. Otras por el contrario se comprime, se contrae, se convierte en principio y se encierra todo entero en una palabra.

¡Librenos Dios de la metáfora como del enemigo, decia Pablo-Luis! ; y en efecto, seria difícil adivinar cual de aquellas dos formas ha causado mayores males en la tierra.—¡El demonio, dirán ustedes, que ha encarnado en el hombre el espíritu de espoliacion!—Si; pero tambien es cierto que infundió en el oprimido el derecho de la resistencia activa contra los abusos; resistencia que se halla contenida por el *sofisma*. La espada que empuña la *malicia* del agresor, seria impotente, si el *sofisma* no la hiciese romper contra el escudo del acometido. Por eso hizo bien Malebranche, adoptar por lema y prescribir al frente

de su libro esta sentencia: «*El error es la causa de la miseria de los hombres.*»

He aquí lo que sucede. Habrá hipócritas ambiciosos que abrigarán intereses siniestros, como por ejemplo el de sembrar entre el pueblo el germen de odios nacionales, que podrá desarrollarse, promover conflagraciones, contener la civilización, causar torrentes de sangre y atraer sobre el país el mas terrible azote, la *invasión*. En todo caso y desde luego estos sentimientos rencorosos nos rebajan ante los demás pueblos y hacen avergonzarse por su patria al francés que posea sentimientos de justicia. Y pues que existen tan graves males, preciso es que el público se garantice contra las arterías de aquellos que lo esponen á tales riesgos, para lo cual es suficiente que se le haga ver claro. ¿Cómo se logra fascinarlo?—Por la metáfora.—A su sombra se altera, se violenta y se corrompe el sentido de tres ó cuatro palabras; y con esto está dicho todo.

Tal es la de *invasión* por ejemplo.

Dice un herrero francés: Preservémonos de la *invasión* de los hierros ingleses. Un Lord inglés esclama: Rechazemos la *invasión* de los granos franceses.—Y en su consecuencia se propone la interdicción de los dos pueblos, de donde está muy cerca el aislamiento, del aislamiento el odio, del odio la guerra, y de la guerra la *invasión*.—¿Qué importa? dicen ambos *sophistas*: ¿no vale mas esponerse á la *invasión* eventual, que aceptar la

*invasion* segura?—Y los pueblos perennes en creer, y el entredicho perenne en subsistir.

Y á propósito de esto ¿qué analogia hay entre un cambio y una *invasion*? ¿Qué similitud cabe entre el buque de guerra que viene sobre nuestras ciudades á vomitar hierro, fuego y desolacion, y el pacífico barco mercante que viene convidándonos á trueques libres, y voluntarios de productos por productos?

Lo propio digo de la palabra *inundacion*, la que ordinariamente suele tomarse por mal estilo, en razon á los estragos que el acto material que representa ocasiona en los campos y en los frutos. —Si tomándolo por la contra, se considerase benéfica la *inundacion* como las que ocasiona el Nilo, seria preciso imitar á los Egipcios, bendecirlas, deificarlas.—Ahora bien, antes de declamar contra las *inundaciones* de productos extranjeros, antes de oponerles obstáculos y costosos embarazos, se pregunta: ¿las inundaciones arrasan ó fertilizan? —¿Cómo juzgaríamos de Mehemet-Ali, si en lugar de facilitar las que provienen del Nilo, como lo hace con gran coste, invirtiese estos fondos en ahondar su álveo con objeto de fijar su curso, privándose así del precioso limo que se precipita de las montañas de la luna para fecundar los llanos del Egipto?—¡Que contradiccion! Nosotros aparecemos en este grado de sabiduría y de razon precisamente cuando queremos á fuerza de millones preservar nuestro pais... ..de qué.—De los

beneficios concedidos por la naturaleza á otros climas.

Entre las *metáforas* que abrigan una teoría funesta, pocas habrá tan generalizadas como las que aparecen con las palabras *tributo*, *tributario*, las cuales han llegado á ser tan usuales, que se las hace servir indistintamente como sinónimos de *compra*, *comprador*.

Mucha diferencia hay sin embargo entre un *tributo* y una *compra*; tanta como del *robo* al *cambio*. Por lo que á mi toca, lo mismo me suena: Cartucho (1) forzó un arca, en la que *compró* mil doblones; — como estotra frase algunas veces repetida por nuestros honorables diputados: Nosotros pagamos *tributo* á la Alemania, comprándole mil caballos.

Lo que hace que la accion de Cartucho no sea una *COMPRA* es el no haber puesto en mi cofre y con mi consentimiento un valor equivalente al sacado.

Y lo que hace que la donacion de 500,000 francos, que hemos librado á la Alemania, no sea un *tributo*, es precisamente no haberlos recibido á título gratuito, sino retornándonos en cambio los mil caballos que nosotros mismos hemos calculado valer los 500,000 francos.

¿Conviene pues corregir semejantes abusos

---

(1) Cartucho, célebre ladron francés.



de lenguaje?—Porqué no, á vista de hallarse ya introducidos formalmente y ostentarse en los diarios y en los libros?

Y no se entienda que esto suceda con escritores, ignorantes hasta de su lengua. El daño es general. Para uno que respete la propiedad de la voz, pueden citarse diez ó veinte de los mas encopetados que se la permiten, los Argout, los Dupin, los Villele, los pares, los diputados, los ministros; es decir, los hombres cuyas palabras son leyes, y cuyos sofismas los mas chocantes sirven de base á la administracion del pais.

Hubiera sido oportuno que aquel filósofo moderno que añadió el sofisma á las categorías de Aristóteles, se le hubiese ocurrido comprender en su nomenclatura la palabra *tributo*, en la cual se encierra una verdadera petición de principios.—En efecto, se trata de saber si las compras hechas en el exterior son útiles ó perjudiciales.—Son perjudiciales, dicen ustedes—¿Y por qué?—Porque nos constituyen *tributarios* del extranjero.—He aquí patente convertir en un hecho la palabra que no es todavía mas que una cuestión.—¿Cómo se ha introducido este tropo abusivo en la retórica de los monopolistas?

*Sale del pais* el dinero para satisfacer la rapacidad de un enemigo victorioso.—*Asimismo sale del pais* otro dinero en pago de mercancías.—Aquí se establece la analogía de dos casos sin hacer mérito mas que del punto en que se ase-

mejor, pero haciendo abstracción del en que difieren.

No obstante esta circunstancia, á saber el no reembolso en el primer caso y el reembolso libremente convenido en el segundo, establece entre ellos una diferencia tal, que realmente no es posible clasificarlos bajo un mismo orden. Entregar cien francos *por fuerza* á quien viérais gustosos ahorrar, ó prestarlos *voluntariamente* á quien os devuelve objetos apetecibles, verdaderamente que son cosas inamalgamables.—Valdria tanto como decir, que es igual comerse el pan, ó arrojarlo al agua, por la sola razón que en ambos casos se destruye. El vicio de este razonamiento, en los mismos términos que el que encierra la palabra *tributo*, se reduciría á fundar una completa semejanza entre dos casos en algun punto conformes, pero diferentes en lo demas.

---

**Nota del traductor.**—*Tributo*, *tributario*, metáforas sofisticas, segun Mr. Bastiat, en el language de la Economía mercantil.—*Tributo*, *tributario*, *tributos anuales*, *sistema tributario*, metáforas sofisticas, segun el que esto escribe, en el language de la Economía fiscal: (véanse sus Elementos, capítulos 3.º y 8.º)

## CONCLUSION.

Cuantos sofismas quedán combatidos, se contraen á una sola cuestion: al sistema restrictivo. Paso por alto todavia otros puntos importantes, siquiera por no hacerme importuno, como por egemplo, aquello de *derechos adquiridos*, *inopertunidad*, *extincion de numerario*, etc. etc.

No se crea sin embargo que la economía social se queda aqui y que se encierra en tan estrecho círculo. El furrierismo, el sansimonismo, el comunismo, el misticismo, el sentimentalismo, la falsa filantropia, las pretensiones afectadas hácia una igualdad y fraternidad quiméricas, las cuestiones sobre el lujo, los salarios, las máquinas, la pretendida tiranía del capital, las colonias, las salidas ó esportaciones, las conquistas, la poblacion, la emigracion, la asociacion, los impuestos, los empréstitos, todas estas causas y proposiciones han ofuscado la ciencia con una multitud de argumentos parásitos, de *sofismas* que

reclaman visiblemente la hoz del economista diligente.

Desde luego que reconozco el vicio de este plan, ó mas bien de esta falta de plan. Combatir uno á uno tantos sofismas incoherentes que algunas veces se oponen y mas frecuentemente se llaman y confunden entre sí, valdria tanto como empeñarse en una lucha desordenada y caprichosa, esponiéndose á perpetuar rencillas.

¡Cuan mas fácil es explicar las cosas como ellas *son* en sí, que ocuparse uno de los mil aspectos bajo los cuales las *mira* la ignorancia....!

Esponer las leyes que presiden en la prosperidad ó decadencia de las sociedades, es destruir *virtualmente* todos los sofismas á la vez. Cuando Laplace describía lo que es dado saber al hombre sobre el movimiento de los cuerpos celestes, disipaba simultáneamente y sin nombrarlos todos los delirios astrológicos de los egipcios, griegos y otros pueblos fanáticos, con mas éxito seguramente que si fuera refutándolos uno á uno en innumerables volúmenes. La verdad es una, y el libro que la espone es como un edificio magestuoso y perdurable que

se ostenta altivo  
cual muro de bronce  
enfrente los siglos.

El error es múltiplo y de naturaleza efímera. Esta obrita, en que me propuse combatirlo,



no encierra en sí misma un principio grande ni de duracion. Pero si la fuerza y acaso la ocasion me han faltado para proceder como Laplace y Say, abrigo no obstante la presuncion de que la forma que he adoptado tiene asimismo su modesta utilidad. Sobre todo se me figura muy acomodada á las necesidades del siglo que exigen economía de tiempo hasta en el estudio.

Un tratado tiene sin duda una superioridad incontestable; pero tambien lleva consigo una condicion necesaria, y es la de ser leído y meditado con criterio y filosofía; condicion que solo pueden admitir los escogidos. Su mision es fijar desde luego y despues estender el círculo de los conocimientos adquiridos.

No es propio de tan alto fin el libro que solo se dirige á refutar opiniones vulgares, pues que no aspira mas que á despejar la via por donde va á presentarse la verdad hasta entonces oculta, á preparar los ánimos, á dirigir por buen camino el discernimiento de las gentes, á recoger las armas peligrosas que blanden manos impuras.

Y sobre todo por el convencimiento de que en economía social tienen una verdadera utilidad práctica estas luchas cuerpo á cuerpo, estos combates incesantemente renovados por los errores populares.

Bien pudieran dividirse las ciencias en dos categorías.

Las unas, que no pueden ser conocidas

en rigor mas que de los sábios, como aquellas que exigen profesion especial, y de las cuales el vulgo recoge el fruto, no obstante su ignorancia: claro es que este no conoce la mecánica ni la astronomia, pero no por eso deja de regirse por un reló, ó entregarse á la fé de un piloto ó del ingeniero sobre los vapores de mar y tierra. Los hombres marchan á impulso de las leyes del equilibrio sin advertirlo, como sucedia á M. Jourdain que escribia prosa sin conocerla.

ii Pero hay otras ciencias que no ejercen sobre el público mas que una influencia proporcionada á sus luces y cuya eficacia, mas que producto de conocimientos acumulados en cabezas de privilegio, lo es del sentido comun, de la difusion esparcida en la razon general. Tales son la moral, la higiene, la economía social y tambien la ciencia política en aquellos paises en que los hombres, no siendo propiedad de nadie, se pertenecen á sí mismos. De estas ciencias pudiera muy bien haber dicho Bentham. «Vale mas lo que se les dá, que lo que se les ofrece.» ¿Qué importa que un grande hombre, el mismo Dios, haya instituido las leyes de la moral, si al mismo tiempo los hombres imbuidos en falsas nociones toman las virtudes por vicios y los vicios por virtudes? ¿Qué importa que Smith, Say y segun M. de St-Chamans, los economistas *de todas las escuelas*, hayan proclamado las ventajas de la *libertad* sobre la *opresion* en las transacciones comerciales de hecho,

si piensan de diverso modo los que dictan las leyes y los que las obedecen?

Estas ciencias que con razon las llaman *sociales*, tienen la particularidad de que, por lo mismo que son de una aplicacion tan comun y usual, conviene que nadie las ignore. ¿Hay necesidad de resolver un problema de química ó geometría? Como que son pocos los que hacen profesion especial de estas ciencias, no hay razon para que los muchos se avergüencen de consultar autores y profesores apropósito: M. Thénard, Legendre ó Bezout os sacarán de la dificultad.—Pero en las ciencias sociales apenas pueden reconocerse autoridades. Como que cada cual practica diariamente la moral buena ó mala, la higiene, la economía, la política razonable ó absurda; cada cual se cree tambien apto para glosar, disertar, decidir y ordenar en estas materias.—¿Padece usted? os preguntarán las viejas viéndoos decaído, adelantándose en el acto á esplicaros la causa y el remedio de vuestros males con esta frase «esos son humores; necesita usted purgarse.» — Pero ¿que es eso de humores; donde estan esos humores? En cuanto á esto seguro es que ni os responderá, ni se tomará pena por ello.—Yo sueño involuntariamente con esta buena vieja, cuando quiero explicar las desgracias sociales con estas frases comunes; la superabundancia de productos, la tiranía del capital, la plétora industrial y otras fruslerías de este jaez, acerca de las



cuales no puede menos de esclamarse: *verba et voces prætereaque nihil*; fruslerías que son otros tantos errores funestos.

De lo espuesto resultan dos cosas. 1.ª Que las ciencias sociales deben abundar en *sofismas* mucho mas que las otras, por lo mismo que en su práctica predominan sobre las reglas, las opiniones y los instintos individuales. 2.ª Que precisamente en estas ciencias influyen los *sofismas* mas especialmente de un modo maléfico, por lo mismo que propenden á estraviar la opinion en materia en que esta constituye fuerza, autoridad y ley.

Precisos son pues dos clases de libros para estas ciencias: unos que las espongan, y otros que las propaguen: aquellos que demuestren la verdad, y estos que combatan el error.

Me parece por otra parte que el defecto inherente á este libro, *la repeticion*, es la que principalmente lo hace útil.

En la cuestion que dejo tratada, cada sofisma tiene su fórmula propia y su objeto tambien, no obstante partir todos de un centro comun, que es *el olvido en que están los intereses del hombre considerado como consumidor*. Demostrar que los mil caminos del error conducen á este *gérmen sofístico*, vale tanto como enseñar al público á reconocerlo, apreciarlo y desconfiar de él en todas circunstancias.

Despues de todo, yo no aspiro tanto á inculcar convicciones, como á infundir dudas.



No puede caber en mi la pretension de que al tomarse este libro en la mano, esclame el lector: ¡*estoy convencido!* ¡Ojalá que se limite á proferir sinceramente esta modesta frase: ¡*ignoro!*»

«Ignoro, porque empiezo á sospechar si hay algo de ilusorio en las dulzuras de la escasez.» (Sofisma I.)

«Ya no me edifican tanto los encantos del obstáculo.» (Sofisma II.)

«*El esfuerzo sin resultado* no me parece tan apetecible como el *resultado sin esfuerzo.*» (Sofisma III.)

«Mejor seria que no se confundiese el secreto del comercio con el de las armas (segun la definicion del espadachin del Bourgeois-gentil-home), á dar y no recibir.» (Sofisma VI.)

«Yo concibo que un objeto *valga* progresivamente mas, á medida que mejora en la manipulacion; pero en el cambio, dos valores *iguales*, ¿dejan de serlo, porque uno proceda del arado comun y el otro del arado *Jacquart?*» (1) (Sofisma XXI.)

«Confieso que empieza á parecerme singular que se mejore la humanidad por medio de las trabas y se enriquezca con los impuestos. Francamente no solo se me aliviaria de un peso incómodo, sino que seria para mi la mayor satisfac-

---

(1) Jacquart autor de un arado perfeccionado,

cion, si como lo asegura el autor de los sofismas, se me probase que no hay incompatibilidad entre el bienestar y la justicia, entre la paz y la libertad, entre la estension del trabajo y los progresos de la inteligencia.» (Sofisma XIV y XX.)

«Luego, no conceptuándome satisfecho por los argumentos de este libro, á los cuales dudo si llamarlos ratiocínios ó paradojas, habré por lo menos de apelar á los prohombres de la ciencia.»

Acabemos esta monografía de los *sosismas* con la siguiente indicacion final.

El mundo no ha llegado á comprender bastante la influencia de los *sosismas*.

Y yã que hasta aqui hemos llegado, séame lícito esponer mi pensamiento. Cuando el *derecho del mas fuerte* hubo perdido su predominio, el *sosisma* introdujo el *derecho del mas astuto*; y difícil seria escojer entre ambos tiranos el peor y mas funesto á la humanidad.

Los hombres generalmente se dejan dominar con pasion por los placeres, por la influencia, por las consideraciones, por el poder y en una palabra por las riquezas.

Y al propio tiempo son impelidos con irresistible inclinacion á procurarse aquellos objetos á costa de otro.

Y este *otro*, que es el público, tiene á su vez una inclinacion no menos poderosa á guardar lo que ha adquirido, con tal que *pueda y sepa* hacerlo.

La espoliacion, que se ha introducido tan infinitamente en los negocios del mundo, no reconoce mas que dos agentes: la *fuerza* y la *astucia*; y por límites, el *valor* y las *luces*.

La fuerza aplicada á la espoliacion constituye la esencia de los anales humanos.

Bosquejar su historia, seria tanto como referir casi completamente la historia de todos los pueblos: asirios, babilónios, medos, persas, egipcios, griegos, romanos, godos, francos, hunos, turcos, árabes, mogoles, tártaros, sin contar la de los españoles en América, de los ingleses en la India, de los franceses en Africa, de los rusos en Asia, etc. etc.

Consolémonos sin embargo con la idea de que en las naciones civilizadas las gentes que producen la riqueza son bastante numerosas y tambien bastante fuertes para defender los bienes que adquieren con su trabajo.—Pero ¿puede considerarse tan lata esta proposicion, que debamos congratularnos de que no sufran hoy despojo alguno? —Nada menos que eso: nunca como ahora son estos tan frecuentes, y lo que es mas todavia los hombres se desuellan unos á otros.

El agente es lo único que ha variado de forma: ya no es la *fuerza*, sino la *astucia* la que se apodera de la riqueza pública.

Para sorprender de tal modo al público, preciso es engañarlo; y para engañarlo, preciso es asimismo persuadirlo que se le sorprende por su

provecho, obligándolo en su consecuencia á aceptar en cambio de sus bienes, servicios ficticios, y frecuentemente peores.—De aqui el *sofisma*.— Sofisma teocrático, sofisma económico, sofisma político, sofisma fiscal.— Luego, desde que la fuerza pierde su prestigio, ya no solamente es un mal el *sofisma*; es mas bien el genio del mal, á quien es necesario abatir á su vez; y no de otro modo lo conseguirá el público, que tornándose mas *astuto* que los astutos, en los mismos términos que se convirtiera mas *fuerte* que los fuertes.

Público benévolo; bajo tales auspicios te consagro este primer ensayo, no obstante que observarás invertido el orden de esta tardía dedicatoria, poniendo al fin lo que debiera ser objeto del prefacio.

---



## EL TRADUCTOR.

Séame á mi tambien permitido acabar, á imitacion de Mr. Bastiat, con un epílogo, que mas bien parecerá prómio al rígido lector. Para que en todo fuese original este librito, le faltaba la circunstancia inusitada de que apareciesen invertidas las formas seguidas hasta aqui en escritos semejantes; cosa que por otra parte está muy lejos de perjudicarlo.

Me congratulo sobre todo, lector benévolo, de ofrecerte un trabajo digno de ti, si no por la traduccion, á lo menos por el original; y aqui viene bien que te haga saber que es el presente mi primer ensayo en esto de traducir para el público, y en verdad que los sofismas son dura prueba para principiantes.

Dignos de ti, repito, porque lo son de la época en que fueran concebidos por un elevado ingenio y aceptados con tal entusiasmo, que

apenas publicados en Francia, se agotaron dos numerosas ediciones, lo cual mucho significa.

Examínelos con cuidado, y acaso, acaso, te sientas con ánimo de retroceder á revisarlos. Si, porque no puede dejar de ser muy curioso el libro que despierta la atencion de la Francia ilustrada: que está circulando con profusion en otros paises: que ha alcanzado alta reputacion en pocos dias: que ha provocado ruidosas polémicas entre publicistas de gran nota; y finalmente que ha obtenido el triunfo de hacer de sus cuestiones las cuestiones capitales de las asambleas, de los gobiernos y de las naciones.

Mr. Bastiat emprendió un camino de alguna manera nuevo, el de la aplicacion, para hacerse entender sin dificultad en las abstracciones de la ciencia. Sin separarse apenas del estilo familiar, siempre en el terreno de los hechos y de las comparaciones, todas sacadas de los hábitos y costumbres mas usuales, conduce al lector insensiblemente y lo remonta hasta lo que hay de mas sublime y espiritual, haciendo servir para sus poderosos argumentos las venerandas leyes de la Providencia y de la creacion, que presenta con admirable habilidad conculcadas por la ruda filosofía de los proteccionistas y prohibicionistas acérrimos.

Quien quiera que medite sobre las máximas de este libro, por mas opuesto que haya sido antes á ellas, no podrá por lo menos dejar de

sospechar de las suyas propias. Bueno es, muy bueno, que haya catecúmenos, porque de estos salen los convertidos.

Hasta tal punto se duda hoy de las viejas prácticas, que los flemáticos ingleses, tan severos, tan graves, tan perseverantes en la observancia de sus leyes y tradiciones, las abandonan ya sin escrúpulo. Observad á Sir Roberto Peel, verdadero neófito económico, proclamar en alta voz y con laudable abnegacion su nueva fe, y difundirla con sus discursos, y legalizarla con su autoridad.

La franquicia de varios artículos de comercio, antes oprimidos por el monopolio de ciertas gentes, es hoy el fruto de los progresos de la ciencia, sembrando la abundancia y la ventura en la Inglaterra, nunca tan próspera. Y ¡oh poder de la razon! ¡oh fuerza de la sabiduría, de la esperiencia y de la necesidad! esa decantada *acta de navegacion*, que cuenta la remota antigüedad de Ricardo II (1579), mas restringida todavia por Carlos II (1672), venerada y santificada por tantos siglos, suponiéndola una de las principales causas de la prosperidad británica, no es ya otra cosa que un edificio derruido y débilmente apuntalado por algunos empíricos, que todavía luchan contra ese torrente de ideas nuevas, que va á sumergirlos sin remedio, porque tal es el curso ordinario de los siglos cuando marchan por el buen camino..... progresar..... progresar..... progresar.....

¡Oh imperio de la ciencia y del tiempo! ¿Quién sabe si allá en el fondo de tus misterios tienes reservada igual suerte á otras instituciones que, como la fuerza material de los ejércitos permanentes, nos parecen hoy altamente necesarias, y que nuestros nietos las juzgarán acaso inútiles ó perniciosas á la prosperidad de los Estados!

Observad la afortunada Isla de Cuba, observad como florece esa rica colonia á favor de una prudente libertad industrial, que ha convertido en vergeles sus abrasados campos y en populosos comercios flotantes sus insanos puertos y mares.

Volved ahora la vista á nuestro continente europeo, en donde encontrareis establecida la lucha aduanera, avanzando precipitadamente hácia la franquicia y prosperando conocidamente aquellos países que la van alcanzando. La Suiza, la Bélgica, la Holanda y algunos Estados de la Alemania, os prestarán materia para meditar sobre las verdades de la libertad del tráfico; mientras que otros como la Cerdeña y sus vecinos allende los Alpes parecen condenados á purgar en el retroceso los efectos del sistema de una obstinada y rígida prohibición.

Siga la España, como la Inglaterra, la Francia, la Prusia, etc., conquistando la opinión: continúe en esos triunfos gloriosos sobre los últimos esfuerzos de la mala causa de los aduanistas y arancelistas: procure persuadirlos y convencerlos, pero sin humillarlos ni mucho menos olvidar



por un mal entendido espíritu de reforma los intereses y capitales que hubiesen comprometido en sus respectivas empresas protegidas legalmente: cuente sobre todo con la influencia del tiempo y las circunstancias , huyendo los arrebatos del entusiasmo en los casos de abolicion ó reforma; y entonces el suceso coronará sus deseos , y mas que sean nuestros hijos los que hayan de recojer el fruto , siquiera nos quede la satisfaccion de haber procurado por su felicidad futura , por la felicidad de la patria , á cuya larga existencia debemos grandes sacrificios los que aspiramos á contarnos en el número de sus buenos hijos.

Y á ti , á quien particularmente consagro este pequeño trabajo ; á ti *Sociedad Económica Matritense*, digna creacion del gran Rey, primera que has levantado el pendon de franquicias industriales en todos los ramos de la produccion y que has sostenido gloriosamente enfrente de numerosos, constantes y poderosos adversarios, acoge indulgente la tarea que en el *Amigo del Pais*, te consagra el mas humilde de sus redactores. Procura , finalmente, con tu modesta autoridad y alta reputacion filantrópica difundir cuanto ser pueda el pensamiento de Bastiat , que no es otro que el de convertir sus

**SOFISMAS..... en..... AFORISMOS.**

por un mal entendido espíritu de reforma los  
intereses y capitales que hubiesen comprometido  
en sus respectivas empresas protegidas legalmente  
cuanto sobre todo con la influencia del tiempo y  
las circunstancias, huyendo los arrebatos del  
entusiasmo en los casos de abolición o reforma,  
y entonces el suceso coronará sus deseos, y mas  
que sean nuestros hijos los que hayan de recoger  
el fruto, siempre nos quede la satisfacción de  
haber procurado por su felicidad futura, por la  
fidelidad de la patria, y en su larga existencia  
debamos grande mérito a los que aspiramos a  
contarnos en el número de sus buenos hijos.

Al fin de la guerra particularmente consagro  
este pequeño trabajo a la Sociedad Económica  
Madrileña, digna erectora del gran Rey, primera  
que nos ha levantado el pendón de independencia  
industrial en todos los ramos de la producción,  
y que nos sostiene gloriosamente contra de  
multitudines constantes y poderosas adversarias,  
avaga indulgente la tarea que en el campo del  
trabajo consagra el mas humilde de sus redactores.  
Procura, finalmente, con su modesta autoridad y  
alta reputación glorificar al trabajo cuando sea  
pueda el pensamiento de Bástida, que no es  
otro que el de convertir su casa, como a él  
y sus hijos, en un templo de la industria y  
del ahorro, y en un centro de la moralidad y  
de la economía social.

# INDICE.

	PAG.
EL TRADUCTOR: <i>Exposición preliminar</i> .....	1
EL AUTOR: <i>Prólogo</i> .....	4
SOFISMA I.= <i>Abundancia, escasez</i> .....	7
II.= <i>Obstáculo, causa</i> .....	25
III.= <i>Esfuerzo, resultado</i> .....	29
IV.= <i>Igualar las condiciones de la producción</i> .....	45
V.= <i>Nuestros productos están gravados con impuestos</i> .....	75
VI.= <i>Balanza de comercio</i> .....	85
VII.= <i>Petición de los fabricantes de velas, bujías, lámparas, candeleros, reverberos, apagadores, despabiladeras, y de los productores de sebo, aceite, resina, alcohol, y por punto general de cuantos se emplean y corresponden al ramo del alumbrado</i> .....	95
VIII.= <i>Derechos diferenciales</i> .....	101
IX.= <i>Descubrimiento inmenso!!!</i> .....	103

SOFISMA	X.= <i>Reciprocidad</i> .....	109
————	XI.= <i>Precio absoluto</i> .....	115
————	XII.= <i>¿La proteccion eleva la tasa de los salarios?</i> ...	121
————	XIII.= <i>Teoría, práctica</i> .....	131
————	XIV.= <i>Conflicto de principios</i> ...	141
————	XV.= <i>Mas sobre reciprocidad</i> ..	147
————	XVI.= <i>La interception de los ríos sostenida por los prohibicionistas</i> .....	151
————	XVII.= <i>Un camino de hierro ne- gativo</i> .....	155
————	XVIII.= <i>No hay principios abso- lutos</i> .....	155
————	XIX.= <i>Independencia nacional</i> ..	161
————	XX.= <i>Trabajo humano, trabajo nacional</i> .....	165
————	XXI.= <i>Primeras materias</i> .....	179
————	XXII.= <i>Metáforas</i> .....	195
CONCLUSION DEL AUTOR	.....	201
————	DEL TRADUCTOR .....	211



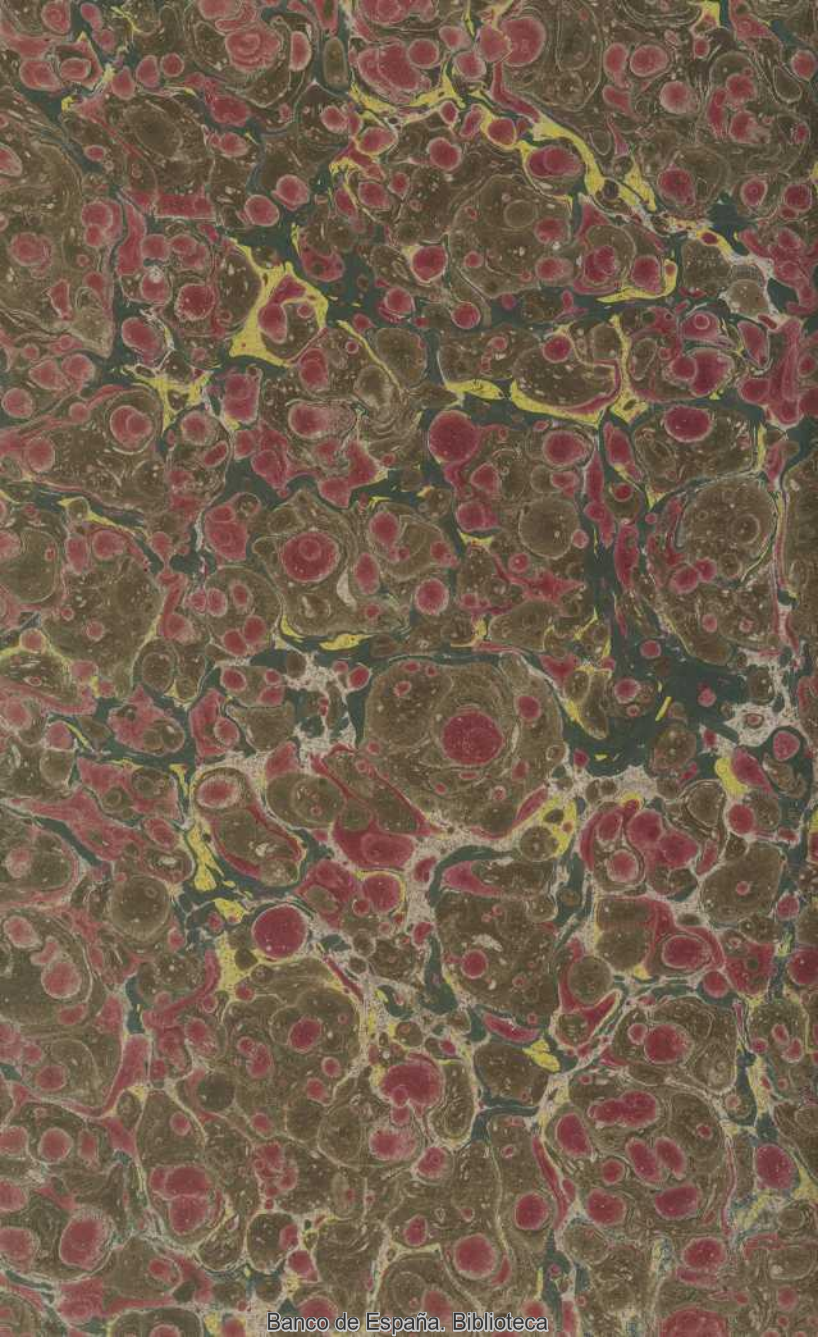
## ERRATAS.

---

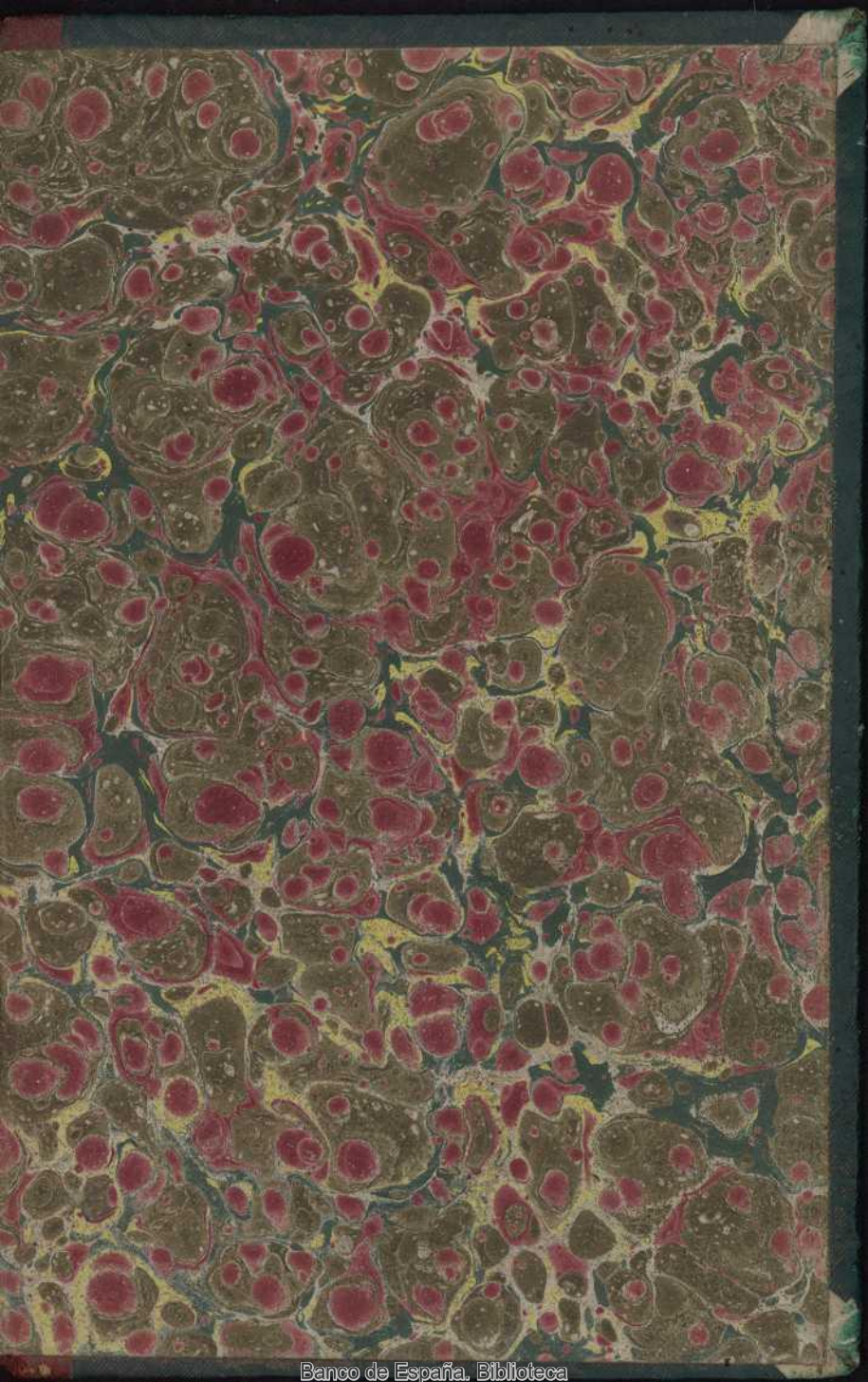
PAG.	LIN.	DICE.	LÉASE.
10	28	no pudiera decirse	bien pudiera decirse
24	16	tegiendo..., y claro es	tegiendo y... —Claro es
157	20	perecian	perecerian
172	22	subordinando á las leyes de cambio,	subordinándolas á le- yes de cambio.
180	10	acusarla	causarla
181	19	de tres clases.	en tres clases.

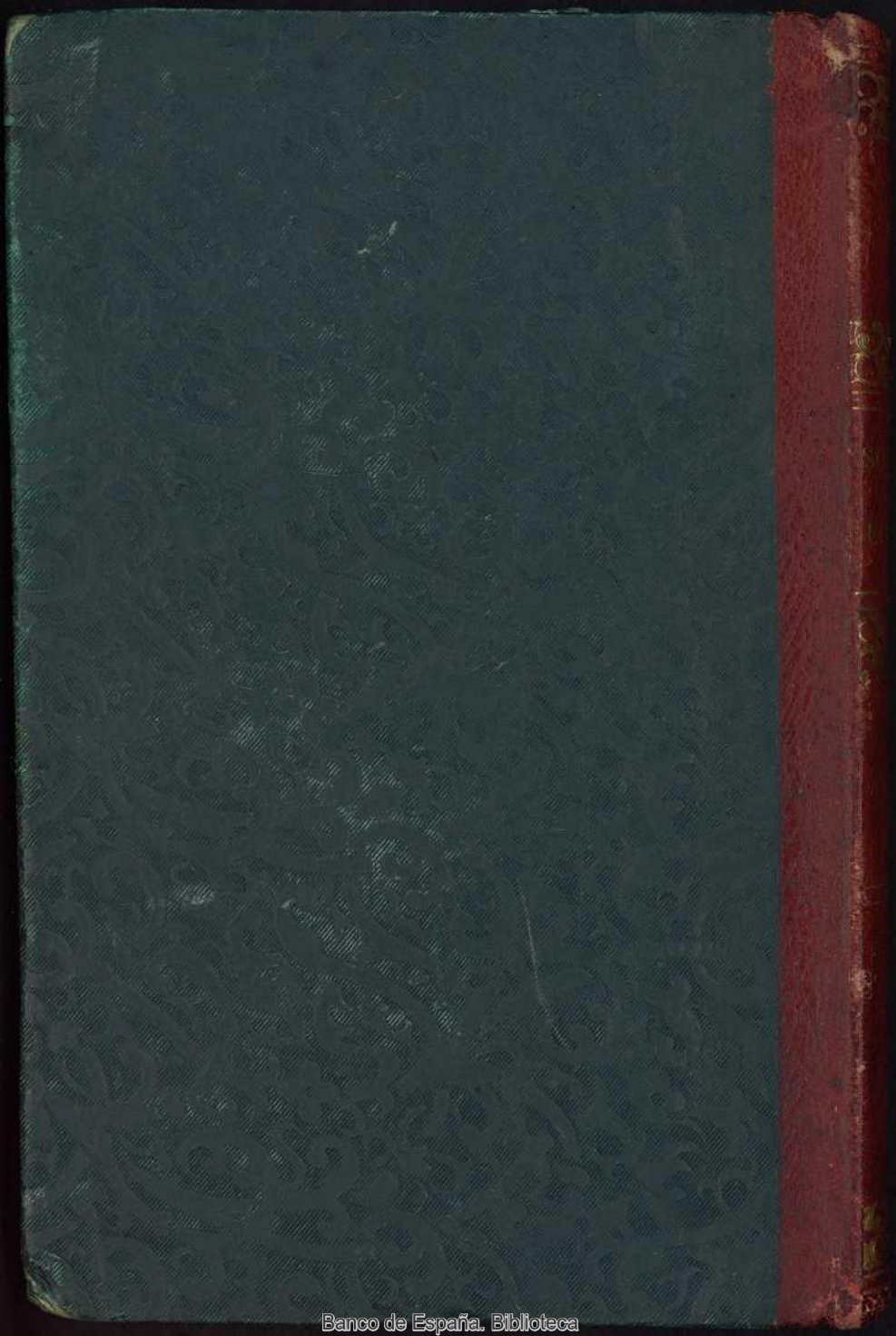














OF THE

MONO



